LIBROS CLIE

ORIGEN E HISTORIA de las DENOMINACIONES CRISTIANAS

SAMUEL VILA

Origen e historia de las denominaciones cristianas

Samuel Vila

Origen e historia de las denominaciones cristianas

CLIE

Libros CLIE
Galvani, 115
TERRASSA (Barcelona)

ORIGEN E HISTORIA DE LAS
DENOMINACIONES CRISTIANAS

© 1981 por CLIE. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida sin el permiso escrito de los editores, con la excepción de breves citas.

ISBN 84 - 7228 - 617 - 7
Depósito Legal: B. 20.399 - 81

Impreso en los Talleres Gráficos de la M.C.E.
Horeb, A.C. n.º 265 R.G. Galvani, 113. Terrassa

Printed in Spain

INDICE

PRÓLOGO 7

I. — *Características del Protestantismo* . . 11

II. — *Cristianos evangélicos anteriores a la Reforma* 25

1. Montanistas.
2. San Hipólito y los Novacianos.
3. Los Paulicianos y sus sucesores doctrinales.
4. Pedro Waldo y los Valdenses.
5. Wicliffe y los Lollardos.

III. — *El Cristianismo Evangélico en la Edad Moderna* 47

1. Los Valdenses.
2. Hermanos Moravos.
3. Luteranos.
4. Anglicanos.
5. Reformados y Presbiterianos.
6. Metodistas.
7. Bautistas.
8. Mennonitas.

IV. — *Otros grupos evangélicos de reciente formación* 97
a) Nazarenos.
b) Iglesias de Cristo.
c) Iglesias de la santificación.
d) Iglesias apostólicas y bíblicas.
1. Salvacionistas.
2. Adventistas del Séptimo Día.
3. Pentecostales.

V. — *Sectas distanciadas del Cristianismo Evangélico* 107
1. Testigos de Jehová o Russellistas.
2. Mormones.
3. Cientistas (pseudo)cristianos.

VI. — *El liberalismo protestante y el católico.* 115

VII. — *No una secta, sino Cristo* 121
El Cristianismo Evangélico en España y Sudamérica.

VIII. — *El Cristianismo Evangélico y el Ecumenismo* 133

Prólogo

«¿Cuál es la Iglesia verdadera?», se preguntan algunos católicos que han empezado a tener dudas acerca de las doctrinas del Catolicismo, pero sin haber perdido del todo la fe, pensando que la mera adicción a una iglesia puede significar para ellos garantía de salvación. Pero lo cierto es que la Iglesia fundada por Jesucristo no se halla exclusivamente en ninguna de las ramas u organizaciones humanas en que ha quedado distribuida la iglesia cristiana, como organización, en su curso histórico a través de los siglos.

La Iglesia Católica Romana no es de un modo exclusivo la única iglesia cristiana, ni siquiera la más antigua, ya que la rama ortodoxa griega y rusa son tanto o más antiguas que la romana, pues todas las iglesias fundadas por los apóstoles, cuando tuvo lugar la división entre los patriarcados de Roma y Constantinopla, quedaron adheridas al de Constantinopla, no al de Roma. Así que la antigüedad no es marca de autenticidad. Lo único y esencial para identificar una iglesia no es su historia, sino su doctrina, y de qué modo fomenta entre sus fieles la relación directa de los individuos con Jesucristo.

No obstante, el nombre de cada grupo cristiano es de gran importancia mientras nos hallamos en el mundo para identificar sus características externas, las cuales no pueden menos que influir a través de su doctrina en la manera de ser y pensar de los individuos. Una vez traspasada la frontera del más allá, sabemos que habrá una sola Iglesia de Cristo en el cielo; pero, como aún estamos en la tierra, es interesante conocer las características de cada rama del Cristianismo, así como el modo en que se formó.

El presente libro tiene por objeto orientar e informar a sus lectores sobre el verdadero alcance y razón de ser de las diversas organizaciones religiosas y eclesiásticas que promueven la extensión del Reino de Dios en el mundo. Y aun de aquellos brotes realmente sectarios y apartados de las doctrinas esenciales de la fe evangélica, que nuestros enemigos nos atribuyen y tratan de confundir con nosotros.

Los que deseen una información más amplia del tema, pueden consultar diversos libros que existen en castellano, y para una documentación histórica resumida, podemos ofrecerles nuestra propia obra: El Cristianismo Evangélico a través de los Siglos, *de la que han sido extractadas muchas de estas páginas.*

Pero no es posible dar a libros extensos la difusión y circulación que el caso requiere, y a tal objeto creemos que será utilísimo contar con un pequeño opúsculo que pueda ser fácilmente prestado o regalado a aquellas personas que necesitan conocer «el otro lado de la cuestión» para formarse un juicio justo acerca del Protestantismo.

Creemos que el presente estudio histórico ha ganado actualidad y oportunidad con los cambios que han tenido efecto en la Iglesia Católica Romana después del Concilio Vaticano II, con los inusitados viajes del Papa a Oriente y Occidente y con el creciente interés ecuménico entre las diversas ramas

de la Cristiandad para conocerse unas a otras. Es, para los que no tienen oportunidad ni tiempo de emprender profundos estudios de Historia Eclesiástica, una especie de plano para orientarse y comprender mejor el sorprendente momento histórico en que vivimos.

Muchos se preguntan: «¿Adónde se dirige la Iglesia Católica con los notables cambios que ha introducido en su rito y forma de culto en estos últimos cuarenta años? ¿Va a realizarse la unión entre el catoliscismo romano y las iglesias protestantes?»

Acerca de las posibilidades de tal unión o fusión remitimos al lector al último capítulo de este libro. Estará mejor preparado para juzgar este tema cuando haya recorrido sus páginas y conozca mejor las características peculiares de cada iglesia evangélica.

El propósito y deseo del autor son que este modesto pero bien documentado estudio traiga al lector, no tan sólo una información histórica, o el propósito de adherirse a alguna de estas iglesias, sino que le haga comprender la necesidad de una fe viva y una dedicación sincera de su vida al único Salvador y mediador entre Dios y los hombres: Cristo Jesús. Sin tal unión espiritual con el Cristo vivo, glorificado en las alturas, pero presente por su Espíritu en la Iglesia «por todos los siglos hasta el fin del mundo»; sin esta unión sincera y verdadera, vano sería el haber pertenecido de nombre o de un modo oficioso a cualquiera de las ramas visibles de la Cristiandad.

Cada persona individual tiene el ineludible deber de preocuparse de esta unión personal con Cristo, mucho más que de los avances de la unión oficial de todas las ramas del Cristianismo entre sí. Nadie tiene que esperar esta unión, por deseable que sea, para llegar a poseer la seguridad de que se encuentra en la verdadera Iglesia de Cristo.

Todos debemos tener en cuenta que la mera unión externa a cualquier grupo o iglesia, aun cuando fuera la mejor, no es suficiente para proporcionar al individuo plena garantía de ser participante de la vida eterna que Cristo ofrece a los suyos; del mismo modo que un pegamento externo, por bueno que fuese, no proporcionaría savia vital al pámpano meramente adherido y que no formase parte de la planta viva. Jesucristo dice: «Si estuviereis en Mí, y mis palabras estuvieran en vosotros, podréis llevar fruto.» Y en otro lugar: «De cierto, de cierto os digo: El que oye mi palabra y cree al que me ha enviado, tiene vida eterna y no vendrá a condenación, mas pasó de muerte a vida» (Juan 5:25). Esta fe viva en el Redentor muerto por nuestros pecados y resucitado para nuestra justificación, es lo esencial y efectivo para cada persona perteneciente, por motivos étnicos o por tradición de familia, a alguna de las ramas de la Cristiandad.

Está más allá de nuestras posibilidades el hacer que formen un solo tronco las diversas ramas del metafórico árbol; pero es esencial que el fruto, o sea cada cristiano, esté verdaderamente unido a Cristo, para que no se malogre y pierda, antes pueda entrar, con la lozanía espiritual que procede de la verdadera savia divina, en el alfolí de la eternidad.

Quiera Dios conceder este glorioso privilegio a cada uno de nuestros apreciados lectores.

Terrassa, mayo 1981.

EL AUTOR

I

Características del Protestantismo

Muchos católicos han venido considerando al Protestantismo como una simple negación de los dogmas papales. Como una reacción crítica de la ponderada y fría mentalidad norteña contra el misticismo católico, más propio de los ardientes pueblos latinos.

Para quienes han recibido su cultura religiosa de plumas puestas al servicio de Roma, el Cristianismo Evangélico consiste en un conjunto de sectas antagónicas en número creciente (más de 500 según algunos escritores católicos), las cuales profesan las más diversas y extrañas doctrinas, según el capricho e interpretación privada de infinidad de maestros diversos, cada uno de los cuales anatemiza y condena a las penas eternas del infierno a todos aquellos

que no profesan al pie de la letra las mismas ideas que los contados millares de fieles de su secta. Tan terrible desorden, dicen, resulta de haber negado la autoridad del Jefe Infalible de la Iglesia para sustituirla por el libre examen.

Creen otros —porque así, maliciosamente, se lo han enseñado— que el Protestantismo, basado en el pretendido y peor interpretado aforismo de Lutero «Cree mucho y peca mucho», es una escuela de perversión.

Destruyendo prejuicios

Es grande la sorpresa de tales católicos cuando, al viajar por el extranjero, se dan cuenta de que las llamadas «sectas» por los escritores romanistas sólo son organizaciones religiosas o misioneras de fe casi idéntica, cuya diferencia consiste en pormenores de liturgia que, si tienen importancia por tratarse de asunto tan sublime como es la religión, en nada afecta al cuerpo de doctrina que unánimemente profesan.

No es menor la sorpresa de aquellos católicos que en su propia patria llegan a ponerse en contacto con alguna familia o iglesia evangélica, al observar que los por tantos años «odiados protestantes» son cristianos piadosos y de conciencia extremadamente delicada, que creen no solamente en Dios, sino en Jesucristo, como Hijo de Dios y Redentor del mundo; que guardan la memoria de los santos como ejemplos dignos de imitación, pero no de adoración; que confiesan con toda la Iglesia el nacimiento sobrenatural de Jesús de la bienaventurada virgen María por obra del Espíritu Santo. Acerca de este punto reina todavía una confusión absoluta entre la mayoría de los católicos.

Protestantes anteriores a Lutero

No menos sorprendente les resulta cuando llegan a enterarse de que no todos los cristianos evangélicos que han existido o existen en el mundo son «hijos de Lutero», o sea, descendientes de «la herejía» inventada —según dicen— por el rebelde fraile sajón; sino que son fieles seguidores de la fe de Jesucristo en una línea que pasa por Lutero, pero procede de mucho más atrás.

En efecto; han existido, desde los primeros siglos de la Era Cristiana, personas que antepusieron la voluntad de Dios, según nos es revelada en las Sagradas Escrituras, a toda conveniencia propia o del medio ambiente que les rodeaba.

Tales cristianos han sido comúnmente tildados de herejes, y tratados como perturbadores del orden y la tranquilidad pública, se les ha perseguido sin compasión; pero, como hace notar el historiador Alfonso Torres de Castilla, «cuando se ha logrado hacer desaparecer la herejía en un siglo, ha rebrotado con otro nombre en el siglo próximo, sustentando más o menos las mismas doctrinas y fatigando a la iglesia dominante en su vano empeño perseguidor».[1]

Esta renovación de una misma clase de herejía, designada por diferentes nombres, según los lugares en que floreció o los prohombres que la acaudillaron en cada época, sirve de gran estímulo a los actuales buscadores de la Verdad.

En las cuerdas de la marinería inglesa existe un hilo de grana puesto en su interior que tiene por objeto indicar su origen en caso de robo o extravío. Un hilo de grana formado por la sangre de los már-

1. Véase Alfonso Torres de Castilla, *Historia de las persecuciones políticas y religiosas en Europa*, vol. I, p. 838.

tires de la Verdad Cristiana en su primera pureza existe a través de los siglos, identificando esta Verdad de Dios en medio de los errores y corrupciones humanas.

En ciertos siglos, la oscuridad espiritual es tan intensa que el testimonio de la Verdad Evangélica parece haber quedado casi apagado. Existieron en estas épocas muchas almas sinceras que conocían, sin duda, a Cristo como a su Salvador personal; le adoraban con sinceridad y gemían por la corrupción de los pseudocristianos de su siglo. Muchos cristianos del mejor temple sufren y lloran en los aciagos siglos de la Edad Media, reconociendo la corrupción del Cristianismo externo que les rodea; pero no osan levantar su protesta, ni ellos mismos se aperciben de ciertos errores en que comulgan dentro de su sinceridad religiosa.

Pero en otros lugares la verdadera piedad cristiana toma una forma organizada. En ocasiones el movimiento espiritual tiene sus raíces en algún despertamiento similar de siglos anteriores. En otras, parece surgido espontáneamente de la luz de las Sagradas Escrituras explicadas por algún prohombre esclarecido. A veces, ambos factores se confunden.

No importa, ya que la Verdad Cristiana no necesita ninguna línea de sucesión para justificarse. Lo importante es que la doctrina sea esencialmente semejante a la sustentada por los apóstoles y primitivos cristianos.

En ciertos momentos la Verdad Evangélica, causa de tan continuados y gloriosos movimientos religiosos, halla su apoyo y parece confundirse un poco con algún error, del cual queda, poco más tarde, purificada. Tal es el caso, por ejemplo, de las doctrinas de los Albigenses, que los historiadores nos presentan tan confusamente, mezclándolas con la de los Valdenses, cuya pureza de doctrina nos consta claramente por la abundante literatura que de ellos nos ha quedado.[2]

Lo admirable del caso es que, aunque durante muchos siglos no tenemos otras referencias históricas de la línea ininterrumpida de «herejes de la Verdad» que los datos facilitados por sus propios enemigos (y sabemos por experiencia cuán calumniosos suelen ser tales testimonios), la conducta cristiana de nuestros hermanos perseguidos es tan brillante que no pueden ignorarla sus propios perseguidores, y su involuntario testimonio nos ayuda a identificar el hilo escarlata de la Verdad Evangélica a través de los siglos.

---

2. La mayor parte de estos escritos son sermones o tratados de edificación sobre temas como *El Padrenuestro, Los X mandamientos, Las virtudes, Las penas y los goces del Paraíso, La invocación de los santos,* etc.

En el Anticristo dice así, en síntesis: El anticristo es una falsedad o engaño barnizado con la apariencia de verdad y de la justicia de Cristo y de su esposa, pero en oposición al camino de verdad...

La barca contiene 56 versos, representando la vida del creyente bajo la figura de una barca navegando hacia el puerto celestial. Los viajeros llegan salvos solamente si toman a Jesucristo por piloto y confían en sus méritos.

Le Novel Sermon consta de 448 versos. Llama la atención sobre los caminos engañosos del mundo y expone la necesidad de servir al Señor.

Le Novel Confort es una exhortación a los cristianos para que vivan separados del mundo.

La noble Leyczon consta de 479 versos. Es una exposición de las tres leyes dadas por Dios: la ley natural, la ley mosaica y la ley evangélica. Esta última contiene la siguiente estrofa:

Que non vogli maudir, ni jurar, ni mentir,
n'occir, ne aboutrar, ne pendre de autrui,
ne s'a vengear deli suo ennemi,
loz dison que's Vaudes e los feson morir.

(Salvo la segunda línea —que significa: *ni matar, ni fornicar, ni hurtar*—, sobra la traducción del resto de la estrofa para nuestros estimados lectores.)

Una Reforma parcial, geográfica y doctrinalmente

La extensión y establecimiento de la Reforma Protestante en el norte de Europa fue un triunfo del Cristianismo Evangélico. Una importante victoria de la fe una vez dada a los santos; pero no puede decirse que fue el triunfo del Evangelio genuino o apostólico en toda Europa, ni en el mundo.

Quedó todavía un sector de Europa ligado al Catolicismo Romano, el cual fue purificado de muchos abusos y excesos por la Contrarreforma, en la que jugaron tan grande papel Ignacio de Loyola y otros españoles eminentes. Estos, confundiendo la causa de Dios y del Cristianismo con el Pontífice de Roma, pusieron todo su ardiente celo al servicio del bamboleante Catolicismo, logrando mejorarlo en su aspecto moral y disciplinario, pero no en doctrina, antes al contrario. La confirmación dogmática que recibieron las principales tendencias antievangélicas en el Concilio de Trento, afirmó y endureció a esta grande entidad eclesiástica en el error dogmático; pero la corrección de sus principales abusos eclesiásticos y administrativos la calificó para emprender con éxito la contraofensiva en los países arrebatados a su poder; favorecida en esta empresa, de un lado, por el inevitable reflujo o decadencia del indomable celo y fervor religioso que caracterizó a los mártires de la Reforma, y del otro, por la mayor libertad con que contó desde muy pronto para toda clase de labor propagandista en las naciones protestantes, así como por su admirable organización.

Debe tenerse en cuenta que el Cristianismo Evangélico no es una gran organización eclesiasticopolítica como lo es el Catolicismo Romano. Muchos católicos tienen este concepto de la fe evangélica, pero muy equivocadamente. El Cristianismo Evangélico recibió el natural apoyo de reyes y príncipes en aquellos países donde llegó a tener preponderancia. Era muy lógico. En los siglos de intolerancia religiosa, o tenía que ganar para su causa a los príncipes de este siglo, como ocurrió en el norte de Europa, o tenía que ser humanamente aplastado por éstos, como en España e Italia.

El Cristianismo Evangélico como idea

Pero el Cristianismo Evangélico, más que una organización humana, es una idea, una fe, una interpretación de las enseñanzas redentoras de Cristo. Por esto pudo existir, en los siglos anteriores a la Reforma, como una concepción más pura del Evangelio, al lado del Catolicismo dominante, que había convertido la idea en una férrea organización de tipo humano; desarrollarse bajo la sombra de poderes políticos que le dieron amparo, como ocurrió en todo el norte de Europa con la Reforma, y permanecer, cuando éstos han desaparecido o transformado, como ha sucedido con las naciones del centro y oeste del Viejo Continente, así como mostrar su absoluta independencia del poder político, en los Estados Unidos, Canadá y otras naciones donde el Estado no apoya ni persigue ninguna clase de religión.

Con ello ha hecho honor a la palabra de su fundador y Maestro Supremo cuando declaró: «Mi reino no es de este mundo.» Mientras que el Catolicismo Romano muchas veces ha puesto en entredicho sus fines espirituales, al tratar de convertirse en un reino humano, un superestado, dominador —aliado o enemigo— de otros gobiernos políticos de la Tierra, sobre todo en la Edad Media. Por esto creemos que fue un beneficio para la Iglesia Católica Romana el que el Vaticano perdiese su poder temporal a mediados del siglo pasado, pues sólo esta aparente pérdida podía empujarla por el camino de su recu-

peración moral y espiritual en el que a todos los cristianos evangélicos nos complace verla andar, y en el que quisiéramos verla progresar mucho más rápidamente.

La sinceridad, característica del Cristianismo Evangélico

Por ser el Cristianismo Evangélico un elemento puramente espiritual, como Cristo mismo preconizara, no es extraño, sino naturalísimo y necesario, el hecho que tanto escándalo produce entre los católicos: la existencia de diversas *ramas*. Esta es la única y auténtica expresión con que podemos designar a las diversas modalidades de la Fe Evangélica. Ramas de un mismo tronco; no iglesias diversas en el sentido universal de la palabra, y mucho menos sectas separadas y antagónicas, sino ramas tan sólo, estrechamente unidas entre sí por una fe común en la doctrina esencial de la salvación que es en Cristo, y alentadas por el mismo espíritu de Dios, quien, a semejanza de la misma vida física del Universo, se complace en manifestarse en situaciones y formas diversas, doquiera encuentre un resquicio de sinceridad y de fe.

Esta es la nota dominante del Cristianismo Evangélico: sinceridad; sinceridad espiritual.

El verdadero Cristianismo, desde los días apostólicos no puede soportar ni tolerar la hipocresía, el fingimiento, la fe acomodaticia, que afirma y asiente exteriormente y niega y repudia en el fondo de la inteligencia y de la conciencia. Por esta sinceridad padecieron y dieron su vida los mártires evangélicos —anteriores y posteriores a la Reforma—, a veces nada más que por pequeños detalles de doctrina; y esta sinceridad es la que ha producido las diversas modalidades de la fe evangélica. Esta misma sinceridad, más que los propios intereses creados de organización y de secta, es lo que está dificultando e impidiendo hoy día la unión externa de todo el Cristianismo Evangélico en un gran movimiento ecuménico, aunque no impide de ningún modo la más estrecha unión espiritual.

Diversidad entre las conciencias católicas

Los católicos nos echan en cara la diversidad orgánica del Cristianismo Evangélico, sin percatarse de que ello es nuestra mayor gloria, por ser una demostración y un exponente de la sinceridad de nuestra fe religiosa. En efecto: ¿Cuántas clases de Catolicismo existirían si cada católico fuera absolutamente sincero y honrado con su propia conciencia? En conversaciones con intelectuales católicos nos hemos dado cuenta de que los hay de todos los matices, y con diferencias mucho más radicales de las que existen entre los adeptos de las diversas sectas evangélicas.

Nos hemos encontrado con católicos unitarios; católicos arrianos; católicos antipapistas; católicos que no creen en las penas eternas del infierno; católicos universalistas (o sea, que creen que al fin todo el mundo será salvo, incluso Satanás); católicos que rechazan el purgatorio; católicos que tienen el mismo concepto que Lutero tenía acerca de la transustanciación, limitándola a una consustanciación; católicos que no creen en la Inmaculada Concepción; católicos que repudian la confesión y declaran no haberla practicado durante muchos años sino en una forma de contrición ante Dios. Es decir, hemos encontrado entre los católicos españoles todas las formas y matices del Protestantismo y mucho más. Pues muchísimos católicos se hallan más alejados de la ortodoxia del Credo Apostólico que los más

extremados «liberales» del ala izquierda del Protestantismo.

Pero esto sí, todos estos católicos asistían y asisten a misa para cubrir las apariencias. Llanamente nos han confesado que no tienen valor para declarar su verdadera fe ante el mundo, ni para oponerse al poder dominante del clero, por temor a su reputación, al boicot y fracaso en sus negocios que tendría lugar, etc.[3]

La misma diversidad de ideas existe entre los propios ministros del clero que exteriormente ensalzan la unidad del Catolicismo. Nadie puede predecir cuántas clases de catolicismo existirían en el mundo católico si imperase en el mismo la libertad de conciencia y de expresión que reina en el mundo protestante; si se suprimieran del todo el temor a las

3. Una excepción de este sentir tan general dentro del Catolicismo Romano ha sido recientemente la del profesor de teología católica Hans Kung de Suiza, que ha afrontado la excomunión del papa Juan Pablo II, antes que claudicar de sus convicciones religiosas.

Otras excepciones no menos apreciables —aunque menos destacadas por su posición dentro del Catolicismo— son las de numerosos sacerdotes —y hasta algún prelado— que han renunciado a sus honores y posición dentro del Catolicismo Romano, para obedecer los dictados de su conciencia después de haber sido iluminados por el estudio de las Sagradas Escrituras y el testimonio de grandes lumbreras del Cristianismo a través de los siglos.

La opinión que prevalece dentro de los círculos católicorromanos es que el traspaso de un católico al Cristianismo Evangélico es siempre por el deseo de contraer matrimonio y formar una familia. Aunque no podemos negar que éste haya sido un estímulo en muchos casos, tenemos numerosos ejemplos de que ello no ha sido el móvil principal. No podemos olvidar que un gran número de mártires de la fe evangélica a través de los siglos —sobre todo en la Edad Media— salió de las filas del clero cuando no podía esperar del cambio otra cosa que grandes penalidades y una bien probable muerte horrible en la hoguera.

represalias y a las consecuencias de su férrea disciplina.

Por esto decimos que la diversidad del Cristianismo Evangélico es nuestra flaqueza externamente, pero también nuestra gloria y nuestra fortaleza. Muchas veces hemos recordado una frase —casi diríamos un proverbio— del libro del Dr. Pearson titulado *Muchas pruebas infalibles:* «Una fe inteligente, es una fe firme», la cual encierra una gran verdad. La unión externa del Catolicismo le da, por cierto, fortaleza política, pero es tan sólo un signo de su flaqueza espiritual.

Verdadero número de "sectas"

El Cristianismo Evangélico se halla dividido en diversos grupos, es verdad; pero el autor ha podido ver en congresos y convenciones evangélicas —no, por cierto, ecuménicas, sino simplemente de avivamiento o edificación espiritual, a cristianos bautistas, anglicanos, luteranos, calvinistas, mennonitas, hermanos, salvacionistas, metodistas, pentecostales y aun adventistas —es decir, representantes de las más diversas ramas del Protestantismo— edificarse unos a otros en magníficas exposiciones evangélicas, y arrodillarse juntos para orar con ardiente fervor por la salvación de las almas.

Y es que todas estas ramas, a pesar de sus tendencias peculiares, tienen una doctrina y un mensaje común para el mundo: la salvación que es en Cristo por la fe en El, seguida de una vida regenerada. En cambio, el católico cien por cien no puede pensar en la salvación de los pecados sino a través de los Sacramentos y ceremonias de su iglesia, seguidos de una ulterior purificación *post mortem* en las llamas del purgatorio. De ahí que, a pesar de los muchos puntos de contacto que existen entre el Catolicismo

y el Cristianismo Evangélico, no obstante profesar unos y otros el mismo credo y las mismas doctrinas que forman la base común del Cristianismo, es más difícil la compenetración de un católico en un ambiente evangélico de cualquier rama, o de un cristiano evangélico en un ambiente católico. Hay un abismo doctrinal y de costumbres tradicionales entre ambos sistemas que no existe entre las ramas del Cristianismo Evangélico de las más diversas tendencias.

Unidad esencial del Protestantismo

Nos cabe hacer observar aquí que el número de sectas del Cristianismo Evangélico no es de modo alguno tan considerable como el Catolicismo pretende. Hemos visto en revistas católicas y en opúsculos antiprotestantes que se atribuyen al Cristianismo Evangélico nada menos que trescientas y hasta quinientas sectas. Puestos a exagerar no viene de un centenar. Pero ni siquiera sabemos cómo se podría formar tan grande número de sectas, diversas en doctrina, ya que el Cristianismo no contiene una cantidad tan grande de artículos de fe, y sabido es que las ramas del Cristianismo Evangélico se basan todas en el Nuevo Testamento.

Lo que el Catolicismo Romano llama sectas, suelen ser no otra cosa que movimientos espirituales de origen diverso; sociedades misioneras que patrocinan cierto número de iglesias; organizaciones fraternales de iglesias independientes ligadas por un interés común de lengua, raza, región, etc.; pero tales organizaciones no significan otras tantas diversidades doctrinales, ni mucho menos.

El Protestantismo quedó convertido en poderosas organizaciones eclesiásticas nacionales, pero, sobre todo, cristalizó en millares de iglesias emancipadas

de Roma que, consecuentes con el principio sostenido por la Reforma de que cada individuo y cada iglesia es responsable directamente ante Dios y no a autoridades humanas, se entregaron a escudriñar las Sagradas Escrituras para acomodar cada vez más su vida eclesiástica al modelo del Nuevo Testamento.

Consecuencias de la Reforma

De acuerdo con esta solicitud, el Cristianismo Evangélico ha venido a realizar en estos últimos tiempos el ideal misionero, que era mirado como una idea utópica e irrealizable cuando la propugnaban los más fervorosos católicos, como un San Francisco de Asís, Raimundo Lulio o San Francisco Javier. Cumpliendo el mandato de Cristo, la buena nueva de la Redención es predicada hoy a todos los pueblos de la Tierra gracias a las misiones evangélicas, mucho más desarrolladas que las católicas. En esto, como en muchas otras cosas, el Cristianismo Evangélico, tan odiado y perseguido por la Iglesia Católica Romana, ha sido un estímulo y bendición para ella misma.

Es justo decir que, ante el acicate de la competencia y el ejemplo del Cristianismo Evangélico, la actual Iglesia Católica se ha levantado un tanto del estado de postración y corrupción moral en que se hallaba sumida en la Edad Media, precisamente cuando era todopoderosa. Por desgracia, no ha procedido a la necesaria revisión y rectificación en cuanto a errores de actitud y de doctrina,[4] pero

4. Nosotros consideramos que, por más quqe la Iglesia Católica haya hecho una reforma muy conveniente en las prácticas externas de su culto en los últimos cuarenta años, su reforma dista mucho de ser completa. Esto es lo que explicamos y demostramos en la última edición del libro A LAS FUENTES DEL CRISTIANISMO, por S. Vila, publicado por la Editorial CLIE.

¿adónde hubiese llegado el sistema eclesiástico romano de no haber sido estremecido en la Edad Media por el poderoso aldabonazo de la Reforma?

Esto es lo que están preguntándose algunos pensadores católicorromanos de nuestro tiempo, y su conclusión, aparentemente paradójica, es: que, en lugar de odio, debiera la Iglesia Católica Romana abrigar hacia el Protestantismo los más vivos sentimientos de gratitud por el gran bien que ha hecho a ella misma y al mundo la Reforma Religiosa del siglo XVI.[5]

Aunque no podamos trazar una sucesión apostólica como aquella de que se gloría el Catolicismo romano —sin darse cuenta de que no hay garantías de tal sucesión en los dos primeros siglos, y de los terribles «baches» que la cortan en la Edad Media—, es interesante observar que Dios ha tenido siempre en la Tierra una generación de testigos que no se deja amilanar por la corrupción que les rodea ni por las fieras persecuciones de que son objeto. Son los sucesores de aquella línea de héroes de la fe que describe el autor de Hebreos 11, valorándolos con la frase «de los cuales el mundo no era digno», y acerca de los cuales parece tener San Pablo un vislumbre profético al escribir a su discípulo Timoteo: «Todos los que quieran vivir píamente en Cristo Jesús padecerán persecución; mas los malos y engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados.»[6]

5. Esta paradoja, incomprensible para muchos católicos, ha sido puesta de manifiesto de un modo claro y ostensible en el reciente Concilio Vaticano II.

6. 2.ª Timoteo 2:12.

II

Cristianos evangélicos anteriores a la Reforma

1. LOS MONTANISTAS

Mucho se ha discutido acerca del movimiento montanista de fines del siglo II, que se hizo extenso y famoso en los siglos III y IV. ¿Era éste un movimiento evangélico de retorno a los mejores principios de la fe cristiana, o ha de considerarse simplemente como una exaltación de ánimo por parte de algunos fanáticos dentro de la Iglesia cristiana universal, todavía no muy desviada de las doctrinas apostólicas?

Es evidente que no faltaron en el seno del movimiento montanista exageraciones y exaltamientos lamentables. Lo mismo ha sucedido en ciertos movi-

mientos similares ocurridos en siglos posteriores dentro de las comunidades evangélicas, y muchos creen que el Montanismo tiene un gran parecido con el Pentecostalismo moderno. Pero no podemos ignorar el hecho de que había en el Montanismo un impulso de retorno al fervor espiritual de los tiempos apostólicos.

La figura más destacada dentro del Montanismo, y que más huellas ha dejado por sus escritos, fue Tertuliano, de tal manera que alguien ha dicho: «Si el Montanismo no hubiese sido en sus días, Tertuliano lo habría inventado.» Para adherirse a la secta no tuvo que pasar por ninguna crisis ni efectuar cambio alguno de ideas. Lo que le decidió a pronunciarse franca y abiertamente por esta secta fue el observar que eran calumniados y combatidos injustamente.

El bien conocido escritor evangélico D. Juan Varetto dice:

> «Hay que entender que los montanistas se habían apartado de los otros cristianos en señal de protesta contra el formalismo, principios de clericalismo y decadencia espiritual que se empezaban a notar en muchas iglesias. Aspiraban a mantener la más completa pureza y fervor. Daban énfasis al sacerdocio universal de los creyentes y eran democráticos en el gobierno de las iglesias, en oposición a las pretensiones del naciente episcopado. Evidentemente, eran protestantes surgidos en el seno de la Iglesia cristiana universal, mucho más de mil años antes de que naciera Lutero y se proclamara la Reforma Protestante.»

2. SAN HIPOLITO Y LOS NOVACIANOS

Otro protestante notable que denunció la mundanidad de la Iglesia Católica y los abusos del papa

Calixto fue San Hipólito, obispo de Porto, población situada en la desembocadura del río Tíber, muy cerca de Roma. La *Historia Eclesiástica* de Boulangier llama a Hipólito de Porto «San Hipólito antipapa», pues la Iglesia Católica lo ha canonizado a pesar de la oposición al naciente papado en sus días.

Dieciséis años después de la muerte de San Hipólito, que pereció mártir en la persecución de Diocleciano (año 303), continuaban existiendo en la iglesia de Roma —y en muchas otras de todo el Imperio— dos partidos: el partido relajado, y el partido estricto.

Un escritor notable dijo:

> «Cuando los cristianos más relajados y corruptos estaban en el poder, la secta de los Novacianos, como eran llamados, ya fuesen mayoría o minoría, cuando se separaron constituyeron la verdadera iglesia de Dios en Roma. Salieron de en medio de ellos al mandato de Dios, Novaciano vino a ser pastor de la iglesia separada, y su ejemplo inspiraba a las buenas y fieles iglesias de todas partes, las cuales se habían separado también de las otras iglesias corrompidas, siguiendo su valioso ejemplo en Roma.»

Según Gibbon había por lo menos 400 iglesias novacianas en Africa del Norte, y muchas otras también en Nicomedia, Constantinopla, Frigia, así como en el Imperio occidental, Italia, Francia, Suiza e Iberia, o sea España. El emperador Constantino, una vez hubo aceptado el Cristianismo por conveniencia política, quiso unir a los Novacianos con la iglesia de Roma, pero estas iglesias rechazaron todas sus proposiciones porque comprendían los peligros de la unión de la Iglesia y el Estado.

Constantino murió el 23 de mayo del año 337, solamente un año después de su bautismo, pues había diferido la práctica de este rito cristiano por la absurda idea de su tiempo de que el bautismo puede limpiar todos los pecados de una vida. Por esto puso a un lado el vestido imperial después del bautismo y nunca más lo volvió a usar. Es dudoso que este emperador comprendiera nunca el verdadero sentido de la conversión a Dios y la regeneración que el Espíritu de Dios obra en el alma por medio de la fe, ya que atribuía la salvación al acto externo del bautismo, más que a la relación directa del alma con Dios. Este es el principio esencial que separa a las iglesias positivamente evangélicas de la Iglesia Romana.[7] Y el origen de tal diversidad se halla y debe buscarse,

7. En los años peores de la intolerancia religiosa en España bajo el régimen dictatorial del general Franco, los obispos intransigentes se oponían al matrimonio de ciudadanos españoles si habían sido bautizados en su infancia en la iglesia católica, fuese cual fuese su profesión religiosa o su conducta atea. Cuando el Estado empezó a moderar su persecución contra los cristianos evangélicos, los ateos solían acudir a nosotros pidiéndonos que les extendiésemos certificados de acatolicidad, a lo que teníamos que negarnos por ser sabido, por nosotros y por sus mismos convecinos más o menos irreligiosos, que ellos no eran cristianos evangélicos.

El argumento de los obispos católicos era —y aún es— que el bautismo «imprime carácter», y un bautizado en la Iglesia Católica es católico siempre, por más que no viva ni proceda como tal. Muchos de los católicos de España que incendiaron iglesias y mataron curas, habían sido bautizados en la Iglesia Católica, y muchos de los que nos pedían certificados de acatolicidad habían sido bautizados como tales, pero no habían asistido jamás a la Iglesia Católica; con todo, eran y son aún contados como católicos. Así, en España hay hoy día, según las estadísticas de Roma, 37 millones de católicorromanos; sin embargo, el Estado ha sido declarado no confesional, lo cual prueba que no hay tantos católicos en nuestra patria como el Papa supone, aunque se reúnan muchos millares en este año, con motivo de su anunciada visita. También se reunirían millares de cristianos evangélicos si se anunciara una visita —por ejemplo— de Billy Graham.

no en Lutero y la Reforma, sino en la Iglesia cristiana de Roma en tiempos de Hipólito y de Constantino.

El presbítero Vigilancio de Barcelona

Otra protesta de carácter evangélico —aunque no basada sobre puntos fundamentales de doctrina, pues la Iglesia cristiana en general no se había separado suficientemente de ella para merecerla— fue la de Vigilancio, presbítero de Barcelona, quien emprendió un viaje para entrevistarse con San Jerónimo en Tierra Santa, no entendiéndose muy bien, pues Jerónimo, aunque era una lumbrera por su inteligencia, poseía tal carácter que no podía tolerar oposición.

A su regreso, Vigilancio se estableció en Aquitania, dejando escandalizados a sus colegas eclesiásticos al saber que hablaba contra varias prácticas que iban creciendo en la Iglesia y a las cuales llamaba él supersticiones. Eran éstas la adoración de las reliquias, las velas nocturnas, el uso de luces durante el día en los lugares sagrados, los falsos milagros, el monasticismo y el celibato del clero. En todos estos puntos se muestra un perfecto cristiano evangélico.

No nos ha sido legada más que una obra suya, pero es suficiente para darnos una idea del pensamiento del autor, y en ella leemos:

> «Si en la Palabra de Dios se nos prohíbe la adoración de los mismos ángeles y de los hombres, ¿con qué razón podemos excusarnos de la culpa de idolatría dando culto a las cenizas y huesos de aquellos que murieron por la fe en Cristo? Muy bien podemos hacer nuestras oraciones en compañía de aquellos que, habiendo confesado la verdadera fe, van a ser sacrificados por amor a Jesús; y también podemos ador-

nar las tumbas de los mártires, como quieren otros ministros; pero adorar las tumbas, en vez de adornarlas, y también las reliquias de los que murieron por amor de Cristo, son actos totalmente contrarios a la Palabra de Dios y, por consiguiente, idólatras.»

Es muy curioso saber que hace 1.200 años había en nuestra Barcelona un obispo protestante anterior en más de mil años a Lutero y la Reforma.

3. LOS PAULICIANOS Y SUS SUCESORES DOCTRINALES

En el año 670 vivía en una ciudad del Asia Menor un cristiano llamado Constantino, el cual, habiendo hospedado a un diácono que volvía de su cautividad en Siria, recibió un regalo de gran valor, sobre todo en aquellos tiempos, por la escasez que del mismo había. Era un Nuevo Testamento. Este libro vino a ser su Maestro y su regla de conducta cristiana. Constantino se enamoró especialmente de los escritos y carácter del apóstol Pablo. Por tal motivo cambió su propio nombre en el de Pablo y dio el de Tito, Timoteo, Epafrodito, Silas, Lucas, etc., a sus colaboradores, con los cuales formó una activa sociedad misionera evangélica. Gibbon, historiador católicorromano, dice: «En el Evangelio y las epístolas del apóstol Pablo investigaron estos herejes las doctrinas del Cristianismo primitivo.»

Los Paulicianos —dice el mismo Gibbon— eran tan opuestos a las costumbres de los católicos como adheridos al Nuevo Testamento.

Las imágenes eran para ellos «una manufactura común de un artesano mortal, sin otro valor que el arte que manifestaba su artífice».

Las reliquias milagrosas, un montón de huesos y cenizas desprovistos de vida y de virtud, o de alguna relación de tipo espiritual con las personas a las cuales eran atribuidas.

«*La cruz* verdadera y vivificadora» —según el historiador católico—, un pedazo de madera sólida o podrida.

La santa eucaristía, un pedazo de pan, y su sangre, un vaso de vino, solamente símbolo de la gracia.

La madre de Jesucristo era despojada por los Paulicianos de sus honores divinos. Los santos y los ángeles no eran solicitados por ellos para ejercer su oficio de mediadores.[8]

Esto dice un historiador católicorromano acerca de estos cristianos del siglo VII, y con ello, ¿no los identifica con los cristianos evangélicos de todos los tiempos?

Las iglesias llamadas Montanistas, Novacianas y Donatistas existieron desde el siglo III hasta el siglo VII. Cuando estos tres nombres desaparecen de la vista de los historiadores, surgen por todas partes del mundo iglesias paulicianas. Es decir, el nombre de Pauliciano fue sobrepuesto a los disidentes del Catolicismo romano cuando los Montanistas, Novacianos y Donatistas, en lugar de estar extinguidos, contaban todavía con centenares de miles de miembros. Esto constituye una prueba poderosa de que los Paulicianos no eran todos descendientes espirituales de aquel Constantino que cambió su nombre en el de Pablo, sino que los había de orígenes diversos que se fundieron con los Paulicianos. El historiador Geuericke declara: «Esta secta, notable y numerosa, se levantó formada por elementos de los tiempos pasados.» Otro historiador, Robinson, dice: «Cuando estos sectarios fueron obligados por la per-

8. Gibbon, *Hist. de Roma,* vol. 4, pp. 595, 596.

secución de los católicos a buscar refugio en diversas partes del mundo, continuaron la propagación de sus doctrinas y fueron distinguidos por diversos nombres. Una sucesión de ellos continuó hasta la Reforma.»[9]

Pedro de Bruys

Este intrépido misionero evangélico fue cura de una pequeña parroquia de los Alpes. Cuando la luz del Evangelio iluminó su mente, no pudo quedarse en su aldea y empezó una labor itinerante de evangelización por todo el sur de Francia. El Nuevo Testamento —y probablemente la influencia de algunos descendientes de los paulicianos refugiados en los Alpes— hicieron el resto. Se cree que millares de personas fueron convertidas por su ministerio itinerante, que duró veinte años.

Un concilio fue convocado en Toulouse (Francia) en el año 1119, el cual condenó como herejía a los *Bonnes-hommes* peterinos y palicianos. Estos contestaron públicamente con una confesión de fe o declaración de sus doctrinas en catorce artículos, los cuales los han identificado como los mejores cristianos evangélicos de todos los tiempos. Según dicho documento, creían en la eficacia y suficiencia del sacrificio de Cristo para la salvación; que la virgen María fue santa, humilde y llena de gracia, pero que ni ella ni los demás santos deben ser adorados; decían que después de la muerte sólo hay dos lugares, uno para los salvos y otro para los condenados, y negaban el purgatorio como un lugar imaginario inventado por el Anticristo.[10] Condenaban el uso del

9. Robinson, *Ecc. Resg.*, pp. 126, 127.

10. Nombre que daban estos cristianos al sistema romano (véase p. 15, nota). La corrupción que reinaba en la corte romana en aquellos tiempos es reconocida hoy día por los mismos

agua bendita, los ayunos según el sistema romano, y la transustanciación. Reconocían solamente dos sacramentos, el Bautismo y la Cena del Señor. Enseñaron que el matrimonio es honroso y necesario no sólo para los cristianos en general, sino también para los sacerdotes. Que la silla del papa no era la de Pedro el apóstol, y como una reacción natural a las supersticiones de su tiempo en la adoración y veneración de la cruz, quemaban las imágenes y las cruces, porque decían que impedían al pueblo su relación espiritual con el Cristo Salvador que está en los cielos.

Pedro de Bruys fue apresado mientras estaba predicando en Saint Gilles, cerca de Nimes, y quemado vivo en el año 1124.

Un sucesor notable de Pedro de Bruys fue Enrique de Lausanne, un piadoso monje del Monasterio de Cluny, el cual fue convertido por Pedro de Bruys diez años antes de su muerte, y continuó predicando hasta el año 1148.

Se nos dice de este predicador, que siempre tenía pasajes adecuados de las Sagradas Escrituras para probar sus afirmaciones.

El pueblo le recibió con admiración porque no estaba acostumbrado a una predicación tan clara del Evangelio por parte de un sacerdote romano en aquellos tiempos, y porque condenaba los abusos y errores del clero, que la gente repudiaba en su corazón. Así que cuando otros sacerdotes se le oponían, el pueblo solía ponerse de su parte.

Al escuchar sus predicaciones la gente se arrepentía y enmendaba sus vidas. Muchos que vivían en

católicorromanos, pues por poco ilustrados que sean, no pueden negar los hechos de la Historia. Los papas de aquellos tiempos eran hombres tan depravados, tan disolutos y degenerados, que la Iglesia Católica, actualmente, no los aguantaría ni un día más en el pontificado.

inmoralidad se casaban legalmente. Gran número de mujeres de mala vida quemaba sus vestidos y aderezos cuando fueron convertidas a Dios por sus exhortaciones.

En 1134 fue aprehendido por orden del obispo de Arlés y llevado ante el Concilio de Pisa, el cual le condenó a perpetuo silencio y encierro en el Monasterio de Clairvaux, del cual el célebre San Bernardo era abad. Pero Enrique supo escaparse pronto, llevado por su intenso deseo de proclamar la Buena Nueva al mayor número de almas posible. Se cree que la verdad del Evangelio que predicaba le ganó, en el mismo convento, amigos que le facilitaron la fuga. Pronto se le encontró predicando en Toulouse y su región, donde los Albigenses[11] eran mayoría, y aunque él predicaba el evangelio puro y no las ideas albigenses, su oposición a Roma predispuso las gentes en su favor.

11. Nombre dado a estos sectarios, llamados también Cátaros —que significa «puros»— durante el siglo XII y parte del XIII, que desde la ciudad de Albi, en Francia, se extendieron por el sur de este país. Las creencias religiosas de los Cátaros derivaban del Cristianismo; tenían gran devoción por la figura de Cristo, pero con tendencia maniquea. Rechazaban el Antiguo Testamento, así como la violencia y el pecado en todas las formas, y acusaban a la Iglesia Católica de defender la beligerancia y el poder.

Dice el diccionario Salvat, de origen católicorromano, pero imparcial: «Los Cátaros procedían de los Bugomiles expulsados de Bulgaria, y arraigaron predominantemente en Provenza y Languedoc. Los predicadores insistían excesivamente sobre el pecado y la condenación eterna. Las autoridades eclesiásticas prohibían la traducción de los Evangelios a las lenguas nacionales; en cambio, la predicación de los Albigenses y su interpretación del Evangelio en lengua popular era, en general, de un nivel culto y elevado, frecuentemente superior al de los predicadores católicos. En el terreno social, los Cátaros ponían en entredicho el derecho de propiedad, lo que les dio la adhesión de las clases populares. Desde sus inicios los Albigenses se dividieron en dos escuelas: la de los dualistas moderados, que incorporaba numerosos elementos cris-

4. PEDRO WALDO Y LOS VALDENSES

El movimiento evangélico de la Edad Media recibió un valioso refuerzo con la conversión de Pedro Waldo debido a la impresión que le produjo la muerte repentina de un amigo con el cual estaba conversando. Dicho incidente hizo que este rico comerciante, dejando sus negocios, pensara sólo en la salvación de su alma.

Un sacerdote a quien preguntó sobre el gran asunto le respondió que había varias maneras de salvar el alma, pero que la más segura era poner en práctica las palabras de Jesús al joven rico: «Si quieres ser perfecto, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres.» Se cree que el cura lo dijo con ironía, porque Waldo era un hombre muy rico; pero éste, que estaba decidido a conseguir la salvación a todo coste, lo cumplió al pie de la letra. Su gran acierto fue que, en lugar de ir a profesar el voto de pobreza en un convento, resolvió deshacerse de sus bienes, empleándolos él mismo para beneficio de los pobres y la extensión del Reino de Dios. Consideró que era una obra muy buena a los ojos de Dios el mandar traducir y poner en manos del pueblo las Sagradas Escrituras. Hizo escribir a mano muchas copias que eran llevadas por cristianos fieles de un pueblo a otro. El clero empezó a mirar con recelo a aquellos hombres humildes que, de dos en dos, descalzos y pobremente vestidos, con el volumen sagrado en la mano, iban predicando la Palabra de Dios, y el arzobispo Guichard les prohibió predicar.

tianos, y la de los dualistas radicales, en la que predominaban los elementos extracristianos, mayormente maniqueos.» (Algunos escritores evangélicos modernos han visto en los primeros elementos cristianos evangélicos, confundidos por sus perseguidores con los segundos, ya que para ellos eran igualmente herejes todos los que se oponían a la Iglesia Católica dominante.)

Pedro Waldo apeló al papa esperando que su justa causa sería reconocida, y compareció con uno de sus colaboradores ante el Concilio de Letrán en marzo del año 1179. El papa los trató amablemente pensando que «los pobres de Lyon», como les llamaban, permanecerían dentro de la Iglesia Católica, quedando convertidos en una orden monástica. Y, según testimonio que tenemos de uno de sus jueces, los hallaron muy piadosos y austeros en su modo de vivir, pero ignorantes —según ellos— e incapaces de predicar. Esto fue porque, en lugar de examinarlos sobre las Sagradas Escrituras y las doctrinas más claras y evidentes del Cristianismo, les interrogaron, en lenguaje filosófico, sobre la Santísima Trinidad, las dos naturalezas de Cristo, y otras cosas que los Concilios habían tratado de resolver y establecer como dogmas, sin pensar que Dios tiene derecho a reservarse algunos misterios, sin revelárnoslos, hasta aquel día en el cual seremos capaces de comprender todas las cosas.

Vueltos a Lyon, resolvieron que debían predicar el Evangelio con sencillez, «porque era menester obedecer a Dios antes que a los hombres», y se lanzaron a la obra, desafiando la persecución. Esto les unió a sus hermanos los antiguos paulicianos —descendientes de los cristianos primitivos—, a los pedrobrusianos y enriquistas, y todos juntos vinieron a formar la Iglesia Evangélica Valdense, que subsistió y se extendió por toda Europa durante varios siglos antes de que apareciese la Reforma.

El edicto de excomunión que se extendió contra ellos en el año 1181 les obligó a salir de Lyon, lo que fue tan beneficioso para la causa del Evangelio como lo había sido la primera persecución que vino a la iglesia cristiana de Jerusalén, la cual obligó a los primeros cristianos a extenderse por todo el mundo antiguo predicando el Evangelio.

Pedro Waldo, huyendo de la intolerancia, llegó hasta Bolonia (hoy Polonia), en la misma frontera de Rusia, donde murió el año 1217 después de cincuenta y siete años de servicio para el Señor.

Los Valdenses en España

Animados por su celo misionero, los valdenses recorrieron el sur de Alemania, Suiza y Francia, llegando a España, donde formaron grupos de cristianos disidentes de Roma en las provincias del norte, y sobre todo en Cataluña. El hecho de que dos concilios y tres reyes se hayan ocupado de expulsarlos de nuestra patria, demuestra que su número tenía que ser considerable. El clero era impotente para detener el avance y, alarmado, pidió al papa Celestino III que tomase medidas en contra del movimiento. El papa mandó un delegado en el año 1194 que convocó una asamblea de prelados y nobles en Lérida, asistiendo personalmente el mismo rey Alfonso II, quien dictó el siguiente decreto:

> «Ordenamos a todo valdense que en vista de que están excomulgados de la santa Iglesia, son enemigos declarados de este reino y tienen que abandonarlo, e igualmente los demás estados de nuestros dominios. En virtud de esta orden, cualquiera que desde hoy se permita recibir en su casa a los susodichos valdenses, asistir a sus perniciosos discursos o proporcionarles alimentos, atraerá por esto la indignación de Dios todopoderoso y la nuestra; sus bienes serán confiscados sin apelación, y será castigado como culpable del delito de lesa majestad; además, cualquier noble o plebeyo que encuentre dentro de nuestros estados a uno de estos miserables, sepa que si los ultraja, los maltrata o los persigue no hará con esto nada que no nos sea agradable.»

Desde entonces la persecución se hizo sentir con violencia, y en una sola ejecución 114 valdenses fueron quemados vivos y sus cenizas echadas al río Ter en Gerona. Sin embargo, muchos lograron esconderse y seguir secretamente la obra de Dios en el reino de León, en Vizcaya y en Cataluña, pues al contrario de lo que decretaba la orden real, les veían con costumbres austeras y anunciar tan claramente las Buenas Nuevas de salvación, bien afirmadas en textos de la Sagrada Escritura, que hasta se menciona al obispo de Huesca, uno de los más notables prelados de Aragón, como protector decidido de los perseguidos Valdenses.

Pero las persecuciones contra ellos no cesaron, llegando a su apogeo por el año 1237, cuando 45 de éstos fueron arrestados en Castellón y 15 de ellos quemados vivos en la hoguera.

En Alsacia y Lorena hubo desde el año 1200 tres grandes centros de actividad misionera. En Metz, el *barba* (pastor) Crespin y sus numerosos hermanos confundían al obispo Beltrán, quien en vano se esforzaba por suprimirlos. En Estrasburgo los inquisidores mantenían siempre el fuego de la intolerancia contra la propaganda activa que hacía el *barba* Juan y más de 500 hermanos que componían la iglesia perseguida de aquella ciudad.

En Bohemia, donde Pedro Waldo terminó su gloriosa carrera, los resultados de la obra misionera valdense fueron fecundos. A mediados del siglo XIII el inquisidor de Passav nombraba 42 poblaciones donde los Valdenses habían echado raíces; y en Austria, a principios del siglo XIV, el inquisidor Krens hacía quemar 130 valdenses. Se cree que el número de éstos en Austria no bajaba de 80.000.

En Italia los Valdenses estaban diseminados y bien establecidos en todas partes de la península. Tenían propiedades en los grandes centros, y un

ministerio itinerante perfectamente organizado. En Lombardía los discípulos de Arnaldo de Brescia —gran opositor del papa a pesar de que nunca llegó a separarse de la Iglesia Católica, y que fue quemado vivo en el año 1155— unían fácilmente a los valdenses cuando éstos les predicaban el Evangelio. En Milán poseían una escuela que era centro de una gran actividad misionera.

En Calabria se establecieron muchos valdenses del Piamonte, en el año 1300, en Fuscaldo y Montecarlo. Habían conseguido cierta tolerancia, y se les permitía celebrar secretamente sus cultos con tal de que pagaran los diezmos al clero.

En tres de los valles del Piamonte —Lucerna, Perusa y San Martín— los Valdenses formaron pueblos enteros en las primeras décadas del siglo XIII.

Estos datos históricos que poseemos de la abundante literatura producida por los Valdenses, prueban de un modo irrefutable cuán equivocada y absurda es la afirmación de la Iglesia Romana de que el Protestantismo tuvo su origen en Lutero. Centenares de años antes de que se produjese el movimiento espiritual de la Reforma, existían ya muchos miles de cristianos que no comulgaban con los dogmas de la Iglesia Católica Romana y eran tanto o más protestantes de los errores y abusos del Catolicismo que el famoso fraile sajón.

5. WICKLIFFE Y LOS LOLLARDOS

Lo mismo que ocurría en el sur de Europa estaba sucediendo en Inglaterra. Se halla en los anales de la historia antigua de Inglaterra el caso de unos treinta hombres y mujeres que hablaban la lengua alemana, descendientes de los Valdenses, que aparecieron en Inglaterra allá por el año 1250 y pronto atrajeron la atención del gobierno por la singulari-

dad de sus doctrinas y prácticas religiosas. Fueron aprehendidos y llevados ante un concilio del clero en Oxford. Interrogados acerca de su religión, su ministro —o *barba*—, llamado Bernard, contestó que eran cristianos y creyentes en las doctrinas de los apóstoles. Haciendo un examen minucioso de sus opiniones, se vio que rechazaban muchas de las doctrinas en boga en la Iglesia Católica, adhiriéndose al Nuevo Testamento. «Cuando rehusaron abandonar —dice el cronista— estas herejías condenables, fueron entregados a los oficiales civiles para ser castigados. El rey Enrique II mandó que fueran sellados en la frente con hierro candente, azotados por las calles de Oxford y luego echados al campo, prohibiéndose a toda persona, bajo las penas más severas, ayudarles o socorrerles. Esta sentencia fue ejecutada con extremo rigor, y siendo época de invierno, todos estos desgraciados perecieron por el frío y el hambre.»

Se supone que las doctrinas predicadas por aquellos mártires del siglo XI y la influencia de otros evangélicos procedentes del Continente produjeron el extraordinario favor con que recibió el pueblo inglés las doctrinas de Wickliffe.

Este, que era catedrático de la Universidad de Oxford y director de uno de sus colegios, debió su notoriedad y su éxito en evitar la suerte de los mártires, a que, como en el caso de Lutero, algunos nobles ingleses se pusieron de su parte. Su afición al estudio de los Padres de la Iglesia y de las Sagradas Escrituras le hizo merecer el título que sus contemporáneos le dieron de «Doctor Evangélico».

El número de los partidarios de Wickliffe aumentaba sin cesar. Para hacer resaltar mejor el lujo y la falta de humildad de los sacerdotes católicos, los wicklefistas iban con los pies desnudos y ropaje muy sencillo, lo que dio lugar a que los llamasen Lollars. Wickliffe se dedicó entretanto a la traducción del

Nuevo Testamento. Es de esta época la anécdota en la cual se cuenta que, disputando con un sacerdote fanático, le dijo: «Si Dios me da vida, haré que el gañán que guía el arado conozca el Nuevo Testamento mejor que tú.»

Wickliffe murió pacíficamente en su parroquia de Luterworth en el año 1375.

Un año después de su muerte los lollardos se dirigieron al Parlamento de Inglaterra pidiendo la reforma de la Iglesia bajo la base de los siguientes artículos:

1.° Supresión del celibato de los sacerdotes.
2.° De la creencia en la transustanciación.
3.° De los exorcismos.
4.° De los exagerados ornamentos eclesiásticos e imágenes.
5.° Del agua bendita.
6.° De las oraciones por los muertos.
7.° De las romerías y peregrinaciones.
8.° De las misas pagadas y otros estipendios que recibía el clero.
9.° De la confesión auricular.

Todo esto ocurría en Inglaterra doscientos años antes de que reinara el tristemente famoso Enrique VIII, a quien se atribuye la entrada y difusión de la Reforma europea en las Islas Británicas.

6. JUAN HUSS Y LOS HUSSITAS

El Catolicismo romano se hallaba a principios del siglo XV dividido en tres facciones, y ello, no por motivos doctrinales, sino siguiendo las ambiciones de los que se titulaban papas a un mismo tiempo: Baltasar Cosa, llamado Juan XXIII, en la ciudad de Roma; Angel Corario, llamado Gregorio XII, en Rímini, y Pedro de Luna, que se llamaba Benedic-

to XIII, en el castillo de Peñíscola, protegido por los condes de Aragón.

Los tres dirigían respectivas excomuniones a sus otros dos contrincantes.

Fue en este tiempo cuando cayeron en manos del célebre profesor de la Universidad de Praga, Juan Huss, algunos escritos de Wickliffe. Dícese que quedó espantado de las doctrinas del hereje inglés, por su oposición a la fe tradicional del Catolicismo romano, hasta el punto de que aconsejó quemar los libros a un joven que le pidió la opinión acerca de ellos.

Pero Juan Huss era un cristiano recto y sincero, hecho de la madera de los héroes, y cuando por su estudio de las Sagradas Escrituras se convenció de que Wickliffe tenía la razón, escribió de su parte en el mismo sentido.

El papa Alejandro V publicó una bula condenando las doctrinas de Juan Huss, y éste respondió con un escrito titulado *De Alejandro mal informado a Alejandro informado mejor.*

El arzobispo excomulgó a Huss y a toda la ciudad de Praga, prohibiendo celebrar la misa, bautizar a los niños y dar sepultura a los muertos en tanto que Huss permaneciera en la ciudad. Esta sentencia, que hacía responsable a todo un pueblo de las ideas de un hombre, engendró un odio terrible contra el papa. Huss tomó el partido, o decisión, de abandonar su capilla de Belén en aquella ciudad y retirarse a su pueblo natal. Desde allí escribió a sus discípulos:

> «Sabed, queridos míos, que si me he separado de vosotros ha sido para seguir el precepto de nuestro Señor Jesucristo para no dar a los malos ocasión de incurrir en una condenación eterna, y para librar a los buenos de aflicción...; pero yo no os he abandonado para renegar de la verdad divina, por la cual, con la asistencia de Dios, deseo morir.»

En medio de tales circunstancias se reunió el Concilio de Constanza en 1414, teniendo dos objetivos: extirpar la herejía que Juan Huss y sus partidarios predicaban, y concluir con el cisma producido por la existencia simultánea de tres papas en la Iglesia Católica Romana.

Juan Huss compareció ante el concilio en el cual se produjo el escándalo de que el papa Cosa, llamado Juan XXIII, huyera del concilio para salvar su vida. Debido a las graves acusaciones que fueron presentadas ante él, el concilio le depuso del papado.[12]

Por otro lado, condenó e hizo quemar a Juan Huss y a su principal discípulo, Jerónimo de Praga.

Ello provocó una guerra en Bohemia, de la que resultaron vencedores los patriotas bohemios partidarios de Juan Huss, y el rey Segismundo, tres años después del martirio de aquél, tuvo que firmar un contrato con los estados de Bohemia en el que se les concedía completa libertad de cultos.

---

12. Es curioso y sintomático que el buen papa Juan XXIII, que convocó el Concilio Vaticano II, tomara el nombre del papa perverso depuesto por el mismo Concilio que condenó a Juan Huss. ¿No sería, además de para llenar el bache de un papa depuesto, porque este segundo Juan XXIII se sentía identificado con las doctrinas del célebre mártir de Bohemia, hoy honrado con un gran monumento en la ciudad de Praga? La conducta de este papa y la reforma moderna de la Iglesia Católica a partir del reciente Concilio Vaticano II parece favorecer esta idea. Ha habido otros papas que tuvieron que ser depuestos en el curso de la Historia. ¿Por qué tomó Juan XXIII el nombre del papa despuesto de Bohemia en el Concilio de Constanza, que era, según parece, el peor de todos, siendo él mismo tan diferente? ¿Lo sabremos algún día en la eternidad?

Es bien probable que de haber vivido algunos años más el buen papa Juan XXIII la reforma de la Iglesia Católica habría sido mucho más profunda y completa, pues creemos que por lo que hizo en vida —y, sobre todo, por la forma en que murió— era Juan XXIII un verdadero cristiano evangélico. — *(Nota de la Editorial.)*

Cien años más tarde los evangélicos bohemios recibieron gran aliento con el movimiento religioso triunfante de Lutero. Completados y perfeccionados los principios de la fe evangélica por el constante estudio de las Sagradas Escrituras, han sido los cristianos de Bohemia, conocidos bajo el nombre de Hermanos Moravos, una bendición espiritual para el mundo entero, tal como veremos en el próximo capítulo al describir el origen y desarrollo de esta denominación o grupo evangélico.

Tales son los orígenes del Cristianismo Evangélico, que si bien, políticamente, brotó de los reformadores Lutero, Calvino, Zuinglio, Knox y demás personalidades de la Reforma, tiene sus raíces en los movimientos espirituales que hemos descrito, procedentes, casi, del mismo principio de la Iglesia Cristiana.

La generación de testigos de la verdad evangélica se multiplica extraordinariamente desde los tiempos de la Reforma del siglo XVI; ello era indispensable si tenía que cumplirse la predicción hecha por nuestro Señor Jesucristo de que su Evangelio sería «predicado en todas las naciones para testimonio a todos los gentiles». No eran aptas para cumplir esa magna empresa las dos grandes organizaciones eclesiásticas dominantes en el oriente y occidente de Europa, la mayor de las cuales, sobre todo, había venido gastando sus mejores esfuerzos en combatir y ahogar interiormente los movimientos espirituales de sus mejores hijos, en lugar de atenderlos como advertencia divina. Vino, pues, un momento en que la Verdad no pudo quedar recluida. Explotó como un poderoso volcán, dando lugar a mil incendios espirituales; a variados movimientos de retorno a la fe primitiva que cristalizaron en organizaciones diversas, pero poseyendo una sola verdad: la salvación por la fe en Cristo, y el repudio de aquellas prácticas

y enseñanzas que no se hallan claramente expresadas en el Nuevo Testamento. No hubo la multiplicidad que pretenden los detractores del Cristianismo Evangélico, sino diversidades de una verdad única que por siglos había pugnado por surgir y ya no podía ser detenida.

En efecto; el Cristianismo Evangélico, que antes de la famosa protesta de Lutero era, humanamente hablando, nada más que un conjunto de iglesias escondidas, sobre todo, en los valles de los Alpes y en Bohemia, además del sentir evangélico que latía en el corazón de algunos buenos católicos que no se atrevían a manifestar su pensamiento, se manifestó brotando del mismo fondo de los círculos más cultos del humanismo y del más ferviente pietismo y misticismo medieval, tanto en los países sajones como en los latinos, uniéndose a los que, llevados por su sinceridad religiosa, no habían tiubeado en mostrarse disidentes del Cristianismo oficial corrompido, pagando miles de ellos su osada sinceridad con la ofrenda de sus propias vidas.

III

El cristianismo evangélico en la edad moderna

PRINCIPALES CARACTERISTICAS

Vamos a referir el origen, peculiaridades y desarrollo de las principales denominaciones evangélicas cuyos nombres como organización cristiana peculiar han llegado hasta nuestros días.

1. LOS VALDENSES

Ya hemos relatado su origen en el capítulo anterior al referirnos a los movimientos evangélicos que tuvieron efecto antes de la Reforma.

Cuando llegó ésta en el siglo XVI, los valdenses tomaron contacto inmediato con los reformadores y estuvieron en buenas relaciones con Lutero. Pero sus principales colaboradores fueron los reformadores Calvino y Zuinglio, y así, cuando fue convocado un Sínodo en Valdaosta en 1532, asistieron, no solamente los valdenses, sino también muchos representantes de Suiza, entre los que figuraban Farrell y Olivetano. En esta reunión aceptaron la doctrina de la predestinación de una manera formal y rechazaron todas las doctrinas católicorromanas que no tienen fundamento en el Evangelio, también de una manera formal. Así dejaron de ser una comunidad clandestina en Suiza, como lo habían sido durante siglos, y abrieron sus puertas a sus cultos para todos. Los templos valdenses se desparramaron por todo el Piamonte, hasta que el duque Carlos Emanuel II de Saboya los persiguió cruelmente, noticia que se difundió rápidamente por los países protestantes, especialmente en Inglaterra, donde las masas repetían un soneto muy popular de Milton, y Cromwell fue llevado a proclamar veladas de oración y ayuno en favor de los perseguidos valdenses. Siguió un período alternativo de persecuciones y prosperidad, hasta el advenimiento de la independencia política del Piamonte.

En el siglo XV se sucedieron algunos años de relativa calma y tolerancia porque el primer duque de Saboya, Amadeo XIII, que fue papa al final de su vida con el nombre de Félix V, trató de mitigar los rigores de la Inquisición. Hay que hacer honor a la verdad cuando ésta es favorable a nuestros oponentes.

Pero en 1484, Carlos I, hijo de la duquesa Yolanda, desde muy joven conocido con el apodo de «el guerrero», reunió sus tropas en Pinerolo y las dio órdenes de invadir el valle, desalojando a los valdenses. Las tropas del duque sumaban sólo 1.800 hombres, pero estaban reforzadas por un número considerable de voluntarios, católicos nominales (como han existido siempre tantos en el mundo) que se unieron a las tropas del duque atraídos por la espperanza del saqueo. Los valdenses tenían por únicas armas arcos y hondas, corazas de pieles y escudos de madera.

Los heroicos montañeses valdenses resistieron tan valientemente la invasión que, después de infructuosos asaltos, Carlos I consideró oportuno entablar negociaciones de paz. Con tal motivo, una delegación valdense fue recibida por él en el castillo de Pinerolo. En aquella entrevista se puso de manifiesto cómo eran engañados los príncipes por los partidarios de la intolerancia, pues el duque les hizo preguntas ingenuas tales como si era verdad que sus hijos nacían con el aspecto de demonio, con un ojo en medio de la frente, cuatro hileras de dientes o peludos como bestias salvajes, etc. Durante el coloquio pudo cerciorarse del fundamento que tenían tales calumnias.[13]

Los Valdenses obtienen tolerancia religiosa

Por ser este grupo el más antiguo de las denominaciones protestantes, nos ha parecido necesario hablar con más extensión de su origen.

Estos cristianos evangélicos, tan cruelmente perseguidos durante ocho siglos, obtuvieron libertad religiosa primeramente bajo la república francesa. Después de la derrota de Napoleón, Víctor Manuel I estableció en 1816 un régimen de tolerancia religiosa, acompañado de todos los vejámenes propios de tal condición. Por ejemplo, permitió la apertura del tem-

13. Véanse, para tales detalles y documentos, *El Cristianismo Evangélico a través de los siglos*, de la Editorial CLIE, o *La marcha del Cristianismo*, por J. Varetto de la J.B.P. de Buenos Aires.

plo de San Juan, pero a condición de que se ocultase su fachada con una empalizada de madera, a fin de que el cura católico, desde su pequeña iglesia, no se sintiese ofendido al ver la grande puerta abierta del magnífico templo valdense. De todos modos, las cosas habían cambiado mucho desde los tiempos en que los humildes valdenses eran perseguidos por los montes como fieras peligrosas.

Forzado por el espíritu de libertad que invadía Europa, Carlos Alberto proclamó en 18 de febrero del año 1848 el Acta de Emancipación, por la cual concedió igualdad de derechos a sus súbditos valdenses. Con tal motivo se iluminaron los valles con millares de fogatas que expresaban el gozo que inundaba los corazones de todos aquellos cristianos perseguidos durante tantos siglos. En las grandes ciudades, valdenses y católicos se juntaban en banquetes patrióticos y personalidades de ambos grupos se sentaban una al lado de la otra, brindando por la fraternidad cristiana, y se celebraban manifestaciones en las que el pueblo entero participaba agitando pañuelos y arrojando flores al grito de «¡Vivan nuestros hermanos Valdenses!», «¡Viva la libertad de cultos!».

En la plaza del castillo de Turín, donde en otro tiempo se habían encendido las hogueras que consumieron los cuerpos de tantos mártires valdenses, llegó una imponente manifestación que llevaba más de treinta mil gallardetes y banderas, precedida por una muy grande que ostentaba, con el escudo saboyano, la inscripción: «A Carlos Alberto, los Valdenses reconocidos».

El clero católico recibió de Roma la orden de abstenerse de tales manifestaciones patrióticas; pero el espíritu evangélico se manifestó amplio y perdonador en las palabras que escribía el pastor A. Sert en la revista *Valdessi*, página 344: «Si un pesar sentimos en medio de tanto júbilo, no fue otro sino el no

haber podido nosotros, los ministros valdenses, estrechar las manos de los sacerdotes de Pío IX y cambiar el beso de recíproca tolerancia y cristiana caridad.»

Desgraciadamente, no faltaron aún interpretaciones tendenciosas de la misma Acta de Emancipación, por lo que agentes fanáticos del gobierno italiano quisieron privar a los valdenses de sus derechos, interviniendo la policía más de una vez para impedir la labor evangélica, cerrando capillas y multando a los cristianos valdenses por su labor misionera en la propia patria. Sin embargo, se desarrolló considerablemente la obra valdense, no solamente en Italia, sino que los emigrantes valdenses han llevado allende los mares el tesoro de la fe evangélica legado por sus mayores, fundando prósperas colonias, donde pueblos enteros profesan el Cristianismo Valdense, sobre todo en los Estados Unidos y en las repúblicas de Uruguay y Argentina.

Como puede verse en este primer ejemplo, el nombre de «Valdense» no determina una secta protestante diferente en doctrina de otros organismos evangélicos, sino que tiene que ver con una tradición histórica. De ahí se desprende lo exagerado y absurdo de la alegación católica: «Si dejo la unidad de la Santa Madre Iglesia para hacerme protestante, ¿a qué secta debo pertenecer para poder salvarme? ¿Cuál de las centenares que existen en el Protestantismo posee la verdad?»

Pero esta dificultad no existe entre los cristianos evangélicos. Los Valdenses de nuestros días, por ejemplo, tienen una confesión de fe y costumbres eclesiásticas casi idénticas a las de los Reformados y Metodistas, pero les gusta ostentar el nombre que llevaron sus mayores, aunque no vivan ya en los valles del Piamonte, sino en las llanuras de América. Y si alguno de entre ellos acepta los principios de

otra secta evangélica, la más distanciada, pongamos por ejemplo la Bautista, no le llaman «hereje condenado», sino que respetan su punto de vista acerca del bautismo por inmersión, recordando que lo practicaron también muchos grupos valdenses anteriores a la Reforma. Los pastores valdenses confraternizan y colaboran en muchas empresas religiosas y benéficas con sus hermanos bautistas, metodistas y de otras afiliaciones protestantes, no teniendo en cuenta, como lo hacen los católicos, que su tradición histórica anterior a la Reforma les dé derecho a considerarse exclusivos poseedores de la verdad evangélica.

2. HERMANOS MORAVOS

«De los Hussitas del siglo xv que no quisieron aceptar "La Compacta" de 1436, con la cual se venía a un entendimiento entre católicos y bohemios seguidores de Juan Huss, surgieron los así llamados *Hermanos Bohemios*, que tomaron el nombre de *Unitas Fratrum* o Unidad de Hermanos.»[14]

Vencidos por las armas en la Montaña Blanca, en 1620, y perseguidos ferozmente por el emperador Fernando II, tuvieron que dispersarse por varias regiones de Europa, llevando por todas partes su celo religioso y propagandístico. Se mostraban dispuestos a poner en práctica toda enseñanza o ejemplo que

14. Con estas palabras que copiamos textualmente del *Pequeño Diccionario de las Sectas Protestantes* describe Camilo Crivelli S. I. el origen de los Hermanos Moravos, lo que es un reconocimiento, por parte no dudosa, que desmiente la alegación de los libritos propagandísticos antiprotestantes que atribuyen a Lutero el origen del Cristianismo Evangélico. He aquí una segunda rama protestante que nada tiene que ver con Lutero ni la Reforma, sino que es muy anterior a aquel movimiento religioso del siglo xvi.

hallaran en la Biblia, incluso la comunidad de bienes, cuando les era posible agruparse, imitando a los cristianos de Jerusalén.

Grande fue el regocijo de los Hermanos Moravos por el advenimiento y triunfo de la Reforma; sin embargo, no se confundieron con ésta, sino que continuaron manteniendo su nombre y organización eclesiástica. El conde Zinzendorf, providencialmente convertido por las palabras que un pintor desconocido pusiera debajo de un boceto de Cristo coronado de espinas:

«Todo esto hice por ti.
¿Qué has hecho tú por mí?»

Puso su vida y sus bienes a disposición de aquellos fieles cristianos perseguidos en Austria por los católicos, organizando la famosa colonia de Herrunt, de la cual salieron los primeros misioneros evangélicos al Polo Norte y Asia, sostenidos por sus hermanos, que trabajaban para tal objeto organizados como una gran comunidad cristiana en la cual reinaba un orden, disciplina y fervor espiritual que admiró por muchos años a sus correligionarios del mundo entero.

Más tarde empezaron a emigrar a Inglaterra, Holanda y Estados Unidos, llevando por todas partes su celo religioso. De ellos recibió Wesley importantes enseñanzas, y particularmente el conocimiento de la seguridad de la Salvación. Aunque dieron origen, como veremos más adelante, al pujante movimiento Metodista de Inglaterra y los Estados Unidos, no se confundieron con él, de modo que hoy existen iglesias de Hermanos Moravos en los países antes citados y en algunos otros. Sus creencias son las que caracterizan generalmente a los cristianos evangélicos, y su régimen eclesiástico es episcopal. Tienen cuatro asociaciones: la Continental o de Europa, que comprende a los directos descendientes de los antiguos Hussi-

tas. La de Inglaterra, que incluye las Islas Británicas, y las del Norte y del Sur de los Estados Unidos; pero las cuatro agrupaciones se juntan en un Congreso Moravo cada diez años.

Esta denominación cristiana, muy importante en Italia, se ha extendido en los últimos cuatro siglos a otros países, especialmente a las naciones de Sudamérica, por la labor misionera y, particularmente, por la emigración de ciudadanos italianos.

3. LUTERANOS

No es necesario declarar el origen de esta grande organización evangélica, ya que su nombre lo indica.

El iniciador de este importante grupo cristiano fue Martín Lutero, que nació en Eisleben (Alemania) en 1483 y estudió en la Universidad de Erfurt, donde siguió los cursos de letras y consiguió los grados de canciller y maestro de artes. En julio de 1505, debido a la repentina muerte de un compañero, que le persuadió de la necesidad de consagrar su vida a Dios, sin consultar a sus padres ingresó en la Orden de los Agustinos en Erfurt. Fue ordenado sacerdote en abril de 1507. En 1508 pasó a la Universidad de Wittenberg para enseñar en la Facultad de Artes. Allí alcanzó el grado de Doctor el año 1512 y sucedió a su activo maestro y amigo Juan von Staupitz, visitador de la Orden de los Agustinos, en la cátedra de Teología bíblica. Staupitz era un hombre de grandes conocimientos bíblicos, y en sus conversaciones privadas con Lutero le había dado mucha luz sobre el asunto de la salvación del alma, el gran tema que preocupaba al joven doctor. Una vez establecido en la cátedra de su amigo y maestro, dio comienzo a una gran serie de cursos bíblicos sobre los Salmos (1513-1515), la epístola a los Romanos (1515-1516), a los Gálatas (1517) y Hebreos (1518). Fueron aquéllos

unos años de intensos estudios bíblicos, durante los cuales leyó mucho los escritos de los Padres de la Iglesia, especialmente a San Agustín; pero también fueron años de angustia espiritual, sobre todo después de haber ido a Roma con una misión de su Orden y haber visto la corrupción moral y la indiferencia espiritual que reinaba en la corte del papa. Le vino la paz de espíritu cuando comprendió que la justificación es un don divino a los hombres, sin mérito por parte de éstos, aunque a la fe deben seguir las buenas obras, no para alcanzar o ganar la gracia de Dios, sino como la manifestación de gratiud a esta gracia.

Las 95 tesis

En 1517 se produjo un notorio escándalo a causa de la promulgación de un jubileo en Alemania con una venta general de indulgencias a cargo del agustino Staupitz, según se decía para sufragar los gastos de la reconstrucción de la iglesia de San Pedro en Roma, pero asimismo para aliviar las deudas enormes del joven arzobispo de Maguncia. Lutero escribió 95 tesis sobre las indulgencias y las clavó en las puertas de la iglesia de Todos los Santos y envió copias al arzobispo y obispo de Brandenburgo. Estas tesis, originalmente en latín, fueron vertidas al alemán, impresas y distribuidas copiosamente por Alemania. Como en ellas se desafiaba a la autoridad del papa, dieron origen a una peligrosa controversia, en aquellos tiempos de intolerancia.

En 1518 Lutero tuvo una entrevista con el cardenal Cayetano y se negó a retractarse. En 1519 tuvo un debate con el teólogo católico Juan Eck, con el resultado de que el papa publicó la bula de excomunión *Ex surge-Domine*, en 1520, contra el fraile agustino. A esta bula replicó Lutero con una serie de

escritos teológicos como *Llamamiento a la nobleza cristiana de la nación alemana* y *Cautividad babilónica de la Iglesia* (en latín), denunciando cuatro de los siete sacramentos, por no considerarlos bíblicos ni consecuentes con la primera tradición de los Padres de la Iglesia. Finalmente, el escrito más popular titulado *La libertad cristiana.*

La protección que Federico el Sabio, príncipe de Sajonia, dispensó a Lutero, preservó su vida y le aseguró una audiencia imperial en la Dieta de Worms, en abril de 1521, donde nuevamente se negó con toda energía a retractarse.

Temiendo las asechanzas de sus enemigos, sobre todo de que pudiera ser secuestrado y llevado a Roma, fuera de la jurisdicción del príncipe, éste le hizo secuestrar por un grupo de servidores y le llevó al histórico castillo de Watburgo, en Eisenach, donde Lutero vivió vestido como un caballero alemán con barba, bajo el nombre de Jorge. Allí comenzó su traducción de la Biblia al alemán, trabajo que no estuvo terminado hasta diez años más tarde, y para su realización reclutó Lutero un grupo de eruditos, entre los que se contaba el brillante Felipe Melanchton.

Lutero condenó la eficacia de la misa como sufragio para los difuntos, aunque sostuvo que Cristo estaba en cierto modo presente en los elementos de la Santa Cena con su teoría de la consustanciación, un intermedio entre la transustanciación, sostenida por la Iglesia Católica Romana, y la de mero símbolo, enseñada por los reformadores suizos. Asimismo condenó los votos monásticos y el celibato del clero. Durante su ausencia en Watburgo se desencadenó en Wittenberg un movimiento reformista radical, encabezado por su antiguo colega Andrés Carlostadio, cuyas predicaciones desataron el furor iconoclasta del pueblo y éste se dedicó a romper imágenes de las iglesias y lugares públicos, lo que constiuía un desafío abierto a las órdenes de la reciente Dieta imperial de Nuremberg. En marzo de 1522 Lutero regresó inopinadamente a Wittenberg y encauzó la situación mediante una luminosa serie de sermones. Durante los meses siguientes combatió el puritanismo legalista y el espiritualista entusiasta de Tomás Munzer. Cuando Munzer pasó a la acción, encabezando la revuelta de los campesinos de 1525, Lutero tuvo que ponerse abiertamente contra él, no solamente por cuestiones religiosas, sino también políticas, ya que él debía mucho a los señores, particularmente al príncipe de Sajonia.

El año 1525 Lutero se casó con Catalina de Bora, una ex monja que había abandonado el convento seis años atrás y era a la sazón doméstica del burgomaestre de la ciudad. También ese año sostuvo la famosa controversia con Erasmo, quien aunque compartía muchas de las ideas de Lutero, no quiso romper con Roma.

La tregua religiosa de Nuremberg (1532) significó un respiro para la Reforma. Durante todo este tiempo produjo Lutero un enorme caudal de escritos e himnos, entre los que destacan los de *Castillo fuerte es nuestro Dios,* así como sus liturgias, sermones y miles de folletos.

Murió en 1544 en el pueblo de Eisleben, donde había nacido, en un viaje que hizo para reconciliar a los príncipes de Anhaldt.

La importancia de Lutero en la Historia puede deducirse del hecho de que se han escrito más libros comentando su vida y su obra que de cualquier otra persona en el mundo, exceptuando Jesucristo.

Extensión del Luteranismo

Adoptaron el nombre de Luteranas las iglesias que aceptaron la Reforma en el norte de Alemania, Suecia, Noruega y Dinamarca.

Al principio, el mismo nombre era dado por los católicos a los protestantes de Suiza, Holanda e Inglaterra, pero las iglesias de las dos primeras naciones, que se hallaban más en contacto con Calvino, adoptaron el nombre de «Reformadas». Las de Escocia, teniendo la misma doctrina que éstas, escogieron el denominativo de Presbiterianas, al dar el nombre de «presbíteros» —que en griego significa «ancianos»— a los pastores de las iglesias.

Los Luteranos se distinguieron casi exclusivamente de los Reformados o Calvinistas por la idea de Lutero sobre la consustanciación, o sea la presencia real, aunque espiritual, de Cristo en la Eucaristía; pero sin transustanciación de los elementos. También tuvieron un concepto más amplio del libre albedrío que el reformador ginebrino.

Con el curso del tiempo los Luteranos han ido acercándose a la idea general de los demás cristianos evangélicos sobre la Eucaristía, que representa el cuerpo de Cristo sin serlo realmente, pero mantienen la idea de que el hecho de tomar el sacramento imparte gracia divina. Como todos los evangélicos creemos, por lo general, que el participar de la Santa Cena es un acto simbólico necesario y muy conveniente para la vida cristiana, la diferencia es en realidad bien poca cosa.

Lutero, al igual que los demás reformadores de su siglo, conservó la costumbre católica de un traje especial, o sea, la toga, para ceremonias del culto; el bautismo infantil y la confirmación, para solemnizar la entrada de los adolescentes en la Iglesia, lo que fue rechazado por otros movimientos evangélicos de retorno a la sencillez primitiva. Pero éstas no son diferencias esenciales como las que existen entre los Evangélicos y la Iglesia Católica Romana.

A causa de su unión con los gobiernos políticos de los príncipes que aceptaron la Reforma protestante, el Luteranismo perdió mucho de su primitivo fervor evangélico, convirtiéndose, muchas veces, en un instrumento estatal que sustituye a la Iglesia Católica en los actos sociales del individuo. En la misma posición se encuentran las iglesias reformadas en Holanda y Suiza-Alemana; y el Anglicanismo en Inglaterra.

Pero el Luteranismo, al igual que sus coláteres protestantes, tiene grandes ventajas sobre la Iglesia Católica.

Sus cultos se hacen en lengua vulgar y no en latín. En ellos abunda la lectura de las Sagradas Escrituras y el canto de himnos de verdadero sabor evangélico, por haber sido creados en la edad de oro de la Reforma. No se fomenta la superstición sobre imágenes y reliquias (aunque existen imágenes en algunas iglesias como objetos de ornamento). No se enseñan dogmas abusivos y lucrativos, como el del purgatorio. Su clero es casado. La doctrina tradicional de tales iglesias históricas —Luteranas, Anglicanas, Reformadas o Presbiterianas— es de tal modo evangélico que no existe contraste ni oposición teórica entre sus catecismos o reglas de fe y el más claro evangelio de la salvación que es en Cristo. De ahí que grandes despertamientos religiosos hayan podido tener lugar en el ambiente protestante, lo que no ha sido posible en el católico, donde la disciplina ahoga toda iniciativa de carácter espiritual que signifique una proclamación clara de la obra de salvación completa y perfecta que hay en Cristo.

Los protestantes del norte de Europa emigrados a América llevaron consigo su propia profesión religiosa, y aunque encontraron en el Nuevo Mundo otras iglesias de similar fe y ritos eclesiásticos, organizaron, sin embargo, en América y en otras partes del mundo iglesias que llevan el nombre de Luteranas, a las cuales han ido uniéndose otros ciudadanos de

los referidos países, convertidos por su labor misionera.

El *Lutheran World Almanac* del año 1933 da para todo el mundo el número de sesenta y dos millones de luteranos, y añade que probablemente haya ochenta millones, de los que cuatro millones estarían en los Estados Unidos y cinco a diez millones en los países anexos a Rusia. Los demás se hallan en Alemania y países escandinavos.

4. ANGLICANOS

El gran factor que emancipó a Inglaterra de la tutela de Roma fue la lectura de las Sagradas Escrituras. El sabio holandés Erasmo publicó en Basilea, en el año 1517, el Nuevo Testamento griego, junto con una traducción latina. Cuando este libro llegó a Londres, y de allí pasó a Cambridge y Oxford, empezó para Inglaterra un nuevo capítulo de su historia.

Este Nuevo Testamento fue recibido con gran entusiasmo por todos los hombres eruditos de la época. Jamás libro alguno había producido tal sensación en Europa, donde todos los que podían leerlo lo arrebataban de las manos de los vendedores. Esto ocurría particularmente en las ciudades universitarias de Oxford y Cambridge.

En el libro EL CRISTIANISMO EVANGELICO A TRAVES DE LOS SIGLOS contamos, con todo detalle, el gran movimiento que produjo la actividad evangelística de Wickliffe y la petición que elevaron los Lollardos al Parlamento en el año 1376 sugiriendo una verdadera reforma religiosoevangélica.

Uno de los hombres a quien más impresionó el Nuevo Testamento de Erasmo fue el estudiante Guillermo Tyndale, quien salió de Oxford y se dirigió a Cambridge, donde se había formado ya un grupo de personas que amaban la Palabra de Dios y celebraban sus cultos clandestinamente. Pero el señor de la comarca, Sir Juan Walsh —un hombre culto—, con su esposa —también muy culta—, aceptaron las ideas reformadas de Tyndale.

De allí hacía Tyndale visitas a Bristol, donde celebraba reuniones en un prado. Nació entonces en él un ardiente deseo: poder dar al pueblo la Palabra de Dios en la propia lengua inglesa, ya que el latín solamente podían leerlo personas de alta posición.

Con tal propósito partió hacia Alemania y se puso a trabajar en la traducción del Nuevo Testamento al inglés.

En 1524 envió a Inglaterra los dos primeros Evangelios traducidos, y desde allí se trasladó a Wittenberg para entrar en contacto con Lutero y los helenistas alemanes.

Poco tiempo después se estableció en Colonia, donde funcionaban imprentas del tipo de entonces, movidas a mano, como la ideada por Gutenberg, y viendo salir el precioso libro de sobre los moldes, y al recordar las persecuciones de que había sido objeto en su patria, decía: «Quiera o no quiera el rey, pronto todos los ingleses, alumbrados por el Nuevo Testamento, obedecerán a Jesucristo.»

La labor de Wickliffe estuvo a punto de perderse porque un hombre fanático llamado Cochlée, habiendo entrado en relación con los impresores a causa de un libro que deseaba publicar, oyó una conversación por la cual se enteró de que 3.000 ejemplares del Nuevo Testamento estaban en prensa y 80 páginas del mismo ya estaban listas; algunos negociantes ingleses pagaban los gastos; cuando la obra estuviera terminada sería llevada a Inglaterra sin que el rey ni el cardenal pudieran saberlo ni impedirlo.

El rey de Inglaterra era entonces Enrique VIII, que subió al trono en 1509. Desde el principio de su reinado se constituyó en un ardiente defensor del

Catolicismo y persiguió a los Lollardos, quienes desde los días de Wickliffe no cesaban de predicar el Evangelio poor las calles, viajando por toda la isla.

Alarmado por la buena acogida que tenían en su reino los libros de Lutero, tomó la pluma y escribió un libro tiulado *Defensa de los siete Sacramentos contra Martín Lutero,* libro que fue presentado al papa, y en recompensa recibió de éste el título de «Defensor de la Fe», título que todavía llevan hoy los soberanos ingleses; pero ya no es de la fe católica como cuando fue dado a Enrique VIII, sino de la fe anglicana o cristiana evangélica.

No es extraño, pues, que cuando llegaran a Inglaterra las noticias del propósito de Tyndale de llevar una cantidad tan considerable de ejemplares del Nuevo Testamento a aquel país, el voluble rey quisiera demostrar su celo católico prohibiendo la entrada del Nuevo Testamento en inglés. La denuncia de los católicos fanáticos de Colonia al rey decía: «Dad órdenes a todos los puertos de Inglaterra para que no puedan introducir *la más funesta de las mercaderías.*» ¡Tal es el nombre que se daba en aquellos tiempos a la Palabra de Dios!

Pero Tyndale era un hombre que poseía la fe que traspasa los montes. Corrió a la imprenta, recogió los pliegos impresos y los manuscritos, subió a una embarcación y se trasladó por el Rin en dirección a Worms. Al fin, después de un viaje de tres o cuatro días, llegó a esta ciudad, donde cuatro años antes Lutero había dado fiel testimonio de su fe desafiando al emperador, al papa y a la muerte. Como viajero desconocido, descendió del navío y puso su carga sobre la ribera.

En Worms consiguió los servicios de una imprenta y se entregó de nuevo a su tarea. Dos ediciones del Nuevo Testamento estuvieron listas a fines de 1525.

Llegada a Inglaterra del Nuevo Testamento

En los primeros días de 1526 los libros ya estaban embarcados, escondidos entre la mercadería de cinco comerciantes establecidos en ciudades marítimas. Llegaron a su destino y fueron secretamente depositados en Stilyard. Varios amigos de la fe evangélica se encargaron de distribuirlos por Inglaterra y explicar su significado e importancia.

Tyndale continuaba en el Continente viviendo en Marburgo bajo la protección del príncipe protestante que allí gobernaba y donde tenía grandes facilidades para proseguir sus tareas de publicista, pues además de sus traducciones de la Biblia, compuso muchos escritos de controversia de un tono altamente subido, pues la actitud de la Iglesia Romana le había llevado a la convicción de que ella era la Babilonia apocalíptica y la ramera embriagada con sangre de santos.

Prisión y muerte de Tyndale

En 1535 Tyndale se hallaba en Amberes, posesión española, pero oculto en casa de algunos negociantes ingleses que le prestaban ayuda. Estaba pasando los días más tranquilos de su vida, cuando fue traicionado por un falso amigo y encerrado en la prisión de Vilvorde, donde permaneció, sufriendo, durante un año y ciento treinta y cinco días. El proceso que se le formó fue muy lento y todo llevado por escrito. Muchos amigos influyentes trataron de salvarlo, pero nada pudo saciar la sed de sangre de sus perseguidores. Se ha encontrado una carta escrita por Tyndale al gobernador de la prisión en el último invierno de su vida, en la cual pide que le den la ropa gruesa que le fue sustraída, y la misma contiene este párrafo: «Pero mayormente ruego y suplico a Su Clemencia que interceda ante el procurador para que tenga la bondad de permitirme mi Biblia hebrea, mi

Gramática hebrea y mi Diccionario hebreo, para que pueda pasar el tiempo estudiando.» ¿Quién no ve en este ruego semejanza al de San Pablo cuando, preso en Roma, pedía el capote que había dejado en Tros, y mayormente los pergaminos? (2.ª Timoteo 4:13).

La sentencia de muerte fue pronunciada el 10 de agosto de 1536 y, conforme a ella, Tyndale fue estrangulado y después quemado. Su última oración fue: «Señor, abre los ojos del rey de Inglaterra.»

Divorcio real

Enrique VIII se había casado con Catalina de Aragón, viuda de su hermano Arturo, la cual era sobrina de Carlos V. Este matrimonio era contrario a las leyes canónicas, pero se salvó este obstáculo consiguiendo una dispensa del papa Julio II, que, como lo han tildado los historiadores católicos, era más guerrero que papa.

Después de dieciocho años de matrimonio, descontento por no tener un heredero varón, y enamorado de Ana Bolena, una hermosa dama de la corte, el rey manifestó tener escrúpulos de conciencia para continuar unido en un matrimonio que muchos eclesiásticos le decían que no era legítimo. Pidió entonces al papa Clemente VII que lo anulase, pero éste, no queriendo contrariar al poderoso emperador de España y Alemania, Carlos V, puso muchas dilaciones. El rey, por su parte, alegaba en su favor que no había cosa más común en la historia de las naciones que la anulación de matrimonios reales por parte del Vaticano. Recordaba el de Ladislao y la princesa Beatriz de Nápoles, acordado por Alejandro VI, y también el de Luis XII, que fue separado de Juana de Francia por motivos de parentesco.

En esta circunstancia aparece un hombre que estaba destinado a jugar un papel muy importante en la historia de Inglaterra: Crammer. Era éste un eclesiástico, doctor de Cambridge, que simpatizaba con las ideas de la Reforma. Aconsejó al rey que se dejase del papa y consultase a las Universidades. El rey aceptó el consejo y despachó comisiones a todas partes, y las Universidades inglesas, francesas, alemanas e italianas se declararon por la nulidad del matrimonio del rey.

Mientras se efectuaban estas consultas, Crammer, que había ganado el favor real, fue nombrado arzobispo de Canterbury, primado de Inglaterra.

Así Enrique VIII, desentendiéndose del papa, logró la anulación de su matrimonio y se casó con Ana Bolena.

Este divorcio real tuvo un largo alcance, pues terminó con el divorcio de Inglaterra con el papado, circunstancia que aprovecharon los partidarios de la Reforma para introducir las doctrinas evangélicas de ésta.

El Parlamento promulgó varios edictos aboliendo los diezmos que se pagaban al papa, prohibiendo toda apelación a Roma y, finalmente, declarando al rey cabeza suprema de la iglesia de Inglaterra, la que tomaba el nombre de «Ecclesia Anglicana», aunque su doctrina continuó siendo católicorromana durante toda la vida del veleidoso rey Enrique VIII.

Este reunió al alto clero en una especie de Sínodo donde pronto chocaron las tendencias protestantes con las católicas. El rey, a pesar de romper con el papa, permanecía católico en sus creencias. Pero el partido protestante consiguió que la Biblia fuese publicada con autorización real y que se colocase un ejemplar en cada iglesia.

El papa excomulgó a Enrique y puso al reino en entredicho. El rey, para demostrar que continuaba

permaneciendo católico, hizo promulgar seis artículos antiprotestantes que recibieron la denominación de «El azote de las seis cuerdas». En el decreto se amenazaba con la horca y con la hoguera a quienes se atreviesen a desconocer o a contradecir lo siguiente:

1.° La realidad de la transustanciación, tal como la entienden los más acérrimos católicos.

2.° La privación del cáliz a los laicos.

3.° La obligación del celibato clerical.

4.° La conveniencia y perpetuidad de los votos monásticos.

5.° La misa católica, obligatoria.

6.° La confesión auricular, obligatoria en la iglesia del Estado.

Nadie podía ni puede negar que Enrique permanecía católico, aunque enemistado con el papa, y es en su fe católica, y no como protestante, que cometió los horrendos crímenes de su cruel reinado.

Recrudeció la persecución contra la fe evangélica y entre las muchas víctimas se encuentra un maestro llamado Lambert, quemado a fuego lento por haber negado la presencia real en la Eucaristía. Más de quinientos fueron encarcelados.

Enrique VIII tuvo nada menos que seis esposas. Se cansó pronto de Ana Bolena y, acusándola de infidelidad, la hizo decapitar. Al día siguiente de esta tragedia se casó con Juana Seymour, la cual murió. Se casó entonces con Ana de Cleves, pero se disgustó con ella porque amaba la música y hablaba sólo el alemán. Obtuvo el divorcio y se casó con Catalina Howard. Alegando que había descubierto en ella faltas cometidas antes del matrimonio, la hizo condenar a muerte y se casó, por sexta vez, con Catalina Parr.

Testamento católico de Enrique VIII

El reinado de este casquivano rey fue un reinado de sangre. Hubo ejecuciones a miles, pues hacía dar muerte a los católicos que se resistían a negar la autoridad del papa, y asimismo a los protestantes que se oponían a la misa. Nunca abandonó las creencias católicas, como lo demuestran estos párrafos de su testamento:

> «En nombre de Dios y de la gloriosa y bienaventurada Virgen, nuestra señora Santa María y de toda la Santa Compañía Celestial: Nos Enrique por la gracia de Dios, etc., muy humilde y sinceramente, encomendamos y legamos nuestra alma al Todopoderoso Dios. También rogamos con toda instancia a la bienaventurada Virgen María, Su Madre, con toda la Santa Compañía Celestial, que oren por nosotros mientras vivamos en este mundo y al tiempo de salir de él para que podamos alcanzar la vida eterna lo más pronto posible. También encargamos a nuestros albaceas que hagan limosna a la gente pobre para que oren por la remisión de nuestros pecados.»
>
> «Y queremos que los deanes y canónigos de nuestra capilla de San Jorge, dentro de nuestro palacio de Windsor, reciban propiedades que den 600 libras esterlinas de rédico al año, para ellos y sus sucesores, para celebrar misa en dicho altar.»

No se puede pedir un testamento más católico ni menos protestante. Lejos de ser Enrique VIII, como dicen los católicos deseosos de desacreditar la Reforma, el fundador del Protestantismo en Inglaterra fue un católico, de carácter absolutista y voluntarioso, que persiguió a los protestantes todos los días

de su reinado, hasta la muerte. Se hizo cismático, pero continuó siendo, fanáticamente, católico.

Eduardo VI

Muerto Enrique VIII, heredó el trono Eduardo VI, pero como tenía tan sólo diez años de edad, fue nombrado un consejo de regencia, presidido por el duque de Somerset, tío del rey. Este era un hábil estadista y franco amigo de la Reforma religiosa. El joven rey, que fue llamado el Josías inglés, no puso obstáculos al programa protestante de las personas que le rodeaban, de modo que el partido católico fue por completo desalojado del poder. Crammer comprendió que había llegado la hora oportuna para introducir en la iglesia muchas reformas saludables de carácter evangélico, y supo hacerlo con tacto y sabiduría. Fueron entonces abolidos los seis artículos que habían sido causa de tantos encarcelamientos y muertes durante el reinado de Enrique. Los partidarios de la Reforma que estaban presos, fueron puestos en libertad, y muchos volvieron del destierro, entre otros Juan Knox, quien fue nombrado capellán del rey, cargo que no le agradó debido a sus tendencias presbiterianas, o sea calvinistas, acerca de la predestinación. Crammer eligió los predicadores más fogosos y entusiastas y los envió para enseñar al pueblo por todas las diócesis, tomó medidas para que la Biblia fuese más leída y explicada en las iglesias, abolió los ritos de la misa y las oraciones en latín, hizo que la comunión se administrase bajo las especies de pan y vino, y autorizó el matrimonio de los eclesiásticos.

Se reunió un importante Sínodo en 1551 y redactó cuarenta y dos artículos de fe que respondían a los principios del Protestantismo, y que fueron reducidos más tarde a treinta y nueve, los que, con algunas

modificaciones, sirven hasta hoy de norma a la Iglesia Anglicana.

El rey Eduardo VI vivió solamente hasta los diecisiete años, y antes de morir, aconsejado por el duque de Northumberland, había designado a su hermana Juana Grey para sucederle en el trono. La nueva reina tenía veinte años y se distinguía tanto por su hermosura como por sus virtudes y cultura, dominaba varios idiomas y leía en sus lenguas originales las obras maestras de la literatura antigua. Seguía por convicción la doctrina evangélica y mantenía correspondencia sobre temas espirituales con Zuinglio y Bullinger.

Juana Grey y María Tudor

Al morir Eduardo VI, los partidarios de la Reforma se apresuraron a cumplir el deseo del joven rey colocando a su hermana Juana, segunda hija de Enrique VIII, en el trono; pero la mayoría de los miembros de la nobleza, por respeto al principio hereditario, tan venerado en Inglaterra, se pronunció en favor de María, su hermana mayor, hija de Catalina de Aragón, primera esposa de Enrique VIII. La infortunada reina pagó con su vida su efímero reinado, que sólo duró diez días. Fue encerrada en la Torre de Londres y terminó su vida alentada por la fe evangélica que había abrazado. Poco antes de ser decapitada envió a su hermana —la reina que decretó su muerte— un Nuevo Testamento con una dedicatoria en la que manifiesta sentimientos cristianos poco comunes. Extraemos algunas líneas de la misma:

> «Te envío, querida hermana, un libro que, aunque exteriormente no está cubierto de oro, vale más que todas las piedras preciosas. Contiene el mensaje salvador de Nuestro Señor Jesucristo, la expresión de su suprema voluntad

y de su misericordia para con nosotros pobres pecadores. Te enseñará, si lo lees con un sincero deseo de ser salva, el camino de la vida eterna... En cuanto a mí, tengo la seguridad, al abandonar esta vida mortal, de obtener la vida eterna, que ruego a Dios te conceda también a ti... En el nombre de Dios te pido que no te apartes jamás de la verdadera fe cristiana, ni aun por salvar tu vida, porque si tú negares la verdad, Dios a su vez te negará... ¡Quiera El introducirme en su gloria, y también a ti cuando sea su voluntad! ¡Adiós, querida hermana! Espera en Dios, El te ayudará.[15]

La princesa María fue proclamada reina el 17 de julio de 1553. Tenía entonces treinta y siete años de edad. Había sido educada en el más pronunciado fanatismo católico romano. No bien se sentó en el trono, despachó un mensajero a Roma, manifestando al papa que se ponía incondicionalmente a sus pies.

A los nobles que le ofrecieron la corona, algunos de los cuales eran cristianos evangélicos, les había manifestado hipócritamente que ninguno sería molestado hipócritamente por sus convicciones religiosas y que lo único que pedía era que las suyas fueran respetadas. Pero una vez en el poder se quitó la careta, cambió prontamente de tono y dio a entender

15. La reina mártir sabía que, dado el encono religioso que existía en su país y en toda Europa en aquellos tiempos, si la reina María se hubiese convencido de la fe evangélica por la lectura del Nuevo Testamento, habría tropezado con nobles de los que la habían llevado al trono que eran capaces de procurar destronarla y aun de hacerla morir. Es seguro que ella había rogado a Dios por su salvación y esperaba que ello pudiera suceder; pero ocurrió todo lo contrario, pues Dios no fuerza a las almas que resisten la luz, cada una de las cuales elige su propio destino. «¿Y no queréis venir a Mí, para que tengáis vida?», exclamaba el propio Jesús (Juan 6:40).

que tenía la inquebrantable resolución de suprimir el Protestantismo de su reino.

Hizo encarcelar a los obispos Riley y Latimer, mientras esperaba al cardenal Pole, que se encontraba en Italia como legado pontificio de Inglaterra.

El arzobispo Crammer fue no sólo destituido sino enviado a la Torre de Londres, acusado de alta traición por haber tenido parte en la elevación al trono de Juana Grey, y condenado a morir en la hoguera junto con los dos primeros. Todo aquel que se atrevía a expresar dudas acerca de la transustanciación y del poder infalible del papa, era conducido a la hoguera sin ningún miramiento.

María ansiaba tener un heredero que fuera el monarca más poderoso de Europa, y a tal propósito hizo venir a Felipe II de España y se unió con él en un casamiento que tuvo muchos problemas, pues Felipe II era muy reacio a tal matrimonio de conveniencia política y le gustaba estar en Madrid más que en Londres; la reina María no consiguió tener un heredero.

El *Diccionario Enciclopédico* de la Editorial Salvat relata su reinado con las siguientes palabras:

«Prácticamente abandonada por su esposo, enferma de histeria y prematuramente envejecida, reprimió de modo violento la resistencia protestante, ordenando la ejecución de Juana Grey, del arzobispo Crammer y de otras 300 personas, lo que le valió el sobrenombre de *Bloody Mary* (María la sanguinaria). Su intervención en la guerra contra Francia secundando la política española, fue desfavorable a los intereses de Inglaterra, que perdió la plaza de

Calais (1558), debiendo renunciar definitivamente a la misma en la paz de Chateau-Cambresis (1559).»[16]

Al morir la reina María subió al trono su hermana paterna Isabel, quien profesaba la fe evangélica, como lo había hecho su difunta madre, Ana Bolena. Inglaterra sintió entonces una sensación de alivio, pues su primera medida fue poner en libertad a los numerosos presos que esperaban de un momento a otro ser conducidos de la cárcel a la hoguera.

El día de su coronación, al pasar por las calles de la capital, le fue presentado un ejemplar de la Biblia, que ella recibió con marcadas señales de aprecio. El pueblo supo entonces que había empezado para la nación una nueva Era y que la religión de la Biblia no sería perseguida más.

Estableció la lectura de la Biblia en las iglesias en la lengua del pueblo, lo que en aquellos tiempos

16. Los católicos han recriminado gravemente a la reina Isabel I de Inglaterra porque su Gobierno hizo ejecutar a su prima con su consentimiento, pero el *Diccionario Enciclopédico Salvat*, que cuenta la historia de un modo desapasionado, dice que después de firmada la paz en Perz hubo un breve período de armonía durante el cual nació el futuro Jacobo de Escocia e Inglaterra, pero tal período concluyó trágicamente con el atentado de Quirk o Field, en el que perdió la vida el rey consorte. El siguiente paso de María Estuardo fue su boda con Bothwell, considerado como principal instigador del crimen, lo que movilizó contra ella todas las fuerzas anticatólicas del país, que la acusaron de complicidad en la muerte de su esposo. La derrota de las tropas realistas en Carberry Hill (1567) y en Langside (1568) obligaron a la reina a abdicar en su hijo y buscar refugio en Inglaterra. Vigilada constantemente, no dudó, sin embargo, en fomentar diversas intrigas contra Isabel hasta convertirse en una seria amenaza para la estabilidad del trono de Inglaterra. Su participación en la conjura de Babington pudo ser probada por Francis Walsingham (1586), siendo condenada a muerte y ejecutada. (*Diccionario Enciclopédico Salvat*, vol. 14, p. 497.)

era un gran escándalo para los católicos, e hizo enseñar a los predicadores que la Comunión era un símbolo de la muerte de Cristo, negando la transustanciación.

En este tiempo tuvo gran influencia la *apología de Jewell*, que se propagó en todas partes del Reino, llevando a sus numerosos lectores el convencimiento de que la Iglesia Católica Romana era una iglesia que se había apartado en doctrina y en espíritu del genuino Cristianismo de los primeros siglos.

Pío V, en el año 1570, convencido de que toda esperanza de ganar ese reino para la causa de los papas estaba perdida, lanzó una bula de excomunión, y el rey de España, Felipe II, intentó invadir Inglaterra mediante la famosa escuadra llamada «Invencible», que fue destrozada por una violenta tempestad y diezmada por los buques ingleses y holandeses que salieron en su contra. Felipe II, según las crónicas españolas de su vida, se consoló diciendo: «Yo envié mi escuadra a luchar contra los ingleses, no contra las tempestades y los huracanes.»

Ese fue el verdadero origen de la Iglesia Anglicana. Su verdadero fundador no fue, en modo alguno, Enrique VIII, que murió siendo católico, aunque su enemistad con el papa contribuyó a la entrada de la Reforma en Inglaterra, pero no precisamente en sus días, sino en los días de su hija Isabel, y el Anglicanismo vino a ser la religión oficial de Inglaterra.

En virtud de esta unión de la Iglesia Anglicana con el Estado los soberanos ingleses aparecen como jefes de aquella iglesia nacional. Pero éste es un cargo meramente honorífico, que nada tiene que ver con la doctrina. El rey tiene que aprobar el nombramiento de los obispos, esto es todo. No se trata en modo alguno de una jefatura como la del papa con respecto a la Iglesia Católica Romana, como algunos católicos suponen equivocadamente.

Aunque el cargo eclesiástico más representativo lo ostenta el arzobispo de Canterbury, existe gran autonomía en las iglesias anglicanas, lo que ha permitido que algunas mostraran tendencias hacia la Iglesia Católica, muchas veces fomentadas por ministros realmente católicos que, estudiando en seminarios anglicanos, lograron un cargo oficial en la referida Iglesia Nacional Inglesa; pero al introducir rituales y costumbres de tipo católicorromano, han dado lugar a protestas de los elementos genuinamente evangélicos.

5. REFORMADOS

Tomaron el nombre de Reformados los cristianos evangélicos procedentes de la Reforma que promovió Juan Calvino en Ginebra. Este era un joven francés nacido en Noyon en 1509. En París fue condiscípulo de Ignacio de Loyola, y fue convertido a Cristo en cultos secretos que se celebraban en la capital de Francia bajo la dirección de Teodoro de Beza, después de lo cual este joven estudiante de abogado decidió dedicarse a la predicación del Evangelio.

Fue a visitar a Lefevre de Etaples, un obispo católico que había entrado en la convicción evangélica en Neirac (Navarra), España.

De allí fue a Suiza y el predicador Farel le conminó a quedarse en Ginebra, donde este hombre fervoroso, pero no tan culto, había empezado una obra de conversión de almas a Dios. El Consejo de la ciudad le nombró predicador y profesor de literatura sagrada.

Calvino, que era un hombre muy estricto, se negó a dar la Santa Cena a quienes eran partidarios de la Reforma por oposición a Roma, pero no vivían según las enseñanzas del Evangelio, y fue desterrado de la ciudad.

El cardenal Sadoleto, viendo que los ginebrinos estaban divididos, creyó que era el momento oportuno para hacerles volver al redil católico y dirigió una epístola al Consejo y al pueblo de Ginebra, sin omitir en ella ningún argumento favorable al papado. Los ediles de la ciudad, viéndose incapaces de contestar, escribieron a Calvino y le hicieron volver con todos los honores. Calvino se entregó a la obra de reformar, no solamente la doctrina, sino las costumbres de la ciudad, según él las juzgaba, de un modo muy estricto. Fundó un Seminario de Teología que tuvo más de mil alumnos, y escribió la *Institución de la Religión Cristiana*, que ha sido traducida a siete idiomas. En la introducción, dirigida al rey Francisco I, trató de demostrarle que aquellos a quienes hacía morir en la hoguera no eran herejes, sino seguidores de Cristo.

Calvino cometió el error de no oponerse a la sentencia de muerte con que el Consejo de la ciudad condenó a Servet por no creer en el dogma de la Trinidad. Más tarde, no solamente la ciudad de Ginebra comprendió que es un error condenar a muerte a las personas por sus ideas, poniéndose en lugar de Dios, sino todo el mundo evangélico, mucho antes de que lo comprendiera el mundo católico.

Los estudiantes del Seminario de Ginebra se esparcieron por Francia, Holanda y al norte de Gran Bretaña, la región de Escocia.

Otro reformador de renombre en Suiza fue Zuinglio, que realizó una obra en Zurich similar a la de Calvino. El Consejo de la ciudad resolvió que en enero de 1523 tuviese lugar una conferencia pública para escuchar a los representantes del Catolicismo romano y a los evangélicos. Todo el mundo esperaba que el vicario general del Obispado aceptaría el reto de responder a Zuinglio, pero él se excusó declarando que la Iglesia Católica celebraría algún Concilio para

resolver la cuestión religiosa y que todos debían esperar el fallo del mismo. El Consejo de la ciudad declaró que no habiéndose demostrado que la doctrina que Zuinglio predicaba fuese falsa, quedaba en toda libertad para predicarla.

El 16 de octubre de 1523 tuvo lugar otra asamblea general ante 900 miembros, de los cuales, 300 eran sacerdotes católicos. La conferencia fue del todo favorable a la Reforma. En la Pascua de 1524 se celebró por primera vez la Santa Cena bajo las dos especies. Se tomaron serias disposiciones contra el juego, el lujo desmedido y todo lo que fuese una relajación de las costumbres.

Zuinglio murió prematuramente en la batalla de Kappel entre católicos y protestantes, y le sucedió en la dirección del movimiento reformador Enrique Bullinger, quien se juntó con Calvino para redactar, de común acuerdo, el *Consensus-Tigurinus*, o sea la Segunda Confesión de Fe Helvética, por la que se fusionaron ambos movimientos evangélicos.

Más tarde, las iglesias reformadas han constituido diversos grupos al recabar —algunos más que otros— independencia del Estado y una vida espiritual de los miembros más intensa, reaccionando contra el peligro del rutinarismo que corren las iglesias protestantes, al igual que la Romana, al quedar dueños de la vida religiosa de un país o región. Así se han formado, tanto en Suiza y Alemania como en Holanda, diversas asociaciones de iglesias, todas con el nombre de Reformadas y manteniendo la Confesión de Fe Helvética, pero haciendo énfasis en distintos puntos de la misma doctrina, o mostrando diversa actitud en cuanto a sus relaciones con el Estado. A cada una de estas agrupaciones suelen dar los autores católicos el nombre de sectas; pero no hay tal, pues con mucha mayor razón podríamos llamar

nosotros sectarias a las diversas comunidades religiosas del Catolicismo.

Las iglesias evangélicas creadas bajo la influencia espiritual de Calvino y Zuinglio existen hoy día con los nombres de Iglesia Reformada en Francia, Suiza y Holanda.

La Reforma en Holanda empezó en un convento de Agustinos de Amberes, donde Enrique Zutphen asumió la tarea de predicar el Evangelio, hasta que fue puesto en la cárcel. Con una serenidad admirable se dispuso a enfrentarse con lo que parecía inevitable, el martirio, pero una noche un gran tumulto de gente asaltó la cárcel y le puso en libertad. Desde aquel entonces se estableció en una pequeña ciudad llamada Holstein, donde la influencia católica no parecía ser tan fuerte, y desde allí predicó el Evangelio y constituyó distintos grupos de cristianos que aceptaron la Reforma, hasta que una turba lo atacó y mató.

Como los primeros líderes de la Reforma habían salido del convento de los Agustinos, pensando que detrás de uno saldría otro de aquellos piadosos frailes predicando las doctrinas reformadas, el convento fue derruido en octubre de 1522, removida la tierra y sembrado de sal.

Carlos V, que era entonces emperador de España, Alemania y Holanda, viendo que no podía exterminar el Protestantismo en Alemania porque muchos príncipes y el pueblo en general estaban por la Reforma, dirigió su esfuerzo a evitar el «contagio» reformista en Holanda. Publicó un decreto según el cual «todo hereje pertinaz» debía ser quemado vivo y confiscados sus bienes, concediéndosele, en caso de retractación, sólo la gracia de morir degollado en vez de quemado. A los que denunciaron a protestantes se les ofrecía la mitad de lo que pudiera serles confiscado.

El príncipe Guillermo de Orange

Pero el pueblo no estaba dispuesto a soportar aquello por más tiempo. El príncipe Guillermo de Orange, que entonces todavía era católico, reclamó ante el Consejo de Estado la suspensión de tal decreto, y se sumó, más tarde, al conde de Egmont, el cual vino a España para entrevistarse con el rey Felipe II, que había sucedido a su padre, Carlos V, pero no fue escuchado.

A su vuelta se constituyó una liga de emancipación, compuesta por diversos nobles protestantes y católicos moderados, 200 de los cuales se dirigieron a Bruselas el mes de abril de 1556 para presentar su petición a la reina regente Margarita de Parma, hermana de Felipe II e hija natural de Carlos V.

El ambiente era tal que el 14 de junio de 1556 más de 7.000 personas se reunieron al aire libre en Ghent para escuchar el Evangelio. En Tournai, toda la ciudad se congregaba para oír predicar a un tal La Granje. El pastor Ambrosio Ville, por cuya cabeza se había ofrecido una buena cantidad de dinero, llegó a predicar ante multitudes de 20.000 personas.

En toda Holanda sucedía lo mismo. En Oberin, Pedro Gabriel estuvo predicando cuatro horas consecutivas a 5.000 personas sin cansarse ni él ni los que le escuchaban.

Una reina española de noble conciencia

Ante la marcha de los acontecimientos, la reina Margarita se vio precisada a permitir el ejercicio del culto protestante y escribió a su hermano pidiéndole que diese libertad de cultos en Holanda, o que fuera allí a gobernar en lugar suyo.

Pero Felipe II mandó un ejército capitaneado por el duque de Alba, quien a su llegada creó un tribunal llamado de los «Tumultos», pero que en Holanda

se le llamó «El tribunal de la sangre». En poco tiempo 18.000 personas fueron ejecutadas y más de 30.000 deportadas y privadas de sus bienes.

El príncipe Guillermo de Orange pudo reunir un ejército de paisanos, y después de ser vencido una vez, pudo escapar de la muerte y organizar desde el extranjero un buen ejército en mejores condiciones que el anterior, con el cual invadió los Países Bajos por el norte, y esta segunda vez el duque de Alba no pudo dominar aquellas tropas enfervorecidas por sus deseos de libertad.

El Protestantismo, establecido en Holanda

En 1648 se declaró la independencia de Holanda, aunque el Catolicismo pudo mantenerse en muchos lugares del sur gracias a la libertad concedida por los vencedores; pero la mayoría del país aceptó el Cristianismo Evangélico, particularmente en las regiones del norte.

Como Holanda ha tenido desde siglos un exceso de población, muchos holandeses emigraron a Estados Unidos, sobre todo al estado de Michigan, cerca del lago del mismo nombre, que entonces se hallaba casi despoblado, y crearon allí los núcleos de cristianos reformados más importantes de todos los que existen esparcidos por el mundo.

Doctrinas peculiares de las Iglesias Reformadas y Presbiterianas

Los profundos estudios de Calvino sobre el Nuevo Testamento, confirmados por otros líderes de la Reforma como Zuinglio y Bullinger, les llevaron a la conclusión de algunos puntos que son peculiares de las iglesias nacidas de este movimiento espiritual

cobijado en Ginebra y concretados en el llamado Sínodo de Dort, que se celebró en Holanda en 1618.

Sus puntos peculiares son:

1.° La depravación total del hombre, al que la caída dejó en estado de corrupción, sin capacidad total de salvarse.

2.° La elección incondicional fundada en el designio divino, anterior a la creación del mundo.

3.° La expiación limitada, que se aplica únicamente a los elegidos.

4.° La gracia irresistible, comunicada mediante el Espíritu Santo, para la regeneración.

5.° La perseverancia de los santos, a quienes Dios guarda para que no pierdan el estado de gracia.

Algunos reformados de tipo más moderado, basados en Romanos 8:29, añaden que Dios predestinó a los que antes conoció. Es decir, que El ya sabe por anticipado cuál ha de ser la decisión de los que creerán un día, y, por tanto, éstos no están exentos de responsabilidad.

Excepto estos cinco puntos, en algunos de los cuales están de acuerdo diversas denominaciones evangélicas, los Reformados se esfuerzan en anunciar las Buenas Nuevas del Evangelio a todas las personas del mundo, pues sabemos que nadie conoce, sino Dios, quiénes van a creer, y nuestro deber es cumplir el mandato de Cristo de llevar el Evangelio a toda criatura.

En este punto difieren de los Luteranos y Metodistas Wesleyanos, que atribuyen la responsabilidad enteramente a los individuos, pues dicen: «Dios quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad.» Creemos que éste es un misterio incomprensible e insondable para nosotros mientras nos hallamos en el mundo, el cual Dios nos hará entender un día en la otra vida, y por ahora no tiene que ser motivo de disputa.

Presbiterianos

Es exactamente otro nombre por el que son conocidos los cristianos reformados en ciertos países. Su origen procede de Escocia, en donde se estableció un fervoroso discípulo de Calvino llamado Knox. La preparación del terreno para la siembra del Cristianismo en Escocia la habían hecho antes otros cristianos menos célebres que el famoso escocés Juan Knox, nacido en Haddington en el año 1505 pero educado en Ginebra por Calvino.

Entre estos precursores se destaca Patricio Hamilton, nacido en 1504, que, después de estudiar en París, pasó a Marburgo, en donde recibió el conocimiento de la fe evangélica. Se trasladó a su país natal y predicó en Escocia, muriendo mártir en la hoguera, donde estuvo seis horas, pues había sido encendido y mantenido el fuego con calculada lentitud, para que el hereje sufriera lo más largamente posible. El principal responsable de su condena, quien por algún tiempo había profesado la fe cristiana evangélica, pero por el temor se volvió atras, acusó a Hamilton y discutió con él en la misma hoguera, escuchando las palabras del mártir: «¡Tú sabes que no es así, porque me lo has dicho a mí mismo! Te entrego al tribunal de Jesucristo.» El fraile apóstata de la fe evangélica huyó al convento, donde pocos días después murió demente por causa de su terrible remordimiento de conciencia. Por otra parte, se oyó a Hamilton decir cuando su fin se acercaba: «¿Hasta cuándo, oh Señor, las tinieblas cubrirán este reino? ¿Hasta cuándo, Señor, tolerarás la tiranía de los hombres? ¡Señor Jesús, recibe mi espíritu!»

Las súplicas de este y otros muchos mártires de la fe evangélica que, como Hamilton, terminaron sus vidas en las hogueras fueron contestadas por la obra triunfante de Knox. Los nobles de Escocia converti-

dos a la fe evangélica lograron arrancar a la reina María de Guisa una promesa de tolerancia, y entonces Knox fue invitado a regresar desde Suiza a su patria.

Su predicación encendía de entusiasmo los corazones del país entero, pues Knox era un hombre de ardiente espíritu.

La hija de María de Guisa, María Estuardo, subió al trono y, levantando un ejército de 8.000 hombres, obligó a los evangélicos a armarse con otro ejército de 5.000; pero no comenzaron la lucha porque llegaron a un acuerdo, firmando la paz de Pertz.

Juan Knox, cada vez más atrevido, se personó en la Catedral de San Andrés, donde predicó sobre la purificación del templo. María Estuardo le mandó llamar y discutió con él personalmente, acusándole por haber enseñado una religión diferente a la de sus príncipes, pues Dios ordena que los súbditos deben obedecer a sus gobiernos. Knox respondió con el ejemplo de los apóstoles y de los primitivos cristianos.

Viendo que el pueblo entero se inclinaba por la Reforma, María Estuardo se vio obligada a abdicar, huyendo a Inglaterra, donde fue ejecutada. Lo cierto es que ella había firmado sentencias de muerte a la hoguera de muchos cristianos evangélicos

El nombre de Presbiterianos proviene de la forma de gobierno que adoptaron las Iglesias Reformadas de Escocia, por un consejo de ancianos (en griego, «presbíteros»), en vez de la forma democrática que adoptaron otras iglesias de la Reforma, como los Bautistas.

Las iglesias presbiterianas se hallan extendidas por todo el mundo. La Alianza Mundial de Iglesias Reformadas procedentes de la labor de Calvino alcanzan el número de 47 millones. Su obra misionera

ha sido especialmente extensa y próspera en Corea, Formosa y en el Brasil.

También es importante el número de evangélicos presbiterianos que se trasladaron en los siglos XVI al XVIII al norte de Irlanda, territorio bien próximo a Escocia que se hallaba casi despoblado en aquel tiempo; en cambio, Escocia se ha hallado siempre superpoblada, y los escoceses presbiterianos establecidos en Irlanda del Norte prosperaron debido a su industriosa providad. Pero quedó en el país una población irlandesa minoritaria de católicos romanos que no aceptaron las doctrinas reformadas. Los descendientes de aquellos buenos cristianos evangélicos no han sido generalmente tan piadosos como sus padres, pero conservan la tradición presbiteriana aunque no hayan nacido de nuevo como regenerados hijos de Dios muchos de ellos, pues como explicamos a través de todo este libro, el verdadero Cristianismo no consiste en la adhesión externa a una u otra iglesia, sino en el cambio de corazón que Dios opera en los que de veras se entregan a Jesucristo aceptándole como su Salvador y Señor.[17]

17. Hoy día existe una guerra latente en Irlanda del Norte, en la provincia llamada Ulster, entre descendientes de los presbiterianos escoceses y los descendientes de los irlandeses católicos, pero lo que tiene menos que ver en la rivalidad entre ellos es la religión, y, por el contrario, sí los intereses políticos y sociales de ambos grupos. Ulster es una provincia autónoma de Inglaterra, mientras que una parte de la población de raza irlandesa quisiera más bien la unión con Irlanda del Sur. Pero los verdaderos cristianos, tanto de una parte como de otra (pues aun dentro del Catolicismo romano existen algunas personas que mantienen verdadera comunión con Dios mediante Jesucristo, a pesar de todos los errores dogmáticos que profesa su Iglesia), sólo desean la paz y la concordia ciudadana. Sobre todo existen este deseo y propósito en la parte genuinamente evangélica —que es con la que el autor ha tenido la ocasión de convivir por semanas enteras en los días de intolerancia religiosa en España—, y no con los llamados protestantes de simple tradición. — *(Nota de la Editorial.)*

6. METODISTAS

El Metodismo no fue en su principio un movimiento eclesiástico, sino un despertamiento religioso popular dentro de la Iglesia Anglicana.

Movimientos espirituales semejantes, pero de otro carácter, habían tenido ya lugar en Alemania dentro de la Iglesia Luterana. Por ejemplo, el Pietismo, iniciado por el pastor Spener, persona de elevada cultura e intensa vida espiritual, quien en el año 1666 en Frankfurt del Main apartóse del modelo teológico de predicación entonces en boga y adoptó sermones sencillos y prácticos. Estimuló el estudio bíblico y fomentó las actividades de los miembros de las iglesias, insistiendo en la necesidad de la conversión personal y de ministros convertidos e instruidos para anunciar la Palabra de Dios.

El talento y la cultura de Spener recomendaron sus opiniones en los centros cultos de Alemania, pero la iglesia oficial se oponía a sus ideas. Parecíales ser una depreciación de la iglesia y sus sacramentos, o del ministerio pastoral. Algunos profesores que abrazaron las ideas de Spener fueron expulsados de la Facultad en la Universidad de Leipzig, pero procedieron inmediatamente a la fundación de la Universidad de Halle, que ha sido una gran bendición espiritual en Alemania. En conexión con esta nueva escuela fundó la famosa casa de huérfanos de Halle sobre la base de orar a Dios con fe, poniendo a prueba las promesas de la Biblia, cuya institución llegó a crecer hasta ser uno de los más célebres orfanatos del mundo.

El despertamiento americano

Jonathan Edwards, pastor de la iglesia-congregación de Northampton (Mass.), fue uno de los pensadores de más talento que América ha producido, de vida santa, ardiente y penetrante en su predicación.

En el curso de su ministerio ordinario estalló un gran despertamiento que se propagó rápidamente a casi todas las colonias, con evidentes resultados de bendición en la vida entera del Nuevo Mundo de aquella época. Se convirtieron miles de personas, fundándose muchas nuevas iglesias.

El Metodismo en Inglaterra

Pero el más notable de los despertamientos religiosos del siglo XVIII fue el Metodista. Cuando la influencia del escepticismo volteriano procedente del Continente amenazaba la religión en Inglaterra, este movimiento evangélico cambió por completo el tono de vida del país y lo salvó de los horrores de una catástrofe semejante a la revolución francesa. Actuaron en las manos de Dios como instrumentos principales para efectuar este despertamiento Juan y Carlos Wesley y Jorge Whitefield, los tres estudiantes en Oxford. Whitefield era hijo de un posadero y los Wesley procedían de la rectoría episcopal de Epworth. En la Universidad habían fundado una unión que se proponía la cultura de la vida religiosa, a la cual los demás estudiantes llamaron el Club Santo, y también les dieron el apodo de «Metodistas», por su manera metódica de consagrarse a sus deberes universitarios y piadosos.

Los tres fueron ordenados para el ministerio en la Iglesia Anglicana, a la cual pertenecían. Pero hacia el año 1737, cada uno de una manera especial, pasaron por la crisis espiritual que se llama conversión, reconociendo que antes tenían una cultura religiosa, pero no la experiencia vital de la salvación por haber aceptado a Cristo como único y suficiente Salvador.

Pronto empezaron a predicar de un modo diferente, llamando a las personas a una genuina conversión a Dios, sin fiar en el hecho de pertenecer desde

su infancia a la Iglesia Anglicana. Como hallaban dificultad en dar tales sermones en las referidas iglesias, comenzaron a predicar al aire libre y en salones alquilados, siempre en horas distintas que aquellas en que se celebraban los cultos de la iglesia, pues se esforzaban por permanecer buenos anglicanos.

Juan Wesley y Jorge Whitefield fueron grandes predicadores, al paso que Carlos era un notable cantor y escritor de himnos. Hubo pronto millares de convertidos, que propagaron el fuego espiritual entre sus conocidos. Wesley, que poseía grandes dones de organizador, les asoció, formando clubs para el fomento de la vida espiritual y la propagación del Evangelio. Millares de predicadores voluntarios se dispusieron a llevar por todas partes del país las buenas nuevas del conocimiento claro de la salvación que es en Cristo, apoyados por algunos pastores anglicanos que vieron en el movimiento la mano de Dios para despertar a las almas a una fe genuina, semejante a la de los cristianos primitivos, y de los tiempos heroicos de la Reforma. Es decir, la fe sincera, eficaz para la salvación.

Sin embargo, Wesley, a la sazón no se proponía fundar una nueva iglesia, sino únicamente mantener latente el movimiento espiritual de despertamiento y conversión de pecadores; pero al aumentar los convertidos, muchos, llenos de entusiasmo, no sintiéndose bien dentro de los moldes eclesiásticos de la Iglesia Anglicana, se organizaron en iglesias independientes, primeramente en América en el 1784. La separación de la iglesia madre en Inglaterra no tuvo lugar hasta después de la muerte de Wesley en 1791. Así se fundó una nueva organización religiosa; sin embargo, la misma Iglesia Anglicana recibió beneficio de este movimiento espiritual.

A algunas iglesias de América no les gustó el título de superintendente que Wesley daba a aquellos

ministros encargados de guiar y aconsejar a los pastores locales, por lo cual nombraron obispos, formándose la Iglesia Metodista Episcopal.

Wesley no escribió ninguna confesión de fe, puesto que considerándose miembro de la Iglesia Anglicana no hacía sino poner más énfasis en las doctrinas evangélicas que se hallaban ya claramente expresadas en los artículos de dicha iglesia, de los cuales sólo quitó el 17, que se refiere a la predestinación, y los de tendencia política, aplicables sólo en Inglaterra, como el 27, que habla de la supremacía del rey.

Del mismo modo que Wesley en Inglaterra, Whitefield realizó una extensísima labor en América. El padre Crivelli S. I. reconoce que el Metodismo tiene hoy día unos 14 millones de miembros, de los cuales, casi 3 millones están en Inglaterra y 8 millones en los Estados Unidos. Sin embargo, la estadística del World Methodist Council, de 1953, da la cantidad de 39.540.210 en todo el mundo.

Los Metodistas Wesleyanos iniciaron obra en España a últimos del siglo pasado, pero después del movimiento ecuménico del Concilio Mundial de Iglesias los Metodistas de Bélgica, Francia y España se unieron con los Luteranos para formar iglesias nacionales, formando parte los Metodistas establecidos en Cataluña de la llamada Iglesia Evangélica Española, y así en las demás naciones.

7. BAUTISTAS

El nombre de Anabaptistas, que significa «rebautizados», empezó a ser aplicado a los que bautizaban adultos desde la época de la Reforma, pero su oposición a este mote y el uso por su parte del título de «Bautistas» ha hecho que sean conocidos hoy generalmente por este último nombre de simplemente Bautistas.

Algunos de los perseguidos anabaptistas holandeses y suizos buscaron asilo en Inglaterra, fundando allí iglesias bautistas que alcanzaron un extraordinario desarrollo, a pesar de que los anglicanos que allí dominaban no habían aprendido, todavía en aquel tiempo, el precepto evangélico en la Tolerancia Religiosa, que todo el mundo protestante ha venido hoy a reconocer y honrar.

Entre los cristianos de la minoría inglesa bautista se encuentran figuras tan destacadas como Juan Bunyan, que escribió *El Peregrino*, y Milton, el autor de *El Paraíso Perdido*, gran obra literaria de fama mundial.

En cambio, los bautistas disminuyeron hasta casi extinguirse en Suiza, Alemania y Holanda, si bien en estos dos últimos países fueron sustituidos por los Mennonitas, de fe y práctica casi idénticas. A mediados del siglo pasado la influencia y el prestigio de las iglesias bautistas de Inglaterra y América influyó para que adoptaran estos principios y este nombre algunos grupos de creyentes evangélicos disidentes de las iglesias Luterana y Reformada, oficiales en los citados países.

Es uno de los signos de vida del Cristianismo Evangélico este afán de renovarse y vivificarse, y organizarse los fieles según lo que a juicio de ellos mismos les ha parecido más de acuerdo con las enseñanzas del Nuevo Testamento.

En Inglaterra alcanzó especial florecimiento el movimiento Bautista durante el período de la reina Victoria, gracias a la completa libertad religiosa de que pudieron gozar.

Uno de sus más altos prestigios fue Carlos H. Spurgeon, de cuya fecunda pluma han sido vertidas al español algunas obras. Posteriormente le siguió en fama como pastor y escritor F. B. Meyer, y muchos otros que sería prolijo enumerar.

Pero donde más se ha desarrollado esta rama evangélica es en Norteamérica, donde emigraron muchos bautistas buscando la completa libertad de cultos que se les negaba en Europa.

Ha pasado a la Historia como un hecho notable la fundación del estado de Rhode Island por el pastor bautista Juan Clark y el notable colono Rogelio Williams, los cuales obtuvieron de Carlos II de Inglaterra, en el año 1663, una carta magna o estatuto especial por el cual se les confería a los colonos de Rhode Island la facultad de gobernar aquel territorio bajo el principio de completa libertad religiosa, de modo que tanto católicos como protestantes de cualquier matiz pudieran hallar asilo en aquella parte de América y practicar su religión sin ser molestados por motivos de conciencia. Eso era una gran novedad en aquella época; sin embargo, la idea de libertad fue abriéndose paso en el mundo, y de una manera especial entre los habitantes de Norteamérica (ya que la mayoría de ellos eran refugiados de diversas ramas evangélicas, por motivos de religión, o descendientes de los que lo fueron), de modo que cuando se proclamó la independencia de los Estados Unidos, el principio de completa libertad de cultos quedó establecido en la Constitución de aquella gran república.

Las iglesias bautistas en Norteamérica forman diversas asociaciones, que no deben confundirse con sectas, como hacen algunos escritores católicos; la mayoría de tales agrupaciones se hallan afiliadas a la Alianza Bautista Mundial. Entre unos y otros se calcula que su número se acerca a los cuarenta millones.

Algunos de los principios distintivos de los cristianos bautistas son sustentados por evangélicos conocidos por otros nombres. Vamos a poner en primer lugar, por tratarse de un grupo que proviene de los tiempos inmediatos a la Reforma, a los llamados

8. MENNONITAS

Las iglesias de este nombre provienen de los grupos de anabaptistas alemanes y holandeses, que recibieron la influencia de Menno Simons, un ex sacerdote católico que, convertido a la fe evangélica, se entregó a un ministerio itinerante que produjo abundante fruto tanto en Holanda como en Alemania. Simons era un predicador juicioso que, dotado de verdadero celo, supo poner coto a las exaltaciones de algunos anabaptistas exagerados y edificar iglesias bien constituidas y fieles. Puso un énfasis especial en las enseñanzas de Cristo sobre la no violencia, y uno de los puntos distintivos de los actuales Mennonitas es el de no usar armas de ninguna clase. Se niegan a ingresar en ningún ejército, y si son obligados a ello sin serles sustituido el empleo de las armas por algún trabajo auxiliar en la guerra, prefieren ser encarcelados y aun dar sus vidas, antes que quitar las de sus prójimos, como ha ocurrido en diversas guerras, y aun en las más recientes europeas.

Esta abnegación suya movió los sentimientos caritativos de la reina Victoria de Inglaterra para gestionar con el zar de Rusia especiales facilidades para la emigración de mennonitas residentes en las provincias bálticas y colonizar el inmenso país de Canadá, donde existen hoy día pueblos enteros cuyos habitantes profesan por tradición familiar la religión Mennonita, y un gran número de ellos son verdaderamente convertidos a Dios y fieles creyentes.

También los hay en gran número en los Estados Unidos. Al lado de su labor religiosa están siempre prontos para realizar —al igual que los Cuáqueros— una activa labor de caridad, especialmente en casos de guerra y calamidades públicas como terremotos, inundaciones, etc., en cualquier parte del mundo.

9. LOS CUAQUEROS

Esta organización religiosa es conocida también bajo el nombre de «Sociedad de los Amigos».

Fue una reacción, por parte de un piadoso cristiano llamado Jorge Fox, a la tendencia en que de nuevo habían caído las iglesias de la Reforma, al quedar dueñas del campo en Inglaterra, de imitar a la Iglesia Católica poniendo excesivo énfasis en la autoridad del clero y la eficacia de los sacramentos.

Fox insistía en el sacerdocio universal de los creyentes, o sea, en la regeneración del alma por la conversión a Dios, protestando de la tendencia a considerar cristiano a cualquier bautizado, y preconizaba la iluminación del Espíritu Santo en cada creyente para entender la Sagrada Escritura y encontrar en sus páginas alimento espiritual (es decir, pensamientos piadosos y edificantes) para sí mismos y para otros.

También denunciaba el hecho de que muchos ministros de las grandes iglesias de la Reforma ejercieran el pastorado como un oficio y no como una vocación producida por la verdadera conversión y consagración a Dios. Con tal motivo comenzó a reunir grupos de piadosos creyentes y les enseñó a edificarse mutuamente con la meditación de la Sagrada Escritura. Para eso se sentaban en silencio, invocando la ayuda del Espíritu Santo, y alternaban la lectura de la Biblia con oración mental, hasta que después de largo rato en este piadoso ejercicio, alguno creía haber recibido un mensaje bueno para los demás; sin embargo, tales manifestaciones orales eran restringidas para dar mayor lugar a la meditación personal.

Hallando mejor edificación espiritual con este procedimiento que asistiendo a ciertas iglesias donde

predicadores de oficio daban sermones vacíos o intelectualmente superiores a la mentalidad de los oyentes, las compañías de amigos lectores de la Biblia en silencio crecieron en Inglaterra, suscitando el encono de los clérigos anglicanos que movieron las autoridades en contra de ellos. Fue por tal motivo que dichas agrupaciones recibieron el nombre de Cuáqueros, por la respuesta que Fox dio a cierto juez: «Quaker to the Word of God» (tiembla ante la Palabra de Dios).

Fox cayó en el extremo opuesto del sacramentalismo, no considerando necesaria la práctica del bautismo ni la comunión en sus asambleas. Esto era justo cuando se trataba nada más que de grupos para fomentar la edificación espiritual, pero fue lamentable al quedar separados dichos grupos de las iglesias regulares.

En cambio dio Fox mucho énfasis a las enseñanzas del Sermón del Monte; a devolver bien por mal y a auxiliar al prójimo necesitado. Hoy día, las asambleas de Cuáqueros son, más que iglesias, importantes sociedades de beneficencia, siempre prontas a aportar su auxilio en caso de guerra o calamidades públicas. Buena parte del pueblo español que tuvo que sufrir hambre durante la guerra civil, recuerda los auxilios recibidos de los Cuáqueros. Estos apenas tienen misiones que se dediquen a la evangelización, destinando casi todos sus esfuerzos y recursos a beneficencia.

10. HERMANOS

Llevan este nombre varias congregaciones evangélicas que rehúsan ser designadas con nombres denominacionales.

Se aplicó el apodo, primeramente, a los creyentes de Moravia, los cuales se designaban a sí mismos como «Unitas Fratum», o sea hermanos unidos. De

ahí que se diera el mismo nombre en Alemania a grupos de creyentes bautistas, a los que se llamaba «Hermanos anegadores» o «Hermanos del río», con el evidente propósito de ridiculizarles.

Pero el nombre de «Hermanos» sin otra designación fue adoptado por los grupos de creyentes que, primeramente en Irlanda desde el año 1828, y luego por toda Inglaterra, empezaron a reunirse buscando volver al modelo de sencillez apostólica en cuanto a la organización de las iglesias.

Se distinguió en tales esfuerzos Juan Nelson Darby, pastor anglicano, que renunció a su posición como ministro de la iglesia del Estado. Como declara el padre Crivelli S. I. en su libro varias veces citado: Darby no pretendía suscitar una nueva secta, sino renovar las preexistentes y conformarlas con las doc trinas y gobierno de la Iglesia primitiva»; lo que es una confesión y reconocimiento extraordinario en la pluma de un escritor católico romano.

«Habiéndose formado —sigue el padre Crivelli— uno de los grupos más importantes en la ciudad de Plymouth, en Inglaterra, les vino a sus prosélitos el nombre de plymutistas, que ellos rehúsan, pues quieren que se les llame simplemente creyentes, cristianos o hermanos.»

«La idea fundamental de los Plymutistas —explica el padre Crivelli— consistía en decir que el cuerpo de Cristo (la Iglesia) es el compuesto de todos los creyentes, y que bastaba descartar las confesiones de fe, el credo, rituales y atenerse a la Biblia interpretada libremente para recuperar la unidad.»

Mucho agradecemos esta apreciación del ilustrado jesuita, a lo cual podemos añadir que éste fue, ciertamente, el deseo de todos los creyentes conocidos con el nombre de «Hermanos»: Organizar iglesias o asambleas de personas que dieran muestras de haber sido realmente regeneradas.

Pero es necesario reconocer que en la Dispensa-

ción presente,[18] a causa de nuestra humana flaqueza, la mayor sinceridad religiosa no suele dar a las iglesias una unidad compacta, la cual sólo puede conseguirse con aquella férrea disciplina que mata el espíritu, la iniciativa y la responsabilidad personal.

Opiniones múltiples sobre diferentes asuntos han dado lugar a diversas agrupaciones de Hermanos.[19] La diferencia principal de tales grupos de creyentes es la que existe entre aquellos conocidos como Hermanos cerrados, a los que se denomina también Darbistas, y los abiertos, que se llaman simplemente Hermanos. Estos admiten en su comunión a los miembros de cualquier iglesia evangélica, con tal que tengan evidencia de que se trata de personas verdaderamente convertidas a Dios, y no de meros profesantes del Cristianismo; mientras que los Hermanos cerrados no comulgan sino con los miembros de su propio grupo religioso. Sin embargo, estos Hermanos cerrados no lo son tanto que se nieguen a confraternizar con sus correligionarios evangélicos de cualquier iglesia, antes se gozan, sobre todo, en proveerles generosamente de folletos para los inconversos, los cuales son usados con provecho por los buscadores de almas de cualquier iglesia o denominación evangélica. En esto y en otras muchas cosas se muestra la unidad evangélica, por encima de las pequeñas vallas de iglesias, sociedades misioneras o denominación.

18. Llámase «Dispensación», en el lenguaje teológico, a las diversas épocas de la revelación divina. Así tenemos la Dispensación judaica, que abarca de Moisés hasta Cristo, y la Dispensación cristiana o de la Gracia, que va desde la fundación de la primera Iglesia cristiana, el día de Pentecostés, hasta la Segunda Venida de Cristo.

19. Los miembros de este grupo insisten en que el nombre de Hermanos en mayúscula les ha sido aplicado por los cristianos de fuera de su grupo, pero que ellos no son sino hermanos en Cristo (con minúscula), con todos los verdaderos cristianos, regenerados por el Espíritu Santo.

La característica que distingue mayormente a estos grupos de creyentes es que sus iglesias o asambleas son dirigidas por un grupo de creyentes de más experiencia, los que se denominan «Ancianos», aunque no lo sean en edad;[20] y el ministerio de edificación de la Iglesia se considera el privilegio, no de una sola persona ordenada para tal oficio, sino que consiste en el ejercicio de los dones apropiados que el Espíritu Santo haya concedido entre los fieles de la Iglesia.

Tales ancianos gozan de la misma autoridad, aunque inevitablemente ocurre que suele concedérsele más respeto si hay alguno en el grupo que dedica todo su tiempo a la labor religiosa.

La participación en la comunión o eucaristía es denominada por ellos, simplemente, según la frase del Nuevo Testamento: «Partimiento del pan», y se hace semanalmente obligatoria para todos los fieles.

Como puede verse, ésas son diferencias de detalle y de culto que nada tienen que ver con la doctrina que profesan en común con la generalidad de las iglesias evangélicas.

20. La palabra «Anciano» es en griego «Presbítero». De ahí que incurran en un aparente contrasentido gramatical las iglesias protestantes y las católicas al ordenar como «presbíteros» a personas jóvenes; pero el título de anciano se refiere más a la experiencia espiritual que a la edad.

IV

Otros grupos evangélicos de reciente formación

Al lado de los mayores grupos o denominaciones evangélicas existen otras sociedades, que han surgido del seno de las antes referidas, al enfatizar algunos de los puntos de la fe y práctica de las iglesias evangélicas de la Reforma. La mayoría de los grupos evangélicos se han formado con motivo de algún avivamiento espiritual que ha tenido lugar en el seno de las mismas; así, podemos mencionar aquí a los:

a) *Nazarenos,* cuyo objetivo es restaurar en las iglesias de origen Metodista las mismas costumbres puritanas que cuando se estableció el movimiento wesleyano, de modo que sus miembros deben aceptar

un pacto de Iglesia, llamado *Manual de reglas generales,* que prohíbe el alcohol, el tabaco, el baile, el circo, los juegos de azar y otras diversiones populares, y se comprometen a santificar de un modo muy estricto el domingo, absteniéndose incluso de lecturas en dicho día que no sean de carácter piadoso.

b) *Las Iglesias de Cristo,* cuya fe no les separa de los Bautistas sino en la especial importancia que dan al rito simbólico del bautismo, y en tener la regla de abstenerse del uso de música instrumental en los cultos, y otros detalles de menor importancia.

c) *Las Iglesias de la Santificación,* que sostienen que el cristiano puede y debe esforzarse para alcanzar un estado de santidad absoluta en esta misma vida.

d) *Las Iglesias Apostólicas y las Iglesias Bíblicas,* que proclaman la necesidad de ceñirse a las prácticas del tiempo apostólico, aun en contra de las costumbres de la época que no tienen un carácter pecaminoso.

Como en un árbol frondoso, cualquier movimiento espiritual o cualquier entusiasmo popular ha dado lugar a la creación de un nuevo brote.

Que algunos han destacado puntos que otros cristianos evangélicos, igualmente sinceros, han juzgado superfluos, es del todo evidente. Que lo considerado por unos como un hallazgo o descubrimiento de verdad en la Sagrada Escritura sea juzgado por otros, con la misma sinceridad, como una interpretación exagerada y parcial de los oráculos divinos, es cosa inevitable dentro de un régimen de libertad evangélica; pero, como indicamos antes, ¿no es ello mucho mejor y preferible al régimen de hipocresía impuesto por aquel exceso de autoridad dogmática que caracteriza el sistema romano?

El más profundo respeto caracteriza nuestras relaciones con aquellos hermanos que profesan interpretaciones que reconocemos exageradas, o no probadas, considerando lo mucho que tenemos en común de todo aquello que es básico para la salvación de nuestra alma.

Veamos otros grupos cristianos establecidos en el siglo pasado:

1. SALVACIONISTAS

Este movimiento religioso en favor de los más bajos y desheredados del mundo no es una iglesia, ni un grupo de iglesias propiamente dicho, pero ha sido el medio para salvar y regenerar a millares de personas, tanto o más que cualquier iglesia, y por ello creemos que merece especial mención en este capítulo dedicado al desarrollo del Cristianismo Evangélico.

Fue fundado por Guillermo Booth, predicador metodista, quien recordando cómo un siglo atrás Juan Wesley, el fundador del Metodismo, había llevado el Evangelio a los obreros en las calles y plazas de Inglaterra, quiso volver a los mismos procedimientos populares.

Los dirigentes del Metodismo de su época creyeron que ello ya no era necesario, sino que los que quisieran buscar a Dios debían acudir a iglesias con vida espiritual, como lo eran en su tiempo las iglesias metodistas establecidas como denominación al lado de la Iglesia Anglicana.

Pero Booth no se conformó con esto. Quería un cristianismo agresivo, que fuese tras de las almas perdidas, sin esperar a que éstas, dándose cuenta de su perdición, buscaran el Evangelio, y en una de sus cartas escribió aquella célebre frase que dio

nombre al benemérito movimiento salvacionista: «La Iglesia es un Ejército de Dios para la salvación de los perdidos.» Poco después surgió en su mente y en la de sus colaboradores la idea de organizar a los creyentes como ejército de Paz y Amor, para luchar en contra del pecado y los males que afligen a la Humanidad.

Pensaron que un vistoso uniforme infundiría respeto a los perdidos y sería una garantía y un compromiso moral, por parte de los que lo ostentaran, de que su entrada en las tabernas y lupanares no era sino para fines espirituales. Sería, asimismo, un constante reclamo e invitación a los degradados y miserables de la Tierra para saber a quién dirigirse en demanda de ayuda para salir de su miseria moral y material.

De acuerdo con estos principios se fundó el Ejército de Salvación, adoptando una organización militar para todos los cargos, desde el de general en jefe, al de soldado. El Cuartel General Internacional se halla en Londres. Las naciones donde la organización trabaja se llaman territorios, al mando de un comisario nacional. El territorio se divide en provincias, divisiones y cuerpos, siendo este último el grupo de fieles en cada lugar. Tienen banderas, música y todo lo llamativo de un ejército, pero es de paz y buena voluntad.

Son oficiales del Ejército de Salvación las personas que dedican todo su tiempo a la obra, y soldados los convertidos que colaboran voluntariamente en sus horas libres.

Su obra es de dos clases: religiosa y de auxilio. Convertir a los pecadores por la predicación del Evangelio y ayudar a los desgraciados y viciosos a salir de su situación abyecta. Además de dar de comer a los hambrientos, procuran orientarles para ganarse el pan con un trabajo honrado.

Para la obra religiosa o de conversión emplea el Salvacionismo métodos especiales y bullangueros. En cualquier ciudad importante de Europa o América donde existe libertad religiosa pueden oírse los domingos mañana y tarde, y otros días al atardecer, grupos uniformados cantando himnos evangélicos en calles y plazas públicas al son de cornetas y tambores. También predican en salas de culto populares. Gran parte de la predicación se compone de testimonios de los mismos convertidos, explicando cómo el poder del Evangelio ha transformado sus vidas y sus hogares. Los que sienten ansias de salvación son invitados a pasar al banco de enfrente, llamado el banco de los penitentes, donde se les exhorta de un modo particular al arrepentimiento y a la fe en Cristo. De este modo el Ejército de Salvación ha logrado verdaderos milagros de transformación de pecadores.

Para la obra se emplean tanto hombres como mujeres, basándose las únicas distinciones en el talento, la piedad y la fidelidad.

No pretenden ser una iglesia y, por lo tanto, no practican el bautismo ni la Cena del Señor. Muchos de sus convertidos se unen a iglesias regulares de diversas denominaciones evangélicas, pero los que son soldados activos del Ejército se ven impedidos de cumplir los deberes de un miembro porque el Ejército reclama todo su tiempo y presencia en las horas que son de culto en las iglesias. Esto ha hecho que muchos salvacionistas se limiten a trabajar en el Ejército, renunciando a la membresía de iglesias normales. Sin embargo, las iglesias evangélicas en todas partes del mundo apoyan al Ejército de Salvación, considerándolo una benemérito institución cristiana. Si bien insisten, con razón, en la necesidad de que todos los convertidos a Dios, ya en iglesias o por la obra salvacionista, practiquen las ordenanzas del bautismo y la Santa Cena y asistan a los cultos regu-

lares de las iglesias, siempre que no sean impedidos por las actividades religiosas del propio salvacionismo.

Al lado de la predicación del Evangelio, el Ejército de Salvación realiza una obra social que ha alcanzado enormes proporciones y gran variedad de formas, como son: Refugios para mujeres caídas, y para borrachos, donde hallan acogimiento en cualquier hora de la noche; casas de maternidad para muchachas caídas; hoteles baratos para obreros en centros industriales; asilos para niños mientras sus madres trabajan; agencias de empleos para parados; industrias para ocupar a los ex borrachos y ex presidiarios; comidas de Navidad para los pobres; campamentos veraniegos para mujeres y niños enfermizos, etc., etc.

Todos los gobiernos no atados por prejuicios religiosos admiran y apoyan al Ejército de Salvación. Por ejemplo, el Ayuntamiento de París regaló al Ejército de Salvación francés un solar en lo más céntrico de la gran urbe, donde se levanta el «Palais de la Femme», cuartel central para varias de las antedichas actividades; y lo mismo podríamos ir citando de muchas otras naciones en donde el Ejército de Salvación realiza una gran obra social y religiosa.

2. ADVENTISTAS DEL SEPTIMO DIA

Uno de los grupos más característicos entre las denominaciones evangélicas, por su tendencia al judaísmo y su respeto al Antiguo Testamento —diferenciándose en varios aspectos de otros grupos cristianos, pero haciendo igual énfasis que éstos en la doctrina de la salvación por la fe en Jesucristo, a quien consideran Hijo de Dios, al igual que los más antiguos y fieles grupos evangélicos—, es el de los Adventistas, movimiento espiritual que fijó su atención, en el siglo pasado, a la idea —que prevalecía ya en los primeros siglos del Cristianismo— de que el retorno de Jesucristo se hallaba cerca. Esta creencia se ha extendido también hace más de un siglo a otras muchas denominaciones cristianas, sobre todo entre los Bautistas y Hermanos, pero en el Adventismo del Séptimo Día, promovido por un predicador llamado Guillermo Miller, cristalizó en un grupo cristiano que tiene las siguientes características:

1.ª Miller, basándose en cálculos fundados en Daniel 9:25-27, anunció la Segunda Venida de Jesucristo para el año 1944. No habiéndose cumplido en esta fecha, Miller fijó su atención en el versículo 14 del capítulo 8 de Daniel y declaró que Jesús fue a purificar el santuario celestial en aquella fecha y que ahora está bastante más cerca su venida.

2.ª La observancia del sábado como día festivo, en lugar del domingo, lo que suelen hacer con especial escrupulosidad. Esto les ha producido graves inconvenientes, que han sabido capear con firmeza, hasta establecerse en muchas naciones la semana laborable de cinco días, que ellos consideran como una respuesta de Dios a sus constantes plegarias de otros tiempos.

3.ª Otra característica de este grupo cristiano es que la resurrección es la única esperanza dada por Jesucristo a los creyentes, negando sentido actual a Filipenses 1:23, 2.ª Corintios 5:1-10 y Apocalipsis 13:14. Este punto de vista lo comparten también algunas otras denominaciones cristianas; pero hay muchas más que creen en la supervivencia del alma y el estado intermedio.

Aparte de estas tres peculiaridades, los Adventistas del Séptimo Día proclaman un mensaje claro sobre la salvación por Jesucristo. Tienen muy en estima los escritos de la hermana White, a quien consideran una profetisa de los últimos tiempos. Esta

señora es una buena escritora y compuso un libro titulado *El Camino a Cristo*, que es excelente para la evangelización y puede ser usado sin dificultad por todas las denominaciones evangélicas.

Los Adventistas hacen especial énfasis en la temperancia, que incluye la abstención de bebidas alcohólicas, tabaco y la práctica de las costumbres sanitarias del Levítico, considerando la afirmación de San Pablo en 1.ª Corintios 6:19: «El cuerpo es templo del Espíritu Santo.» Son muy activos, organizados en cerca de 20.000 iglesias, con medio centenar de editoriales propias diseminadas por el mundo entero, que producen libros y revistas en un cuarto de millar de idiomas, aproximadamente. A fines del año 1960 tenían 210 sanatorios, clínicas y hospitales; 4.500 escuelas elementales y casi 400 escuelas secúndarias y colegios superiores, entre los que se cuentan varias Universidades.

Su carácter cristiano es encomiable, y su organización es una de las más perfectas y bien disciplinadas entre todas las denominaciones cristianas evangélicas.

Uno de los grupos de mayor auge en nuestros días —sobre todo entre las clases humildes de la sociedad moderna— son las iglesias llamadas

3. PENTECOSTALES

Los Pentecostales, movimiento espiritual originado a principios del presente siglo, pero cuyas raíces aparecen en diversos avivamientos cristianos de los siglos pasados, están organizados en diversas ramas, que pueden considerarse más bien sociedades misioneras, pues sus características especiales son las mismas para cada grupo. Todos ellos son cristianos fervorosos que comparten los mismos puntos de vista que sus hermanos cristianos evangélicos de tipo Bautista o de los llamados Hermanos. Bautizan únicamente a los creyentes por inmersión, pero se distinguen de otros grupos cristianos en el fenómeno de hablar lenguas cuando se entregan a un estado de fervor y entusiasmo espiritual. Hacen especial énfasis en la invocación y guía del Espíritu Santo, al que consideran de un modo muy vivo como presente en la Iglesia de Cristo (aunque esta creencia la comparten todos los grupos cristianos, incluyendod los católicorromanos).

Pero estos hermanos hacen sobre ello un énfasis especial. Practican la imposición de manos, el exorcismo en los casos que consideran necesario, y creen en los milagros de curación, mediante la fe y la oración, de un modo más acentuado que la generalidad de los cristianos evangélicos, y por tal motivo celebran cultos que llaman «de sanidad», en los cuales se ora de un modo especial por los enfermos.

Hay pentecostales que usan este nombre sin reparo para designar su filiación religiosa. Pero otros, generalmente más moderados, se titulan Asambleas de Dios. Hay también un grupo que se llama en inglés *Foursquare*, que significa «Creyentes en cuatro puntos esenciales de la doctrina cristiana», a saber:

Lo curioso es que el fenómeno de pronunciar sonidos guturales no comprendidos por las mismas personas que los pronuncian en los momentos de fervor espiritual —o sea, el «don de lenguas»— se ha dado, no solamente en estos grupos, sino en diversas denominaciones cristianas, e incluso dentro del Catolicismo Romano, dando lugar a los católicos carismáticos, que se acercan cada vez más, por su fe y fervor, al Cristianismo Evangélico.

Los Pentecostales eran mirados en sus orígenes con bastante recelo por las demás iglesias evangélicas, especialmente los grupos extremistas que se entregan a prácticas de excitación nerviosa, confun-

diéndolos, a veces, con manifestaciones del Espíritu Santo.

Pero el Pentecostalismo se ha abierto camino, ganándose el respeto y el aprecio de sus correligionarios de otras organizaciones evangélicas en la medida que ha moderado sus manifestaciones tumultuosas y excéntricas y se ha dedicado a una evangelización eficaz.

Sea cualquiera la opinión que tengamos de sus prácticas peculiares, no podemos menos que reconocer que sus doctrinas sobre todos los puntos esenciales de la Fe Cristiana son netamente evangélicos, y aun cuando no siempre han tenido éxito sus propósitos de impartir sanidad física, muchos millares de almas han encontrado en el movimiento la salud espiritual, convirtiéndose, del ateísmo e indiferencia, en cristianos convencidos y fervorosos.

V

Sectas distanciadas del cristianismo evangélico

1. TESTIGOS DE JEHOVA O RUSSELLISTAS

Este es un grupo que se aparta ya mucho de las doctrinas evangélicas, acercándose al gnosticismo, condenado en las epístolas del Nuevo Testamento, pues aunque mantiene la idea del sacrificio redentor de Jesucristo, no es considerándole Hijo de Dios hecho hombre, sino como un ángel encargado por Dios de realizar la redención humana. Tampoco enfatiza, como en todas las denominaciones evangélicas, la seguridad de la salvación por la fe en Cristo, sino que ordena a sus miembros ir de casa en casa a proclamar el mensaje del Reino, haciendo de este esfuerzo un mérito de salvación.

Niegan la Trinidad de la deidad, tanto de Jesucristo como del Espíritu Santo, lo que es otro error de bulto comparando esta doctrina con la del verdadero Cristianismo, tanto de los tiempos apostólicos como a través de todos los siglos.

Ponen un énfasis especial en que los seres humanos no tienen un alma espiritual, sino que confunden la palabra *nephesh*, que en la antigua lengua hebrea era usada tanto para designar la sangre, como el «yo» personal, para negar la existencia de un alma espiritual en el ser humano; en consecuencia, rehúsan, no sólo el comer sangre, disposición recomendada de un modo voluntario en el primer Concilio de Jerusalén para no escandalizar a los judíos, sino haciéndolo un precepto totalmente obligatorio, llegando a condenar a muerte a sus deudos, cuando los facultativos consideran que podría serles salvada la vida mediante una transfusión clínica.

A su predicación la llaman «el Evangelio del Reino», proclamada por el ángel del Apocalipsis, y no tienen como esperanza el vivir y reinar con Cristo en los Cielos, sino en la Tierra. Dicen que al Cielo irán sólo 144.000 «Testigos» muy escogidos.

Son extraordinariamente disciplinados y obedientes a las órdenes de sus jefes, establecidos en Nueva York, los cuales ejercen una verdadera dictadura sobre la secta.

Esta secta fue fundada por Carlos Tace Russell, quien fijó la Segunda Venida de Cristo, primero en el año 1874, y más tarde en 1914. En 1919 se fundó la revista *La Torre del Vigía*, que hoy es la revista en diversos idiomas de la secta en todo el mundo. Fue sucedido por José Franklin Rutherford, quien dio a la secta russellista el título de «Testigos de Jehová». Su oposición a los gobiernos de todo el mundo les ha ayudado a ganar prosélitos entre las clases descontentas del proletariado; pero es dudoso saber

cuáles son los russellistas que confían en la obra redentora de Cristo y han nacido de nuevo, y los que se adhieren a la secta por su carácter políticamente revolucionario.

Los Russellistas no mantienen ninguna clase de comunión ni relación con las demás iglesias evangélicas en el mundo, ni con el Catolicismo, llamando a todas las iglesias «organizaciones de Satanás».

Se niegan a prestar el servicio militar ni siquiera en cuerpos auxiliares de sanidad, distinguiéndose así de los Mennonitas y otros objetores de conciencia, lo que les ha ocasionado muchas dificultades con los gobiernos de casi todas las naciones, incluyendo los de los Estados Unidos y de Europa, que tienen establecida la libertad y el respeto de conciencia en sus leyes.

Un buen número de personas procedentes del Catolicismo o del Protestantismo oficial que empezaron una renovación de su fe debido a la activa propaganda de los Testigos de Jehová y que pertenecieron fanáticamente a este grupo por meses o años, han llegado a comprender sus errores de doctrina a la luz de la Biblia y, rompiendo la férrea disciplina del grupo, han venido a ser genuinos creyentes en Jesucristo, nacidos de nuevo por fe en El y en su obra redentora, dentro de alguna de las denominaciones positivamente evangélicas.

2. MORMONES

Esta secta fue fundada por el joven de diecinueve años José Smith, quien pretendió que un ángel mormón le había revelado la existencia de unas tablas de oro que contenían la historia de un judío llamado Mormón, que fue su padre antes de llegar al estado angélico. Smith se trasladó de Israel a Estados Unidos con un grupo de judíos.

Tienen como libros santos, además de la Biblia, el *Libro de Mormón; Doctrina y Pactos* y *La Perla de gran Precio.*

La doctrina mormona enseña que Dios tiene un cuerpo físico de carne y huesos, y que antes de ser Dios fue Adán. Que hay muchos dioses inferiores que están progresando, los cuales fueron hombres alguna vez.

Declaran el bautismo como absolutamente necesario para la salvación; por tanto, los mormones se bautizan actualmente en favor de sus antepasados que no fueron bautizados, creyendo que tal bautismo representativo es aplicado a tales difuntos para su salvación.

Creen en un milenio durante el cual Cristo reinará sobre la Tierra en dos capitales: A temporadas en Jerusalén, y otras temporadas en Independence (Missouri).

Practican meticulosamente el diezmo, y esto les permite contar con inmensos recursos que aplican a la construcción de grandes templos en diversas partes del mundo, así como al sostén de los mormones ancianos o inválidos, existiendo entre ellos una extraordinaria fraternidad.

La Iglesia Mormona tuvo muchas dificultades en su principio, ya que bajo la dirección de José Smith formaron un grupo de emigrantes que se trasladaron desde Fayete (Nueva York) a Kirland (Ohio), luego a Jackson (Missouri) y de allí a Nauvoo (Illinois).

José Smith fue muerto en una revuelta popular estando en la cárcel. La mayoría de los miembros de la comunidad mormona siguieron a Brigham Young, que les dirigió, tras una larga peregrinación, al estado de Utah, donde fundaron la Salt Lake City, que es la capital de esta Iglesia. Allí tienen un suntuoso templo y uno de los coros más famosos del

mundo. Cuentan actualmente con unos 3 millones de fieles esparcidos por todas las naciones del mundo, debido a la labor de los jóvenes mormones, que tienen la obligación de cumplir una especie de servicio militar como misioneros en el extranjero.

Durante muchos años los Mormones practicaron la poligamia imitando a su fundador, José Smith, quien declaró haber recibido revelación de Dios al respecto y tuvo 23 esposas, una de las cuales huyó y escribió un libro en contra de la poligamia. Creen que ninguna mujer no casada podría heredar la vida eterna, y como en la otra vida no habrá la posibilidad de contraer matrimonio, efectúan matrimonios espirituales, aun con hombres casados, para encontrarse con sus maridos polígamos después de la muerte, y ayudar así al Creador en la población del Universo. Ninguna de estas doctrinas se halla en el Nuevo Testamento ni en el Cristianismo auténtico de los primeros siglos.

3. CIENTISTAS CRISTIANOS

Movimiento de curación fundado en América por Mary Backer Eddy (1821-1910), dama profundamente histérica, que fue sanada de una enfermedad crónica por el mesmerista P. P. Kimby. La señora Eddy se imaginó, con motivo de su curación, que las enfermedades son ideas erróneas de la mente, o sea, que aplicaba a toda clase de enfermedades la experiencia psíquica que ella había tenido de su enfermedad neurótica. Aseguraba que Jesucristo había realizado las curaciones por la fuerza de su influjo personal, y pretendió haber averiguado en qué consistía el secreto de aquel influjo. Impuso sus ideas y métodos de curación en un libro titulado *Ciencia y Salud.* En 1879 se vio en Boston la primera iglesia de «Ciencia Cristiana», y el movimiento se difundió por otros países.

Su diario, *The Christian Science Monitor*, muy bien informado, tiene una gran venta en América.

Todas las restantes asociaciones cristianas suelen rechazar las creencias de este movimiento, considerándolas totalmente ilusorias y producto de una aberración mental de su fundadora, ya que ella aseguró varias veces que no moriría y, sin embargo, murió; pero sus seguidores han pasado por encima de este hecho y practican sus métodos de curación psiquiátrica.

4. SWEDENBORGIANISMO

Secta fundada por Manuel Swedenborg en el siglo XVII, quien después de escribir dos obras científicorreligiosas según los conocimientos de su tiempo, se metió en temas celestiales en su obra más extensa de 8 volúmenes titulada *Arcana Celestia* (Los secretos del Cielo) y *La verdadera religión cristiana.*

En ambas presenta un Cielo muy parecido a la Tierra, incluso con idilios amorosos, lo que dio un atractivo novelesco a su nueva religión para quienes pudieron creer en sus supuestas revelaciones o sueños místicos. Pero negó la Trinidad y la obra redentora de Cristo, de modo que no puede darse a su religión ni siquiera el nombre de secta cristiana, sino más bien neoplatonismo con ribetes de budismo. Presenta argumentos indemostrables conforme a su exagerada fantasía. En 1787 sus seguidores fundaron la llamada Iglesia de la Nueva Jerusalén, de la que todavía existen algunos grupos en Suecia, Inglaterra y Estados Unidos.

De 1915 a 1917 algunos suecos establecidos en Valencia (España) publicaron una revista bimensual en castellano, pero no llegaron a ganar adeptos ni en España ni en Sudamérica.

El hecho de que hayan florecido estas sectas en países de tradición evangélica o protestante no nos avergüenza. Es, precisamente, una demostración de la mejor comprensión del espíritu de tolerancia que nos enseñó Jesucristo en Marcos 38 y San Pablo en Romanos 14. Creemos que es un mal mucho menor la existencia de tales sectas —todas las cuales fomentan el temor de Dios a pesar de sus errores— que la persecución e intolerancia religiosa que ha predominado durante siglos en los países católicos, la cual es y ha sido germen de toda hipocresía y semilla segura de ateísmo.

VI

El liberalismo protestante y el católico

La mayor negación, empero, de las doctrinas proclamadas por los apóstoles, consignadas muy sucintamente en el Credo llamado de los Apóstoles —por las cuales dieron sus vidas no solamente los doce discípulos que convivieron con el Señor Jesucristo sino también los que escucharon el mensaje de salvación de estos primeros testigos, y los creyentes en las promesas de Cristo de todos los siglos, incluyendo los del presente tiempo en países de signo y política atea y autoritaria— es el **liberalismo** barnizado de fe cristiana.

En nuestros días ya no hay que sufrir y morir por la fe una vez dada a los santos, en todos los países donde han sido reconocidos los derechos humanos;

pero, desgraciadamente, los principios básicos de esta fe son negados por teólogos que desean decir algo nuevo y sensacional, y en vez de creer y esperar en Dios, quien ha prometido darnos a entender un día las cosas que ahora no comprendemos, y bajo la excusa de hacer más fácil y plausible la fe cristiana a los ateos, a quienes los modernistas no se esfuerzan un ápice en evangelizar ni convencer, niegan descaradamente enseñanzas tan claramente expuestas en la Biblia como *el nacimiento sobrenatural de Cristo*, su carácter de *Hijo de Dios hecho hombre por nosotros, su muerte redentora* y el cumplimiento de su promesa de *volver en gloria a este mundo.* Sostienen ideas varias, totalmente antibíblicas, acerca de Dios, y niegan la realidad de los milagros.

Esto no ocurre tan solamente en los círculos protestantes, sino casi aún más en los círculos católicos, lo que está dando lugar a una encendida protesta de otros teólogos y eruditos no menos eminentes en ambas esferas.

Con toda lealtad podemos afirmar a los miembros fieles de la Iglesia Católica que los verdaderos cristianos evangélicos, sean de la denominación que sean, no comparten tales ideas de unos pocos teólogos y pastores descaminados del Evangelio. Todo el esfuerzo evangelístico de los tiempos modernos recae, en nuestros días, sobre hombres y mujeres que creen y aceptan aquellos principios y creencias básicas de la fe cristiana por los cuales nuestros antepasados dieron sus vidas. No pretendemos entrar en la otra vida con una fe diferente a la suya, porque, como decía el apóstol Pablo: «No es que haya otro Evangelio diferente, sino que hay algunos que os perturban y quieren pervertir el Evangelio de Cristo. Mas si aun nosotros, o un ángel del Cielo, os anuncia otro Evangelio diferente del que os hemos anunciado, sea anatema» (Gálatas 1:6-8).

Aceptemos la Biblia, inspirada por Dios, tal como es y no como cada uno quisiera que fuera o que dijera; pero mirémosla razonablemente, como hombres que piensan y saben leer el mensaje completo que ella nos aporta. Comparémosla con otras teologías antiguas y observemos su ecuanimidad dentro de su interpretación literal. Aceptad —decimos— sus dichos tal como son y ved en ella la ciencia de Dios adelantándose a la ciencia de los hombres. No necesitamos una nueva teología o una interpretación humana de la Biblia que sea una negación de sus principios básicos. Dejad que ella sea su propio intérprete; buscad y sondead en ella misma los propósitos de Dios. No echéis por la borda todo aquello que no cuadra con vuestra razón, sino aplicad vuestra razón a lo que ella expresa, y esperad que Dios diga la última palabra acerca de lo que os parece oscuro o contradictorio. Es el cuidado que Dios ha tenido en no revelarnos aquellos secretos que no nos convenía conocer, lo que hace parecer misteriosas, contradictorias o injustas algunas declaraciones de la Biblia. El nos lo aclarará todo algún día. A nosotros nos toca ahora creer todo lo que El ha revelado y callar acerca de lo que no entendemos, buscando solamente hilvanar de la revelación aquello que nos es dable entender.

¡Os quejáis de la teología dogmática! ¿No será porque las teologías dogmáticas de los diversos grupos cristianos han ido más allá de la Biblia? Limitémonos a creer todo lo que Dios nos ha revelado y dejemos a El la solución de los enigmas que nos inquietan.

El campo evangélico ha sido más susceptible por algunos años a la teología liberal llamada avanzada, que se filtra a través de los grandes Seminarios modernistas, porque la fe católica se basaba más en la tradición y la autoridad de la Iglesia y el papa

que en las Sagradas Escrituras. Sin embargo, la libertad evangélica, que desde el siglo de los reformadores ha dado acceso al pueblo a las Sagradas Escrituras, y su mayor pluralidad de tendencias doctrinales, si por un lado ha hecho más accesible el liberalismo en sus filas, por carecer de una autoridad central que definiera el dogma de fe, por el otro ha provisto un valladar a tales ideas disolventes de la doctrina cristiana, porque los mismos fieles, con la Biblia en la mano, han podido levantarse y defender mejor que los creyentes católicos su posición de fe.

Esto ha traído, por otra parte, una reacción muy saludable en el campo católicorromano, el mayor interés que desde hace algunos años se nota en los círculos católicos por la lectura y estudio de las Sagradas Escrituras.

Muchos sacerdotes, ante las ideas liberales y escépticas que les llegan en los libros de teólogos de fama internacional, reconocen como nunca antes la necesidad que tienen ellos mismos, así como sus propios feligreses, de estudiar y conocer mejor el contenido de las Sagradas Escrituras. A tal efecto se han formado círculos y clases de estudio bíblico de carácter particular, dirigidos por sacerdotes o laicos, pero con participación de todos los presentes bastante libre y abierta. Además del movimiento carismático, que también ha irrumpido entre los más sinceros y devotos creyentes católicos que, prescindiendo de las lucubraciones teológicas de carácter filosófico, buscan tan sólo el contacto directo de fe con el Dios vivo, a quien presienten y en quien creen, y no han tenido reparo, en muchos casos, en asociarse, para fines de piedad, con cristianos evangélicos, renunciando ambos al estudio y discusión de las diferencias de doctrina que les separan.

Si mantienen ambos grupos —tanto los católicos

carismáticos como los católicos reavivados— semejante interés, sin ser desviados por las filosofías de los teólogos inclinados al escepticismo, estamos seguros de que llegarán a un acercamiento al Cristianismo Evangélico —si no a la creación de un nuevo brote o denominación evangélica del siglo xx—, si saben prescindir de las opiniones especulativas formuladas en diversos siglos de la Era Cristiana, y sobre todo de las opiniones especulativas inclinadas al escepticismo de los últimos siglos.

Lo curioso es que basta ver en los códices antiguos cualquier comentario bíblico, o simplemente piadoso, de un escritor del siglo II o III del Cristianismo, para encontrar definiciones de la doctrina cristiana bien similares a lo que nos enseña el texto del Nuevo Testamento. Por la sencilla razón de que aquellos cristianos no habían tenido tiempo ni razones de conveniencia para ser desviados de la doctrina enseñada por los apóstoles. Repudiaban las especulaciones de los gnósticos y docetistas, tal como lo habían hecho los apóstoles en sus epístolas (Pablo, en Filipenses y Colosenses; Juan, en su primera epístola universal). Para ellos, Jesús era Dios encarnado, que había nacido sobrenaturalmente y resucitado de entre los muertos (como podemos constatar en el Credo), porque así lo habían enseñado de palabra y por escrito los santos apóstoles y testigos del Señor. Nada más y nada menos que esto.

VII

No una secta sino Cristo

Aun cuando en el Cristianismo Evangélico cada miembro es estimulado a ser fiel y a guardar lealtad a la iglesia o grupo eclesiástico a que pertenece, no se hace depender la salvación del alma a su filiación externa a la misma, ni a los ritos y ceremonias que en ella se practican.

Fieles predicadores del Evangelio —como el famoso Billy Graham y otros—, de pleno acuerdo y en cooperación con los dirigentes de todas las ramas evangélicas, se esfuerzan en hacer comprender a protestantes y a católicos nominales que: nadie es salvo por el mero hecho de haber sido bautizado en una u otra iglesia, sino que únicamente son hijos de Dios, y herederos de la vida eterna, aquellas personas que,

habiéndose reconocido a sí mismos pecadores perdidos, han aceptado o aceptan a Jesucristo como su salvador personal y viven unidos a Cristo por una fe viva, que es la clave de todas las buenas obras que caracterizan la vida cristiana.

La persona de Cristo es el centro de todo el Cristianismo Evangélico. Poner a cada alma en una relación directa y personal con el Cristo resucitado, Salvador de los que en El creen, es la máxima aspiración de todas las ramas del Cristianismo Evangélico.

Nos parece oportuno citar aquí las palabras de un famoso sacerdote católico, el padre J. Claveau, en su librito titulado *Antes, Sacerdote de Roma; hoy, Evangelista Cristiano.* Este venerable servidor de Cristo, tras de narrar los incidentes de la honda crisis espiritual que promovieron su paso al Cristianismo Evangélico, dice así:

> «Providencialmente encontré *cristianos*, y al decir esto quiero expresar cuanto pueda significar esta palabra. Por medio de estos *cristianos* hallé lo que hacía años buscaba en vano, es decir, la paz del alma y la plena seguridad que da la fe en Cristo.
>
> Estos *cristianos* no me pidieron que me afiliara a ninguna secta o denominación especial; sólo me dijeron que tenía que ser cristiano. Yo, al mismo tiempo, sentía un vehemente deseo de serlo. Por eso, produjeron en mí una impresión tan agradable que no puedo analizar y que me asombró profundamente; pues era contraria a cuanto se me había enseñado en el romanismo: En vez de la división, encontré la unidad.
>
> Uno de ellos era calvinista reformado; otro, evangélico; el tercero, bautista; otro, metodista. Encontré *cristianos* de distintas denominaciones, pero todos creían las mismas esenciales doctrinas. Cada uno y todos repetían la misma frase: "Tenéis que ser cristiano." Todos, de común acuerdo, me repetían: "Creed en nuestro Señor Jesucristo y seréis salvo." Invariablemente, cada uno añadía: "Tenéis que nacer de nuevo." "Debéis convertiros al Señor para poder gozar la seguridad de la salvación: tenéis que estar profundamente convencido de vuestros pecados para recibir la salvación por la gracia, de la cual habla San Pablo, y habréis de buscar también la completa santificación por la verdad."
>
> En un principio con profundo asombro y luego con la mayor alegría, encontré en estos cristianos, descritos por los católicorromanos como anatematizándose los unos a los otros y divididos sin esperanza de unirse nunca, la más completa unión de doctrina, el amor fraternal, por el cual se ayudaban los unos a los otros en la predicación del Evangelio de Cristo, y la unión, igualmente, en sus esfuerzos para la extensión y prosperidad de sus varias obras. La verdad es que encontré menos distancia entre las dos denominaciones más apartadas y diferentes entre sí como, por ejemplo, la Reformada Episcopal y la Bautista, que entre dos Ordenes distintas de la Iglesia Romana, los Jesuitas y los Dominicos, por ejemplo, o entre los eclesiásticos de una iglesia romana y los monjes de un monasterio. En realidad, todas las varias denominaciones guiadas por la libertad de los hijos de Dios descansan fundadas en la Roca, que es Cristo, y el Evangelio.»

EL CRISTIANISMO EVANGELICO EN ESPAÑA Y SUDAMERICA

Desafortunadamente, no tenemos en España una denominación o grupo religioso que arranque de la Reforma, aunque hubo hombres valientes que protestaron de los abusos del Cristianismo oficial en siglos diversos anteriores a Lutero, y una fe cristiana genuina se hallaba oculta en los corazones de muchos cristianos seglares y, mayormente, en los conventos; fe en el valor de la obra perfecta y completa de Cristo. Pero en aquellos terribles siglos de la Edad Media no se atrevían a declararlo, por el temor de ser acusados de herejes, lo que significaba ingresar en los calabozos de la Inquisición y sufrir un largo proceso con tormentos, si en el mejor de los casos —como el del célebre Fray Luis de León— lograban salvar la vida.

Pero hubo quienes se atrevieron a declarar la verdad acerca de Cristo, en su afán de ganar a otras almas, y ocurrió en el siglo XVI lo que refiere el historiador católico Gonzalo de Illescas en su *Historia Pontifical*:

> «Por aquellos días, las casas, los cadalsos y las hogueras se habían poblado de personas ilustres, muy aventajadas en letras y virtud...; y que eran tantos y tales, que llegó a creerse que si dos o tres meses se hubiera tardado en remediar este daño, se abrasara toda España con la más áspera deventura.»

Hoy comprendemos que tal desventura habría sido la mayor ventura para nuestra patria y para sus hijas de América; pero aun cuando no contamos con una denominación evangélica española dependiente de la Reforma, podemos gloriarnos de nuestros antepasados mártires «que murieron por la fe», como

cantamos en el himno *Hijos de los españoles*; y al hacerlo no pensamos en si eran reformados, anglicanos, calvinistas o bautistas, pues todos nos consideramos descendientes espirituales de nuestros hermanos que dieron sus vidas por la lealtad a sus profundas convicciones religiosas, ya fueran mártires de los primeros siglos, como Fructuoso, Augurio y Eulogio de Tarragona, o del siglo XII en Gerona, o del XVI en Valladolid y Sevilla, Madrid, Valencia y otras ciudades de España.

De corazón admiramos a hombres valientes e ilustres como Francisco Sanromán, hijo de una familia de ricos comerciantes de Burgos, quien encontrándose en Amberes, supo que había muchos comerciantes flamencos que en determinadas horas cerraban las puertas de sus tiendas y leían secretamente un libro prohibido —el Nuevo Testamento—, y solían dirigirse a un sitio apartado, en las afueras de la ciudad, para escuchar la predicación de la fe cristiana reformada.

Sus negocios le llevaron a la ciudad de Brema, y pasando un domingo frente a una iglesia, oyó cantar un himno religioso. Atraído por este canto, se atrevió a entrar y escuchar el sermón que predicó el pastor Jacobo Spreng, en cuya casa estuvo tres días, que fueron bien aprovechados hablando sin cesar de las Escrituras.

Volvió a Amberes, llevando consigo los mejores libros de los reformadores y un precioso ejemplar del Nuevo Testamento. Su mayor deseo era volver a España para comunicarles la Buena Nueva de salvación completa en Cristo, pero por ser demasiado peligroso se dedicó a evangelizar a los españoles que vivían en Flandes, para los cuales escribió algunos tratados.

Sus enemigos le echaron mano y le encerraron en una prisión, de la que logró escapar y se dirigió a Lovaina, donde encontró a su compatriota Francisco de Enzinas, traductor del Nuevo Testamento.

Sanromán concibió el audaz proyecto de pedir una audiencia a Carlos V —que se encontraba en Ratisbona—, quien después de oírle mandó ponerle en prisión y lo llevó encadenado con otros cuatro pastores protestantes en un carro durante sus viajes guerreros por Alemania. Finalmente fue entregado a la Inquisición de Valladolid y condenado a muerte en la hoguera. Cuando quedó desvanecido por los primeros efectos del sufrimiento y, creyendo que quería abjurar, apagaban el fuego para que se retractase de sus creencias, Sanromán reprochó a sus enemigos si tenían envidia de su felicidad, ya que moría por Cristo y se encontraba en las puertas del Cielo. Avivadas de nuevo las llamas, terminó su carrera victoriosa.

No nos sentimos menos orgullosos de adalides de la fe como Antonio Herrezuelo, quien fue encarcelado junto con su joven esposa. Frente a sus jueces había mostrado una firmeza inquebrantable. El día del auto de fe, cuando era conducido al tablado donde oiría la sentencia de muerte en la hoguera, tuvo la pena de ver a su esposa Leonor de Vivero entre los reconciliados y condenados a penas menos severas, que en su caso era el vivir a perpetuidad en una casa de reclusión. Herrezuelo, al pasar delante de ella, le dijo: «¿Es éste el aprecio que haces de la doctrina que te he enseñado durante seis años?» Marchando luego hacia su propia hoguera, iba repitiendo pasajes de la Biblia, que le consolaban y le daban oportunidad de dar testimonio de su fe a la multitud que contemplaba el espectáculo, lo que motivó que le pusieran una mordaza en la boca, y así murió con admirable constancia.

Leonor fue conducida a su encierro, y a solas con su conciencia y con el recuerdo de su esposo, sufría un tormento mayor. Arrepentida de su cobardía, confiesa de nuevo aquella fe evangélica que en un momento de debilidad había negado. Los inquisidores repitieron otra vez todo su arte y argumentos para someterla, pero ya en vano. Leonor fue condenada a morir en la hoguera el 26 de septiembre de 1568.

En Sevilla había un eminente predicador que había aceptado el Evangelio con motivo de sus discusiones con los reformadores acompañando al emperador Carlos V a las Dietas de Alemania, y dejó escritos varios libros y tratados que muestran la sinceridad de su fe evangélica. Toda Sevilla quedó estupefacta cuando oyó que el eminente Constantino Ponce de la Fuente —el primer predicador de la Catedral— había sido encerrado en el castillo de Triana acusado de herejía. Cuando Carlos V recibió la noticia dijo: «Si Constantino es hereje, es un gran hereje.»

Lo tuvieron dos años sepultado en un calabozo subterráneo, donde terminó su carrera sufriendo con cristiano heroísmo.

Un núcleo evangélico se había formado en el convento de San Isidro del Campo, perteneciente a los frailes Jerónimos a una legua de Sevilla; de allí salieron los frailes traductores de la Biblia en español Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera.

Otro núcleo importante fue el de Valladolid, en el cual figuraban hombres tan ilustres como D. Carlos de Seso, quien se casó con una princesa de la familia real, Isabel de Castilla, y fijó su residencia en el castillo de Villamediana, cerca de Logroño. Fue aprehendido en una reunión de cristianos evangélicos congregados en casa de la ilustre dama doña Leonor de Vivero, viuda de Cazalla; ese heroico pariente de la real casa, al desfilar delante de la tribuna donde se hallaba Felipe II, le dijo: «¿Es así como Vuestra Majestad trata a sus súbditos inocentes?»; y el rey le contestó con aquella frase que se hizo célebre: «Yo mismo traería la leña a la hoguera para quemar a mi propio hijo si fuera culpable como tú.»

Le pusieron una mordaza en la boca, pero le fue quitada después de estar ligado a la estaca, en un último intento para que se retractara, si quería salvar su alma, a lo cual replicó con voz fuerte y gran firmeza: «Yo podría demostraros que os condenáis a vosotros mismos no imitando mi ejemplo; pero no hay tiempo. ¡Verdugos, encended la hoguera que me ha de consumir!» Estos obedecieron y Carlos de Seso expiró entre las llamas sin un gemido; tenía 43 años.

No vamos a continuar citando nombres ilustres de mártires de la fe evangélica, pero algunos que pudieron emigrar al extranjero nos han dejado elocuentes testimonios de la fe que profesaban.

Uno de ellos, llamado Juan Pérez de Pineda, que fue pastor de un grupo de cristianos españoles refugiados en Ginebra, dirigió una suplicación al rey Felipe II, en la cual le dice:

> «Si V. M. sigue el consejo de los inquisidores, llegará a ser rey, no ya de hombres, que fue el intento de Dios cuando le puso el cetro real en la mano y le encargó su justicia, sino rey de la ceniza y los sambenitos...» «¿De qué ceniza?» «De la de aquellos que, por ser enseñados de Dios, son los que más aman a Vuestra Majestad y que con sencillo corazón más le honran en público y en secreto, de lejos y de cerca, y que le desean su descanso y prosperidad temporal y eterna y procuran obedecerle con prontísimo y alegre ánimo.»[21]

Otros evangélicos notables fueron Juan de Valdés, autor de *Ciento diez consideraciones sobre la Religión Cristiana,* y otros libros, que son un tesoro literario de la lengua castellana y en los cuales demostró ser no sólo un docto humanista, sino un cristiano evangélico de profundas convicciones.

21. Dos informaciones, precedidas de una suplicación a Felipe II. (Reimpresión de Usoz y Río, pp. 36 y 37.)

Y ¿qué diremos de los famosos traductores de la Biblia en castellano Casiodoro de Reina y Cipriano de Valera? Este último escribe en el prefacio-dedicatoria al rey Felipe II:

> «La voluntad de mi corazón y mi oración a Dios es por mi nación, para que su Majestad divina los libre de la potestad de las tinieblas y los traspase al reino de su amado Hijo... Querría, si pudiese, en alguna manera provocar a mi nación; querría que tuviesen una santa envidia a las otras naciones. ¿Por qué ellas y no los españoles han de leer y oír en su propia lengua la Palabra de Dios como está escrito en la Biblia? ¿Por qué ellas y no los españoles han de recibir los santos sagramentos con la simplicidad que Jesucristo los instituyó y celebró, con la cual mandó a su Iglesia que los administrase, sin ninguna invención humana, superstición ni idolatría?»[22]

Los buenos deseos de estos paladines de la fe se vieron frustrados por los rigores de la Inquisición, que se ensañó con muchas personas que representaban a las clases más cultas de España; pero si ese funesto tribunal destruyó prematuramente sus cuerpos, no pudieron hacer desaparecer sus claros y elocuentes escritos.

Los cristianos evangélicos del presente siglo no guardamos ningún rencor a los descendientes tradicionales de quienes quemaron a nuestros mártires, pues sabemos que ellos personalmente no son responsables de tales errores del pasado, antes comprende-

22. Valera, *Dos tratados.* «Epístola al Cristiano lector».

mos que algunos de ellos lo lamentan casi tanto como nosotros; por eso les decimos con todo el amor fraterno: «Hermanos separados». Desafortunadamente, separados no diremos de Cristo, pues nos consta que algunos le conocen como su salvador personal, pero sí separados del Cristianismo puro y sencillo de los siglos apostólicos. «Salid a la luz», como se lee en el gran monumento de Ginebra: «POST TENEBRAS LUX. Abandonad la superstición y los dogmas forjados por humanos concilios y allegaos a la palabra inspirada del Señor, que es la única que tiene autoridad suprema.»

Hasta cierto punto, lamentamos, como hijos de España y países latinos, que la religión cristiana evangélica haya tenido que sernos traída por celosos misioneros extranjeros y se halle plasmada externamente según los métodos y costumbres de denominaciones diversas; pero nuestra fe no es una fe extranjera, es la de nuestros gloriosos antepasados, libre de los dogmas y costumbres idolátricas que rechazaron los mártires de la más pura y genuina fe cristiana de todos los tiempos, comenzando por los paulicianos, los valdenses quemados en Castellón y en Gerona, los mártires de Sevilla y Valladolid, los mártires del Nuevo Mundo despeñados en Guanábara (Brasil) y demás antecesores nuestros que se sacrificaron por su fe. Una fe que los mismos católicos más sinceros empiezan a respetar y comprender, pero que pocos se atreven a profesarla públicamente por los prejuicios de la tradición y la oposición que saben tendrían que encontrar entre los correligionarios y familiares con quienes conviven. A muchos les consta que es un conocimiento más claro y más seguro de la salvación completa y perfecta que hay en Cristo Jesús, y una persuasión más firme de la certeza de las promesas de Cristo, en este siglo de escepticismo e incredulidad.

Que la verdad del Evangelio ilumine algún día esplendorosamente a nuestros compatriotas y salve del escepticismo y la desesperación a muchas almas en todas las repúblicas de lengua hispana. Que Cristo sea la firme esperanza de millones de corazones, para la vida y para la Eternidad.

VIII

El cristianismo evangélico y el ecumenismo

No pecaremos de parciales, sino de realistas, si afirmamos que el Movimiento Ecuménico, como el Movimiento Misionero y el de difusión y popularización de la Biblia, no son iniciativas de la Iglesia Católica Romana, sino del Cristianismo Evangélico.

El Ecumenismo, un Movimiento de origen evangélico

Mucho antes de que en la Iglesia Católica se hablara seriamente de Ecumenismo; cuando la Iglesia de Roma se proclamaba «la única verdadera, fuera de la cual no hay salvación»; cuando excomulgaba y

repudiaba a todas las otras ramas cristianas, calificándolas de herejes, se inició en las iglesias protestantes un movimiento favorable a la unificación de todos los grupos de la Cristiandad, organizándose el Concilio Mundial de Iglesias (World Council of Churches).

Naturalmente, este organismo tuvo que limitarse inicialmente a objetivos modestos de aproximación y cooperación entre las iglesias protestantes, y a algún sondeo respecto a las Ortodoxas y la Católica Romana. En el año 1910 se celebró una gran conferencia misionera en Edimburgo (Escocia), en la que 160 cuerpos religiosos enviaron representantes para estudiar y coordinar las actividades misioneras. El 23 de agosto de 1948 se constituyó formalmente el Concilio en la Asamblea general de Amsterdam, a la que 148 grupos religiosos enviaron representantes, y se establecieron oficinas de este organismo en Ginebra. En 1961, en Nueva Delhi (India), 22 nuevos grupos religiosos fueron admitidos en el Concilio, incluyendo la Iglesia Ortodoxa Rusa; llegando los adheridos a sumar un total de casi 300.000.000 de personas.

Dentro del propio campo protestante, los principales éxitos del Concilio Mundial de Iglesias fueron en los países de misión, donde logró la fusión de diversas iglesias denominacionales, no muy alejadas unas de otras, en un solo cuerpo eclesiástico, dentro de cada nación.

En lo que respecta a contactos con la Iglesia Católica Romana, el Concilio solicitó observadores que asistieron a varias de sus asambleas mundiales sin representación oficial, pero con autorización del Vaticano.

Por otro lado, de un modo natural y ajeno a las gestiones y acuerdos del referido Concilio, se han ido estrechando las relaciones entre todas las ramas evangélicas, uniéndose para fines comunes de beneficencia, movimientos juveniles, campañas de evangelización en masa, labor literaria y de radio, etc.

Tres asociaciones mundiales evangélicas

Esta nueva visión de la necesidad de contacto y cooperación entre las iglesias cristianas ha dado lugar a la creación de tres grupos mundiales: El antes citado «World Council of Churches»; el «World Evangelical Fellowship» (Fraternidad Mundial Evangélica») y el «International Council of Christian Churches» (Concilio Internacional de Iglesias Cristianas).

El *primero* es el más grande, numéricamente, porque incluye las mayores iglesias nacionales protestantes. Es también el que manifiesta más acentuada tendencia de acercamiento a la Iglesia Católica, aunque existen muy diversos criterios entre sus componentes acerca de las posibilidades de una total unión orgánica con ese poderoso grupo histórico de la Cristiandad.

El «World Evangelical Fellowship» persigue el mismo objetivo de fomentar la unión y cooperación cristianas; pero exclusivamente dentro de las iglesias evangélicas.

Antes de seguir más adelante en la descripción de estos tres grupos, tenemos que referirnos a otro movimiento interdenominacional más antiguo.

La "Alianza Evangélica Universal"

En tiempos cuando no se soñaba todavía en federaciones de Iglesias, algunos cristianos de gran visión lanzaron desde Londres la idea de una federación mundial de individuos de diversas iglesias evangélicas para fines de unión y cooperación entre sí, y de defensa de la Libertad Religiosa en países donde ésta no era todavía reconocida. Asimismo ha reali-

zado una eficaz labor de ayuda benéfica a los creyentes evangélicos en los casos de calamidades públicas, en tiempos cuando los gobiernos prestaban poca atención a tales menesteres. En los tres aspectos, la Alianza Evangélica, que contó desde sus principios con miembros destacados de diversos países, pudo prestar abundantes servicios a los creyentes evangélicos menos favorecidos. De un modo particular en los albores de la segunda Reforma en España, cuando la libertad religiosa era un principio totalmente desconocido y negado a los no católicos en nuestra patria, la Alianza intervino con interés y eficacia.

Aun cuando las naciones de América del Sur nacieron de un impulso de libertad política que incluía la religiosa, también ha habido necesidad de intervenciones de la Alianza —y de otros organismos internacionales— en naciones como el Perú y, más tarde, Colombia, etc., cuando las mayorías católicas no fueron suficientemente obedientes a los principios políticos de sus respectivas Constituciones nacionales.

Pero la Alianza Evangélica, aunque precursora de los movimientos ecuménicos modernos, no fue —ni podía ser en su tiempo— una alianza o federación de iglesias. Por tal razón han venido a constituirse los grupos antes citados dentro del Cristianismo Protestante.

Características de los tres grupos mundiales

Como ha sido antes indicado, el «World Evangelical Fellowship» es menos inclusivo que el «World Council of Churches». Su objetivo es la unión de iglesias nacidas de la Reforma y de principios netamente evangélicos. Excluye de sus filas a los protestantes modernistas que niegan principios básicos de la fe cristiana incluidos en el Credo, y no pretende tampoco la unión con los Católicorromanos o los Ortodoxos,

por el motivo de que estas dos organizaciones, aunque aceptan íntegramente el Credo Apostólico, profesan doctrinas adicionales a dicha confesión de fe y a la enseñanza y costumbres de los cristianos del Nuevo Testamento, tales como el purgatorio, las indulgencias, el culto a los santos, la confesión auricular y, en el caso de la Iglesia Católica Romana, la infalibilidad papal.

No obstante, admite colaboración para fines benéficosociales, o de evangelización en masa, con los protestantes adheridos al «World Council of Churches», y no repudia los contactos con Católicos y Ortodoxos de espíritu ecuménico como medio de testimonio; no con miras a una unión orgánica, a menos de que tales organizaciones volvieran en un todo al terreno del Evangelio.

El «World Council of Christian Churches» es una pequeña federación mundial de iglesias que limita sus contactos y colaboración a las de su propio grupo. Está compuesto de congregaciones por lo general muy sanas en la fe y de fervoroso espíritu, pero su política es rehuir todo contacto con iglesias que no sean de su propio círculo, y mantener un agudo espíritu de crítica.

El Movimiento renovador católicorromano

Desde la exaltación al papado de Juan XXIII, la Iglesia Católica Romana ha evolucionado, con una rapidez que contrasta con su posición estática de siglos, hacia una reforma interna de costumbres y de acercamiento a las iglesias protestantes o evangélicas.

El Concilio Vaticano II ha sido verdaderamente un Concilio revolucionario. Los que hemos vivido durante los pontificados de Benedicto XV y Pío XII no podemos menos que sentirnos asombrados de lo que está ocurriendo en el seno de la Iglesia Católica Romana.

Hemos indicado que el Concilio Mundial de Iglesias tomó la iniciativa de invitar a sus congresos generales a observadores católicos. El papa Juan XXIII, siguiendo el ejemplo de los protestantes, asombró al mundo católicorromano al invitar a observadores de las iglesias protestantes al Concilio Vaticano II.

Pero lo más notable ha sido la forma en que se expresaron los obispos católicos de ciertas naciones en el seno del mismo Concilio, abogando por una reforma de costumbres y prácticas rituales que nadie habría considerado factible hace tan sólo diez años. El esquema en favor de la Libertad Religiosa es una contradicción tajante a la tradición de la Iglesia Católica, y de un modo especial al *Syllabus* de Pío IX, publicado hace menos de un siglo.

Las reformas conseguidas son considerables, y todas ellas dignas de encomio por parte de los que venimos abogando desde tantos años en favor de ellas, o mejor dicho, en favor de los principios hoy reconocidos por tales cambios.

Se destacan por su procedencia evangélica los siguientes:

1.° La Biblia, que por tantos siglos había sido conceptuada como un libro peligroso y dañino al ser dado al pueblo en lengua vulgar, es hoy recomendada como lectura saludable e indispensable para todo buen católico. Esta, empero, no es una reforma del Concilio, sino una forzada evolución del pensamiento católico ante el ejemplo y el estímulo de las iglesias evangélicas.

2.° El esquema sobre las Fuentes de Revelación ha colocado a la Biblia, en el terreno teológico, mucho más cerca del lugar que le corresponde dentro de la teología católicorromana, de acuerdo con la mejor tradición patrística.

3.° La supresión del latín en la liturgia ha dado la razón al Cristianismo Evangélico en un punto práctico, asemejando mucho más el culto católicorromano al de las iglesias que aceptaron la Reforma.

4.° La abolición de tarifas y clases en los servicios religiosos ha respondido a las voces de crítica y protesta que el Cristianismo Evangélico venía elevando sobre el particular desde los tiempos de los Valdenses y de Juan Huss, mucho antes de la Reforma del siglo XVI.

5.° Las palabras de los obispos europeos acerca de las indulgencias declarando que «la Iglesia de Cristo tiene un tesoro más efectivo y real con el mensaje del Evangelio que los supuestos méritos de los santos» y que «debe quitarse todo aspecto comercial en la administración de las gracias divinas», parecía un eco de Lutero y los reformadores protestantes dentro del gran Concilio romano, y la aprobación del esquema fue una manifiesta rectificación del desgraciado Concilio de Trento. No es de extrañar que tales declaraciones fueran coronadas por un gran aplauso, no sólo de la mayoría de padres conciliares católicos, lo que es muy notable, sino «en contra de su costumbre —como hacía notar un observador católico en el diario *La Vanguardia*— por los invitados observadores protestantes.

6.° El esquema sobre la Libertad Religiosa ha sido otro gran retorno del sentir general intolerante de la Edad Media, al cual permanecía aferrada la Iglesia Católica Romana, basada en la suposición de ser la sola poseedora de la Verdad, cuando ya el Cristianismo Evangélico había hecho reconocer en los países donde ha tenido preponderancia que sólo Dios es juez competente para juzgar las conciencias de los hombres.

Ante semejantes cambios, y recordando los ríos de sangre derramada en los últimos 400 años para sostener lo insostenible, por estar en abierta oposición con la letra y el espíritu del Nuevo Testamento, el Cristianismo Evangélico no puede menos que ha-

cer suyas con tristeza, pero sin rencor, las palabras del apóstol San Pablo a los marinos que habían desestimado sus prudentes advertencias cuando el temporal hizo embarrancar la nave en que viajaban: «Habría sido por cierto conveniente, oh varones, haberme oído... y así evitar este perjuicio y daño» (Hechos de los Apóstoles 27:21).

¿Es el Movimiento católico una auténtica reforma evangélica?

Todas las ramas del Cristianismo Evangélico se congratulan sinceramente de estos cambios de actitud y de prácticas rituales dentro de la Iglesia Católica Romana. Sin embargo, tenemos que mirar los hechos objetivamente y preguntarnos: «¿Es cierto que la Iglesia Católica está volviendo a los caminos del antiguo Evangelio y, por lo tanto, puede unirse con nosotros?» O interpretando más justamente sus verdaderos propósitos: «¿Podemos ya nosotros unirnos a ella, reconociéndola como una iglesia esencialmente cristiana y evangélica?»

Desgraciadamente, no, pese a todos los optimismos y buenos deseos.

Que la actual reforma del Catolicismo no es ningún cambio fundamental de retorno a la doctrina puramente evangélica de los primeros siglos, sino tan sólo una corrección de costumbres y prácticas que ridiculizaban la Iglesia Católica ante el mundo moderno, ha sido claramente expresado por la autorizada voz de los papas Juan XXIII, de feliz memoria, y por sus sucesores Pablo VI y Juan Pablo II. Ambos han afirmado reiteradamente que el dogma católicorromano permanece intangible, aunque se modifiquen y adapten al mundo moderno ciertas prácticas y costumbres tradicionales.

Por nuestra parte tenemos que declarar que sin

un cambio fundamental en el dogma no puede interpretarse el actual movimiento ecuménico, por loable que sea, como un efectivo retorno a la doctrina evangélica de los primeros siglos.

El verdadero Ecumenismo sería, a nuestro entender, la unión efectiva de todos los verdaderos cristianos, de tal modo que, borradas las tradiciones confesionales, se formara una sola Iglesia, no Católica Romana, ni Ortodoxa, ni Luterana, ni Calvinista, ni Bautista, sino netamente Cristiana. Entendemos que dicha Iglesia debería estar compuesta únicamente por creyentes realmente convertidos a Dios y regenerados por el Espíritu Santo —aunque se respetaran costumbres y prácticas no esenciales a la doctrina—; una Iglesia de verdaderos hijos de Dios procedentes de todas las ramas de la Cristiandad, dispuesta a evangelizar y ganar para Cristo no sólo a los paganos, sino, ante todo, a los millones de cristianos nominales, ajenos a la vida de Dios, que se hallan tanto en las filas del Catolicismo Romano como en las del propio Protestantismo.

Consideramos totalmente utópica la creación de tal Iglesia antes de la Segunda Venida de nuestro Señor Jesucristo, por la razón de que tan solamente El conoce los corazones para determinar quiénes están o no calificados para formar parte de ella. El Ecumenismo humano, por loable que sea, siempre será deficiente, pues no puede realizar una selección acertada y escrupulosa de los falsos y los verdaderos cristianos, aun en el seno de las mejores iglesias. ¿Cómo podría hacerse con carácter universal?

El Ecumenismo del Nuevo Testamento

Hay, sin embargo, espíritu ecuménico en la parábola de la cizaña cuando el Señor dice: «No tratéis de arrancar la cizaña con violencia, porque al ha-

cerlo no arranquéis juntamente el trigo...; dejad crecer juntamente lo uno con lo otro hasta el tiempo de la siega...» Asimismo en la reprensión a los discípulos que prohibieron a alguien hacer milagros en el nombre de Cristo, sin pertenecer al grupo apostólico... Y en la expresa declaración de Cristo: «El que no es contra nosotros, por nosotros es.» Clara condenación del Señor del cruel espíritu de intolerancia mostrado por muchos de sus seguidores en pasados siglos (Mateo 13:20 y Marcos 9:39).

El que no es contra Cristo, es por Cristo. Aunque su fe contenga errores, debemos amarle por las verdades que su fe contiene, y procurar guiarle con caridad a una comprensión más clara, y sobre todo a una unión más viva y real con Cristo, el único y suficiente Salvador.

Una vid, muchas ramas

Por esto creemos que la parábola de la vid y los pámpanos es la mejor representación del verdadero Ecumenismo cristiano, hasta la Segunda Venida del Señor.

¿Qué importa que las ramas sean diversas? La cuestión esencial es que la savia divina del Espíritu Santo nutra a todas ellas para que exista una unión real, verdadera, positiva, de cada una con el tronco.

El Ecumenismo de tipo humano trata de fundir en un solo bloque todas las ramas del metafórico árbol. En el caso de la Iglesia Católica Romana su propósito es ni más ni menos que traer al seno de una de las grandes ramas de la Cristiandad nominal a todas las demás, sin distinción alguna. El objetivo de tal Ecumenismo, según algunos lo conciben, sería fundir en un solo bloque a inconversos y conversos, creyentes y escépticos; es decir, a todos los bautizados, sea cual sea su procedencia, carácter y creencia. Según

podemos observar, podrían entrar en esta gran Iglesia aun los Modernistas Unitarios, que no creen en la Divinidad de Cristo, ni en los milagros, ni en la oración, ni en la eficacia de la Obra redentora.[23] Doctrinas que reconoce oficialmente la Iglesia Católica, por más que las rehúsen interiormente gran número de católicos nominales caídos en el escepticismo. Todos serían aceptos dentro del gran redil romano, con la sola condición de que reconocieran todos, por medio de sus representantes oficiales, al papa de Roma como suprema cabeza de la Cristiandad universal.

La unión espiritual, superior a la orgánica

A pesar de que el autor se siente personalmente muy complacido por los buenos pasos que está dando la Iglesia Católica Romana en el Concilio Vaticano II —tan diferente de otros Concilios de triste memoria— y no rehuye los contactos ecuménicos con estos admirables sacerdotes jóvenes que se regocijan del cambio de su Iglesia y tratan de fomentarlo por todos los medios, aun dentro de la férrea disciplina a que se hallan sometidos, no creemos que la unión ecuménica a ciegas, por muy deseable que sea, es aquella a que se refería nuestro Señor Jesucristo en su oración pontifical cuando clamaba: «Que todos sean uno, como Tú, oh Padre, en mí y yo en Ti; que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que Tú me enviaste.» Observemos que dice: «Que sean *uno en nosotros*». Esto significa que es el anhelante deseo del Salvador que sean una sola cosa

---

23. Véase a este propósito en el libro del Dr. Van Baalen, traducido y publicado en español, bajo el título de *Plagios de la Religión Cristiana*, el capítulo denominado «El Modernismo Unitario». Solicítese este libro a Editorial CLIE, que ha publicado una segunda edición muy mejorada en 1968.

ante el mundo, no todos los que se llaman cristianos, sino los que por una genuina conversión a Dios, habiendo recibido a Jesucristo como su Salvador personal, son real y positivamente *una sola cosa con su Salvador* y con el Padre celestial.

No negamos que existan tales personas en el seno de la Iglesia Católica Romana, como las hay en mayor o menor número en todas las ramas del Cristianismo Evangélico. Afortunadamente, la Iglesia Católica Romana reconoce a Cristo como Salvador, y no niega las doctrinas esenciales del Credo basadas en la Biblia, a pesar de haberlas paliado y oscurecido con muchas tradiciones de origen humano y hasta pagano, como los mejores autores católicos no dejan hoy día de reconocer. Sabemos que, pese a tal apartamiento de la senda apostólica, existen y han existido siempre en las filas del Catolicismo Romano personas individuales pertenecientes al rebaño espiritual de nuestro Señor Jesucristo, y nuestro corazón no puede menos que rebosar de amor hacia ellas, tanto si abren los ojos a los errores de su Iglesia como si no los abren, pues a tal respecto es Dios quien tiene que juzgarlos y no nosotros. Todos nos gozamos en los espirituales escritos de los famosos místicos de la Edad Media, cuyo corazón ardía de amor y de fe en el Cristo Redentor, a pesar de no haberse desligado del fárrago de doctrinas erróneas y supersticiosas de su Iglesia y de su tiempo. ¿Por qué no hemos de apreciar la espiritualidad de algunos buenos cristianos católicos de nuestros días?

En este postulado de amor, respeto y simpatía mutuos todos los cristianos debemos sentirnos ecuménicos, es decir, fraternales y tolerantes, como lo era el Salvador con el ya citado discípulo que hacía milagros en nombre de Cristo sin pertenecer al grupo apostólico (Marcos 9:38). Jamás debemos ver un enemigo en aquel que no piense en todas las cosas exactamente igual que nosotros. Sin embargo, no deben sacrificarse las convicciones basadas en el estudio de la Sagrada Escritura, ni los énfasis especiales que cada agrupación eclesiástica ha dado a algún aspecto de la doctrina cristiana.

Respeto a la conciencia dentro del propio grupo

Aún diremos más: que todo creyente de una u otra rama de la cristiandad que, a la luz de la Sagrada Escritura, descubra que existe en su iglesia, sea cual fuere, errores de doctrina o de práctica supersticiosa, idolatría o negación de puntos esenciales de aquella fe preciosa «una vez dada a los santos», tiene el deber ineludible, no de contemporizar y disimular el error, sino de oponérsele y condenarlo cueste lo que cueste. Si la luz de la Palabra de Dios ilumina a algún creyente piadoso y sincero en tal sentido, contrae la mayor responsabilidad ante Dios si no cumple la tajante orden de Apocalipsis 18:4: «Salid de ella, pueblo mío, para que no seáis participantes de sus pecados y recibáis de sus plagas.» Creemos que esta amonestación se refiere, no a una rama o iglesia determinada, sino a todas las ramas de la Cristiandad en las cuales se haya introducido o puede introducirse la polilla de falsa doctrina, racionalismo o incredulidad.

Mejor un cambio que la muerte espiritual

El hecho de que existan diversas ramas es, precisamente, una inestimable ventaja a tal propósito. Por tratarse de una realidad muy superior a la figura, existe la posibilidad de que cualquier brote espiritual —esto es, cualquier creyente sincero, regenerado por el Espíritu Santo (que como savia divina circula en todas las ramas con menor o mayor abundan-

cia)— puede cambiar de posición y hallar fácilmente otra rama más llena de vida a la cual unirse para crecer y llevar más fruto a gloria de Dios. Diversamente de lo que ocurre en el orden natural, secos injertos, es decir, almas desengañadas o escépticas, procedentes de algunas de las grandes ramas del Cristianismo universal; cristianos de nombre pero totalmente ajenos a la vida de Dios, pueden descubrir al Salvador y rendir a El sus vidas, empezando una nueva existencia de verdaderos hijos de Dios dentro de un nuevo círculo cristiano, con nuevo ambiente espiritual. Esto ha sido y será siempre una feliz experiencia, hasta la venida de nuestro Señor Jesucristo.[24]

Que pudieran haber conseguido un similar retorno a Dios dentro de su propia rama eclesiástica, de haber encontrado un buen consejero que les hubiese traído a Cristo, es bien posible; pero también lo es

24. Como un ejemplo práctico de esta tesis, recomendamos leer la autobiografía del famoso músico internacional Pedro Van Voerden, titulada *Aventuras de guerra y paz*, quien pertenecía por tradición familiar a la Iglesia Reformada de Holanda, lo mismo que su piadosa familia. Todos sus miembros eran realmente convertidos a Dios, menos él, que personalmente no lo era, si bien figuraba como miembro de la iglesia por haber sido bautizado en ella en su infancia. Pero finalmente fue convertido y halló un nuevo hogar espiritual, donde se desarrolló como cristiano nacido de nuevo, en una iglesia pentecostal. Esto no lo separó de sus familiares, que continuaron siendo reformados, sino todo lo contrario, ya que la oración constante de su madre era que su hijo Pedro llegara a convertirse a Dios y fuera, así, un verdadero cristiano dentro o fuera de la Iglesia Reformada.

Ocurrió con este buen amigo nuestro lo que cuenta el célebre predicador bautista C. H. Spurgeon, cuya madre, anglicana y un poco más cerrada que la de Van Voerden, le dijo cuando su hijo le comunicó que, como creyente, iba a bautizarse por inmersión: «Yo había pedido mucho a Dios tu conversión, pero no que te hicieras bautista.» A lo que el inteligente y decidido joven Spurgeon contestó: «¿No sabe usted, madre, que Dios nos da siempre más de lo que le pedimos?»

el que no hubiesen hecho caso, o se hubiesen apartado totalmente del camino de la fe, como desgraciadamente ha ocurrido en millares —por no decir millones— de cristianos nominales.

Por esto creemos que nadie debiera pensar en cambiar el orden que la Providencia y la Historia han constituido en el curso de los siglos. Que es necesario rectificar y enderezar errores, así como confesar humildemente pecados del pasado, es lógico y necesario; pero sería insensato tratar de llevar a cabo lo irrealizable, o lo que no está, probablemente, en los planes de Dios.

Si la verdadera Iglesia de Cristo ha de seguir existiendo —y existirá hasta el fin de los siglos—, ha de ser como un árbol vivo, creciendo y proliferando por el poder interno del Espíritu Santo que la vivifica por todas partes; no como un monolito muy bien tallado o admirablemente organizado por manos expertas, pero sin vida.

Que sirva el Movimiento Ecuménico para quitar rencores; para fomentar el respeto mutuo; para promover la fraternidad; para apartar las trabas que impidan el desarrollo de cada rama hermana. Busquemos la unidad del Espíritu en aquello que nos une. Pongamos en las manos de Dios aquello que nos separa. Cumplamos así la exhortación apostólica de Filipenses 3. Pero, sin olvidar la advertencia del versículo 18, sintamos verdadero dolor por los que el apóstol llama «enemigos de la cruz de Cristo», y no tratemos de incluir a todos en una uniformidad de muerte.

El mundo necesita poder decir de los cristianos del siglo xx como decían de los del siglo II: «¡Mirad cómo se aman!» No: «Mirad qué sagaces han sido, y cómo se han constituido en un fuerte grupo disciplinado, sacrificando sus más caras convicciones en aras de la unidad.»

UNA VID, MUCHAS RAMAS es y ha de ser la Iglesia Cristiana; no árboles dispersos, o lo peor, troncos secos echados en el bosque; pero tampoco tablas unidas artificialmente por alguna diestra mano, muy bien pulidas, pero carentes de vida espiritual.

Que la bella metáfora de Juan 15 nos ilustre acerca del verdadero carácter del Ecumenismo, según se hallaba, probablemente, en la mente del Salvador cuando la exponía a sus discípulos en el Cenáculo; y aun más tarde cuando exclamaba en el huerto de Getsemaní: «Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creer en Mí por la palabra de ellos, para que todos sean una cosa; como Tú, oh Padre, en Mí y Yo en Ti, que también *ellos sean* EN NOSOTROS *una cosa;* para que el mundo crea que Tú me enviaste.»

Otros libros de EDITORIAL CLIE

SONIA, ESTA ES LA VIDA por **Aarón Espinoza**

De la pluma del acreditado escritor venezolano nos viene esta novela que narra la historia de una joven a la que su afán de aventura lanzó en mitad del mundo de las drogas, y cómo pudo ser rescatada por medio del cariño de sus progenitores y el amor y tenacidad de un joven cristiano.

MARANATHA por **Gavin Hamilton**

La Segunda Venida del Señor en relación con los actuales acontecimientos políticos del mundo. Veinte capítulos que contienen los siguientes títulos: Presagios de la Segunda Venida. - Ante el Trono. - Después del Rapto. - El superhombre europeo. - El rey del Norte. - Japón y el peligro amarillo. - Rusia. - Babilonia. - El juicio de las naciones vivientes. - El Reino futuro. - Nuevos cielos y nueva tierra. - Inspiradoras poesías rimadas en español.

LAS GLORIAS DEL REINO VENIDERO por **Gavin Hamilton**

Expone, en nueve enjundiosos capítulos, temas tan sugestivos como: Glorioso panorama de la Venida de Cristo. - La resurrección de los justos. - Cristianos que no morirán. - Nuestro cuerpo redimido. - El hogar de la casa celestial del Padre. - Sucesos en el cielo y en la tierra. - La Santa Ciudad. - Completo índice de 668 citas bíblicas que aparecen en el curso del libro.

COMO TRIUNFAR EN LOS NEGOCIOS SIN DEJAR DE SER CRISTIANO por **Glen Hale**

Un famoso publicista y hombre de negocios expone, de su propia experiencia y con otros notables ejemplos, cómo una persona que vive plenamente los principios basados en la integridad y la fe de Dios puede tener éxito, no sólo en los negocios, sino en cualquier faceta de la vida. 140 págs.

MATAGATOS por **Ruth Engelken**

La historia real de Guillermo "Sonny" Cuesta. Un joven portorriqueño, criado en medio de las mayores miserias del Harlem hispano de Nueva York, se enrola en una de las más temibles "pandillas" en busca de protección y fama. Envuelto en robos, uso de drogas y asesinatos, llega a conseguir el apodo de "Matagatos". Una noche, al filo del suiucidio, el "Matagatos" pasó a ser un hijo de Dios, y actualmente se ha convertido en el Rvdo. Guillermo Cuesta, pastor y fundador de "Life Anew" en Dayton, Ohio. La vida del Rvdo. Cuesta es una prueba indudable de que aun en nuestros días de materialismo e incredulidad existen los milagros.

¿DONDE ESTABA LA IGLESIA CUANDO ESTALLO LA REVOLUCION JUVENIL? por **Stuart Briscoe**

Lector: Si estás buscando tópicos de erudición o "tranquilizadores de conciencia" te recomendamos que no leas este libro. Pero si estás realmente interesado en comprender los problemas de la juventud actual, aquí encontrarás la respuesta que andas buscando, con sugerencias de origen práctico para los padres y para los pastores.

LA VUELTA AL HOGAR, por **José Moreno Córdoba**

La historia de un hijo pródigo moderno, en el ambiente y costumbres de Andalucía. 114 págs.

¡AYUDENME . . . !
SOY PADRE por el **Dr. Bruce Narramore**

Toda la problemática de la educación de los hijos discutida por uno de los más eminentes psicólogos cristianos en un lenguaje sencillo y práctico. Discute temas como: "El divino plan de disciplina"; "Dar o no dar unos azotes"; "Cómo llegar a ser un padre mejor". Un manual imprescindible para todos los matrimonios cristianos.

COMUNICACION, CLAVE DE LA FELICIDAD CONYUGAL por **H. Norman Wright**

El autor, a través de su larga experiencia como consejero matrimonial, dice haber llegado a la conclusión de que todos los problemas en los matrimonios provienen de la misma fuente, a la vez que se pueden solucionar por el mismo camino: COMUNICACION. Un método completo de conducta matrimonial, que incluye tests y preguntas para repaso. (Profusamente ilustrado.)

COMO TENER EXITO EN LAS RELACIONES FAMILIARES, por **Clyde Narramore**

"La familia que juega unida, permanece unida", dice el autor. El famoso psicólogo cristiano aborda en este libro el tema de la autodisciplina de los padres y su aplicación a los hijos en un hogar cristiano. Fija el modelo de lo que debe ser una familia y da valiosos consejos sobre cómo vivir de acuerdo con él.

ENCICLOPEDIA DE TOPICOS, BOSQUEJOS Y ANALOGIAS BIBLICAS compilada por **S. Vila**

Ofrece, en 14 secciones y 739 temas dispuestos en orden alfabético, una infinidad de bosquejos para sermones, así como un tesoro de citas concordantes para ayudar a los predicadores a preparar sus propios bosquejos. (Tamaño 16 × 23 cm.) 420 págs.

ENCICLOPEDIA DE CITAS MORALES Y RELIGIOSAS compilada por **Samuel Vila**

Frases morales y religiosas aptas para ser referidas en el púlpito y en clases de jóvenes; y trozos selectos, en prosa y verso, catalogados por temas, en orden alfabético. (Tamaño 16 × 23 cm., en tela). 456 págs.

SINFONIA EN TONO DE AMOR por **Aarón Espinoza**

Una novela romántica en la que todo gira en torno a la música, mostrándonos como aun las notas musicales pueden convertirse en un camino que conduzca a Dios.

PROS Y CONTRAS EN LA LIBERACION DE LA MUJER, por **Joyce Landort**

Una visión objetiva de un tema de máxima actualidad, por la autora de la famosa novela "La mujer más rica de la ciudad".

LA ORACION por **Juan Zoller**

Un libro claro y eficaz para fomentar el espíritu devocional en todos los cristianos, a la vez que un valioso auxiliar para la evangelización.

LO QUE TODA FUTURA MADRE CRISTIANA DEBE SABER por **William W. Orr**

Abunda la literatura sobre el sexo. Mucho se ha escrito ya sobre la educación de los hijos, pero... ¿y qué de la educación de las madres?
La medicina nos ha revelado que no tan sólo el aspecto físico sino también el carácter del futuro bebé se forma en el seno de la madre, y se ve influenciado por el comportamiento y modo de ser de ésta.

TENER Y RETENER por **Jill Renich**

Una charla de corazón a corazón entre la autora y las esposas de nuestro mundo de hoy. Abre una nueva visión de las mujeres cristianas de cómo son y cómo deben ser tratados sus maridos, y ofrece un sinfín de soluciones prácticas a los pequeños y grandes problemas de la vida matrimonial.

EL EXTRAÑO MUNDO DEL OCULTISMO por **Walker Knight**

Relato de visitas personales del autor a los principales magos y practicantes de ocultismo y satanismo en Norteamérica, y sus conclusiones sobre los misterios de la parapsicología. 112 págs.

UN HEROE VESTIDO CON PIEL DE LOBO por **Tom Bevan**

El amor de un tribuno romano por una cristiana que es rescatada de las fieras en el mismo anfiteatro por un esclavo gigante oriundo de las tribus norteñas que invadieron el Imperio Romano en el siglo tercero. Viva descripción de su vida y costumbres. 320 págs.

DE CORAZON A CORAZON por **Samuel Vila**

Manual de consejos para los pastores o diáconos que han de visitar miembros descarriados.

PADRES E HIJOS HABLAN DEL SEXO por **Samuel Vila**

Mucho se ha escrito ya sobre el sexo, pero pocos libros existen sobre el tema en lo que concierne a sus problemas con los niños. Un libro dierente a todo lo que conocemos, que aborda los temas más escabrosos, llamando a las cosas por su nombre y abarcando toda la problemática del sexo en el mundo de los niños, desde el embarazo de la madre hasta el matrimonio.

PROFECIA Y CARISMA
¿Qué de las lenguas? por **José Flores**

Dos temas de actualidad —la profecía y el movimiento carismático— expuestos a la luz de la Biblia. ¿Cuáles son las señales de los tiempos en que vivimos? ¿Está cerca la segunda venida de Cristo? ¿Cuáles son los dones del Espíritu? ¿Es el hablar en lenguas para hoy? Estas son algunas de las preguntas contestadas por el autor. 68 págs.

SOLICITE ESTOS LIBROS DE SU LIBRERIA PREFERIDA EN SU PAIS.

Si su librero no los tiene, indíquele que puede solicitarlos a:

T. S. E. L. F.
P. O. Box 11918
Fort Lauderdale, Fl. 33339
U.S.A.

Este libro es un complemento de la obra del mismo autor titulada A LAS FUENTES DEL CRISTIANISMO, que tan ampliamente ha sido usada para la evangelización en los pueblos hispanoamericanos, de tradición católicorromana.

Responde al falaz argumento de que la Iglesia Católica es una, bajo la dirección del Papa, mientras que el Cristianismo Evangélico es un conjunto de grupos religiosos, entre los cuales es imposible adivinar cuál es la iglesia verdadera.

Explica el origen y motivo de esta diversidad, y demuestra que el secreto de la salvación personal no consiste en la afiliación externa a un grupo religioso, por útil que ello sea para la vida cristiana, sino en la unión vital con Cristo por una fe consciente, viva y real, en su Persona y en su Obra Redentora.

Este es, amigo lector, el libro adecuado para dar cumplida razón de nuestra fe evangélica, sea cualquiera la rama a que pertenezcas. ¡Adquiérelo antes de que se agote!

Portada: Los campos de Belén, cuna del Cristianismo.